

CRIMEN & CIA.

**Ruth
Rendell**

**CAMINO DEL
MATADERO**



Anita Margolis había desaparecido. No podía hablarse de crimen, ya que su cuerpo no había sido hallado: la única pista era una carta anónima. Pero el inspector Burden parecía haber llegado ya a una conclusión definitiva: ¿Qué podía esperarse de una mujer de conducta excéntrica e inmoral? Sin embargo, el inspector jefe Wexford tenía otra idea...



Ruth Rendell

Camino del matadero

Inspector Wexford - 3

Crimen & Cia. - 35

ePub r1.7

Titivilius 25.12.2017

Título original: *Wolf to the Slaughter*
Ruth Rendell, 1967
Traducción: Esperanza Pérez Moreno
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius
ePub base r1.2



*Todo es un tablero de noches y días
En el que el destino, con hombres como piezas, juega
Aquí y allí mueve, y une, y golpea
Y una a una en el armario las vuelve a colocar.*

El Rubaiyát de Omar Jayyám

*Creo que el bajel que respondió
Con fugitiva articulación, en otro tiempo vivió,
Y se divirtió; y los fríos labios que besé
¡Cuántos besos pudieran recibir... y dar!*

*El vino había afectado a mis fibras.
Si perdura en mi ser, deja que el sufí se ría:
De mi vil metal, puede formarse una llave
Para abrir la puerta de su llanto.*

*Los ídolos a quienes durante tanto tiempo he amado
Han dañado mi reputación a los ojos de los hombres:
Han ahogado mi honor en una pequeña copa,
Y han vendido mi fama por una canción.*

PODÍAN HABER ESTADO yendo a matar a alguien.

Probablemente la policía lo hubiera pensado si hubiese detenido el coche que iba demasiado deprisa por la carretera al anochecer. El hombre y la chica hubiesen tenido que salir y explicar por qué llevaban un arma. El hombre habría tenido que dar la explicación, porque la chica no habría podido responderles. En medio de la oscuridad casi nocturna, mientras contemplaba caer la lluvia por los cristales, ella pensó que los impermeables que llevaban parecían un disfraz, ropas de gánsters, y con la navaja lista para utilizarla.

—¿Por qué la llevas? —preguntó ella, que habló por primera vez desde que dejaron Kingsmarkham con sus farolas empañadas por la llovizna—. Podrías buscarte problemas por llevar una navaja como ésta.

Su voz parecía nerviosa, aunque los nervios no eran por la navaja.

Él le dio al limpiaparabrisas.

—Imagina que la vieja hace algo raro —le dijo—. Imagina que ha cambiado de opinión, puedo verme obligado a meterle el miedo en el cuerpo.

Y pasó la uña por la hoja.

—No me gustaría mucho —le contestó la chica, y de nuevo no se refería solamente a la navaja.

—¿Hubieses preferido quedarte en casa, con la posibilidad de que él llegase en cualquier momento? Me parece un milagro que llegaras siquiera a utilizar su coche.

En vez de contestarle, ella dijo cautelosamente:

—No quiero ver a esa mujer, a esa tal Ruby. Me quedaré en el coche fuera de su vista mientras tú vas hasta la puerta.

—De acuerdo, y ella saldrá por atrás. Lo arreglé todo el sábado.

Stowerton apareció primero como una mancha anaranjada, un puñado de luces flotando en la niebla. Llegaron al centro de la ciudad en el que las tiendas estaban todas cerradas, excepto la lavandería, que aún permanecía abierta. Esposas que trabajaban durante el día estaban sentadas frente a las máquinas, viendo cómo su colada daba vueltas dentro de las lavadoras, con las caras verdosas y cansadas bajo una luz blanca y violenta. En la esquina del cruce, el garaje de Cawthorne se veía oscuro, pero la casa victoriana de detrás estaba muy iluminada y de su puerta delantera abierta salía el sonido de músicaailable. Al escuchar esta música, la chica soltó una risita tonta. Le susurró algo a su compañero, pero como sólo dijo algo de que los Cawthorne daban una fiesta y nada sobre su propio destino y objetivo, él simplemente asintió con indiferencia y dijo:

—¿Qué hora es?

Ella vio el reloj de la iglesia al girar hacia una calle lateral.

—Casi las ocho.

—Perfecto —dijo él. Hizo una mueca en dirección a las luces y la música y levantó dos dedos en un gesto de mofa—. Esto para el viejo Cawthorne —dijo—. Apuesto a que quisiera encontrarse ahora en mi pellejo.

Las calles eran grises y estaban barridas por la lluvia y todas se parecían. En las aceras crecían árboles atrofiados, a intervalos de tres metros y medio, y sus raíces luchadoras habían provocado grietas en el pavimento. Las casas, muy bajas, en hileras e hileras ininterrumpidas, no tenían garaje y en casi todas había un coche ocupando media acera.

—Ya estamos, esto es Charteris Road. Es el número ochenta y dos, la de la esquina. Fantástico, hay luz en la habitación de delante. Creí que nos podría haber jugado una mala pasada, que se habría podido echar atrás, o algo así y haberse ido.

Se puso la navaja en el bolsillo y la chica vio la hoja esconderse en el mango con un chasquido.

—Eso no me hubiese gustado —dijo él.

La chica dijo quedamente, pero con una ligera excitación en su voz:

—Ni ahora a mí tampoco.

La lluvia había traído una noche temprana y el interior del coche estaba oscuro, demasiado oscuro para verse las caras. Sus manos se encontraron mientras tanteando intentaban hacer funcionar el pequeño encendedor de oro. A su llama ella vio brillar las oscuras facciones del hombre y contuvo el aliento.

—Eres maravillosa —le dijo él—. ¡Dios, qué guapa eres!

Le tocó el cuello, llevando sus dedos hacia el hueco entre los huesos horizontales. Permanecieron sentados por un momento, mirándose, con la luz de la llama formando sombras en sus rostros. Después, él apagó el encendedor con un chasquido y abrió violentamente la puerta del coche. Ella apretó el trozo de oro entre sus manos y forzó la vista para leer la inscripción: Para Ann que ilumina mi vida.

Una farola en la esquina formaba un charco de luz desde el bordillo hasta la verja. Lo atravesó y la luz proyectó su oscura y angulosa sombra sobre aquella tarde de contornos borrosos. La casa a la que había llegado era pobre y humilde, el jardín delantero era demasiado pequeño para tener césped. Sólo había un pequeño pedazo de terreno, una zona bordeada con piedras, como una tumba.

En el umbral se puso un poco hacia la izquierda de la puerta de manera que la mujer que fuese a responder a su llamada no viera más de lo que debía, no viese, por ejemplo, la parte de atrás del coche verde, mojado y brillando a la luz de la farola. Esperó con

impaciencia, golpeando el suelo con los pies. Gotas de lluvia colgaban de los alféizares de las ventanas como cadenas de cuentas de cristal.

Cuando oyó que dentro se movían, se quedó rígido y se aclaró la garganta. Los pasos fueron seguidos por una iluminación repentina del recuadro de cristal de la puerta. Luego, mientras se descorría el cerrojo, aquel recuadro se convirtió en un marco para una cara arrugada y pintada, seria, pero aprensiva, con el pelo rojo. Él metió las manos en los bolsillos, notó una empuñadura lisa y pulida en la derecha y deseó que las cosas le fuesen bien.

Cuando las cosas fueron mal, horrorosamente mal, tuvo una terrible sensación de fatalidad, de inevitabilidad. Hubiese sucedido igualmente, más pronto o más tarde, de esta forma, o de otra. Se metieron en sus impermeables como pudieron y él intentó restañar la sangre con su pañuelo.

—Un médico —continuó gimiendo ella—, un médico o al hospital.

Él no quería, no si podía evitarse. La navaja estaba de nuevo en su bolsillo y todo lo que necesitaba era aire, sentir la lluvia en su rostro y llegar al coche.

El terror de la muerte estaba en sus caras y él no podía soportar encontrarse con la mirada de ella, fija y roja como si la sangre se reflejase en sus pupilas. Por el camino, se sostuvieron el uno al otro, tambaleándose, pasado el pequeño trozo de terreno parecido a una tumba, borrachos de pánico. Él consiguió abrir la puerta del coche y ella cayó a lo largo del asiento.

—Levántate —le dijo él—. Cálmate. Tenemos que salir de aquí.

Pero su voz sonaba tan lejana como alguna vez antes la muerte parecía haber estado. El coche salió bruscamente, vibrando calle arriba. Las manos de ella temblaban y resollaba.

—Estarás bien. No ha sido nada... ¡esa hoja de nada!

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Esa vieja, esa Ruby... Ya es demasiado tarde.

Demasiado tarde. Como últimas palabras, un proyecto. La música salía de la casa de los Cawthorne cuando el coche pasó por delante del garaje, no un canto fúnebre, sino músicaailable. La puerta delantera estaba abierta y una gran franja de luz azul daba en los charcos. El coche siguió pasadas las tiendas. Más allá de las últimas casas, las farolas de la calle se terminaban. Había cesado de llover, pero el campo estaba envuelto en vapor. La carretera era un túnel entre árboles de los que goteaba el agua silenciosamente, una enorme boca mojada que aspiraba el coche por su lengua resbaladiza.

Cruzando la franja de luz y evitando los charcos, los invitados a la fiesta iban y venían. La música iba a su encuentro, música caliente y seca en total contraste con la noche. En aquel momento salía un hombre joven con una copa en la mano. Estaba alegre y lleno de *joie de vivre*, pero ya había agotado las posibilidades de la fiesta. El borracho a quien habló en un coche aparcado le ignoró. Se terminó la bebida y dejó la copa encima de un poste de gasóleo. No había nadie con quien hablar, excepto una vieja de facciones angulosas que se iba a casa, dedujo, porque los bares estaban cerrando. La saludó declamando en voz alta:

«¡Ah, aprovechémonos de lo que aún podemos gozar,
antes de que también nosotros descendamos a la oscuridad!».

Ella le sonrió.

—Muy bien, cariño —le dijo—. Diviértete.

En aquel momento no se encontraba en condiciones de conducir. Además, para sacar su propio coche necesitaría que sacasen otros seis cuyos propietarios se encontraban dentro divirtiéndose. Así que empezó a andar animadamente con la remota esperanza de encontrar a alguien muy especial.

Había empezado a llover otra vez. Le gustaba sentir el frío de las gotas sobre su rostro caliente. La carretera que iba a Kingsmarkham

se abría desmesuradamente ante él. Iba andando por ella contento, en absoluto cansado. A lo lejos, en la distancia, en la como si dijéramos garganta de esa boca mojada, podía ver las luces de un coche aparcado.

—«¿Con qué luz —dijo en voz alta— tenía el destino que guiar a sus hijitos que tropezaban en la oscuridad?».

UN FUERTE VIENTO del este que estuvo soplando durante un día y una noche había secado las calles. La lluvia volvería a presentarse pronto, pero en aquel momento el cielo era de un azul intenso. Por el centro de la ciudad el río Kings pasaba golpeando con su agua las piedras redondas y formando olas de pequeñas crestas.

El viento era lo suficientemente fuerte como para que se oyese, además de notarse. Soplaban entre los callejones que separaban las tiendas antiguas de los bloques nuevos y con un sonido parecido al grito de un búho, hacía que las ramas sin hojas diesen contra la pizarra y el ladrillo. La gente que estaba esperando el autobús de Stowerton, que iba hacia el norte, y el de Pomfret, que iba hacia el sur, se subía los cuellos de sus abrigos para protegerse la cara. Todos los coches que pasaban llevaban las ventanas cerradas y cuando los ciclistas llegaban a la parte superior del puente sobre aquella corriente rápida, los cogía el viento y los detenía por un momento antes de que pudiesen volver a luchar de nuevo contra él y bajarán tambaleándose hasta pasado el *Olive and Dove*.

Sólo los narcisos del escaparate de la floristería indicaban que era abril y no diciembre. Se les veía tan elegantes y pulidos detrás de su cristal protector como a los dependientes y a los oficinistas que tenían la suerte de estar puertas adentro en aquella inclemente

mañana. Uno de ellos era el inspector de policía Michael Burden, que miraba hacia High Street desde su bien aislado observatorio.

La comisaría de policía de Kingsmarkham, un edificio de una modernidad sorprendente, domina la ciudad, aunque está separado de su vecino más próximo por una franja de prado verde. Aquella mañana había allí un caballo atado y se le veía tan helado y desgraciado como se había sentido Burden a su llegada, diez minutos antes. Estaba aún calentándose en una de las salidas de aire de la calefacción, de la que salía una corriente de aire cálido que le daba en las piernas. A diferencia de su superior, el inspector jefe Wexford, él no era dado a las citas, pero hubiese estado de acuerdo, aquel horrible jueves por la mañana, en que abril es el mes más cruel, haciendo brotar en vez de lilas, campanillas de la tierra muerta. Se arracimaban por debajo de donde él estaba en urnas de piedra en el patio delantero, con sus flores cubiertas por una maraña de hojas pisoteadas. Quien fuera que las hubiese plantado había querido que florecieran tan azules como la lámpara de la marquesina, pero el largo invierno las había vencido. A Burden le pareció que hubiera podido estar mirando una tundra en lugar de los frutos de una primavera inglesa.

Se terminó de beber el té caliente sin azúcar que le había traído el sargento Camb. El té no tenía azúcar porque a Burden le gustaba más así, no porque estuviera sacrificándose. Era delgado de forma natural, no importaba lo que comiese, y su cara de lebril era enjuta y ascética. Era conservador en la forma de vestir y aquella mañana llevaba un traje nuevo, alegrándose de parecer un corredor de bolsa de vacaciones. Con toda seguridad, nadie que le viera en esta oficina con su alfombra de pared a pared, con sus cortinas de estampado geométrico y su pieza única de escultura en cristal, le tomaría por un detective en su hábitat natural.

Volvió a poner la taza de té en el platillo de cerámica negra de Prinknash y dirigió la mirada a una figura de la acera de enfrente. Ese día tenía muy presente su propia corrección de sastrería y movió la cabeza con desagrado a la vista del rezagado de pelo largo

y su ropa nada convencional. La ventana estaba empezando a empañarse por la condensación. Burden limpió un trozo melindrosamente y se acercó un poco más al cristal. A veces se preguntaba adonde iría a parar la vestimenta masculina; el policía detective Drayton era el vivo ejemplo del desaliño actual, ¡pero eso! Una chaqueta estrafalaria de pelo erizado más apropiada para un esquimal, una bufanda púrpura y amarilla que Burden no podía justificar relacionándola con alguna universidad, tejanos azul claro y botas de ante... Ahora estaba cruzando la calle, como el típico peatón imprudente, y entraba por el patio delantero de la comisaría. Cuando se inclinó para arrancar una campanilla y ponérsela en el ojal, Burden estuvo tentado de abrir la ventana para gritarle, pero recordó que no se debía dejar salir el aire caliente y se detuvo a tiempo. La bufanda fue lo último que vio de él, con su borla púrpura ondeando, mientras el que la llevaba puesta desaparecía bajo la marquesina.

Como si estuviese en Carnaby Street, pensó Burden, recordando un reciente viaje a Londres de compras con su esposa. Ella se había interesado más por la gente excéntrica que por las tiendas. Cuando llegase a casa le diría que no había necesidad de viajar ochenta kilómetros en un tren mal ventilado cuando se podían ver cosas más raras en la propia puerta. Incluso este pequeño rincón de Sussex se vería pronto plagado de ellas, pensó mientras se sentaba a su mesa para leer el informe de Drayton sobre el robo de algunas piezas de cristal de Waterford.

No estaba mal, no estaba en absoluto mal. Teniendo en cuenta su juventud y su inexperiencia, Drayton estaba progresando mucho. Pero había lagunas, hechos vitales que se omitían. Si querías que se hiciese algo en este mundo, pensó con pesar, casi siempre tenías que hacértelo tú mismo. Cogió su gabardina del colgador (tenía el abrigo en la tintorería. ¿Por qué no, si era abril?), y bajó.

Después de días de estar oscurecido por huellas de pisadas enlodadas, el suelo a cuadros blancos y negros del vestíbulo estaba absolutamente brillante esa mañana. Burden podía ver sus bien

cepillados zapatos reflejados en su superficie. La larga elipse del mostrador y las incómodas sillas de plástico rojo tenían aquel aspecto frío y bien definido que el viento y el aire seco dan incluso a un interior.

También contemplando su reflejo en las enceradas baldosas y con sus manos huesudas colgando a cada lado, se sentaba el hombre. Al oír el sonido de unas pisadas levantó vagamente la mirada hacia donde estaba al teléfono el sargento Camb. Apparentemente necesitaba que le atendieran. No había ido, como había supuesto Burden al principio, a recoger basura ni a arreglar fusibles, ni siquiera a vender información sospechosa al sargento detective Martin. Parecía ser un auténtico miembro inocente del público con alguna clase de pequeño problema. Burden se preguntaba si habría perdido un perro o encontrado una cartera. Su rostro era pálido y delgado, la frente abultada, y los ojos estaban lejos de parecer tranquilos. Cuando Camb colgó el receptor, se acercó al mostrador con una curiosa irritabilidad flemática.

—Dígame, señor —dijo el sargento—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Margolis, Rupert Margolis.

Tenía una voz sorprendente. Burden se esperaba la variedad local del *cockney* del país, algo acorde con la vestimenta, cualquier cosa menos aquella culta afectación. Margolis hizo una pausa después de dar su nombre, como si esperase sorprender. Mantenía su cabeza ladeada, esperando quizás una expresión de encanto o unas manos extendidas. Camb se limitó a asentir pesadamente. El visitante tosió un poco y se pasó la lengua por los labios secos.

—Me preguntaba —dijo— si podrían ustedes decirme adonde podría ir para encontrar una asistente.

Ni perros ni carteras ni fusibles ni información sospechosa. El hombre simplemente quería que le limpiaran la casa. Una decepción o una saludable lección para no caer en conclusiones obvias. Burden sonrió para sus adentros. ¿Qué se pensaba que era

aquello? ¿La bolsa del trabajo? ¿Un servicio de información a los ciudadanos?

Rara vez desconcertado, Camb le dedicó a Margolis una sonrisa afable. El que preguntaba podría haberla encontrado alentadora, pero Burden sabía que la sonrisa encubría una resignación filosófica ante el hecho de que en el mundo tiene que haber de todo.

—Bien, señor, las oficinas del Ministerio de Trabajo están a sólo cinco minutos de aquí. Baje por York Street y una vez pasada la Joy Jewels las encontrará usted al lado del garaje Red Star. Podría usted probar allí. O poner un anuncio en la prensa local, o una nota en el escaparate de Grover.

Margolis frunció el entrecejo. Sus ojos eran de un color verde azulado muy pálido, del color de un huevo de pájaro, y como un huevo de pájaro, estaban moteados de puntitos marrones.

—Soy muy malo para esas cosas prácticas —dijo distraídamente, y paseaba los ojos por el chillón decorado del vestíbulo—. ¿Sabe?, normalmente mi hermana se encargaría de ello, pero se fue el martes, o eso creo.

Suspiró, apoyando todo su peso sobre el mostrador.

—Y ésa es otra preocupación. Creo que en este momento estoy ahogado por la inquietud.

—El Ministerio de Trabajo, señor —dijo Camb con firmeza. Se retiró tratando de asir los papeles que revoloteaban, mientras el agente Drayton entraba.

—Tendré que mirar esas puertas. Es un absoluto derroche de calefacción.

Margolis no hizo ni el menor ademán de marcharse. Miró cómo el sargento desenroscaba los tiradores cromados y se inclinaba para examinar el pestillo.

—Me pregunto qué estará haciendo Ann —dijo indeciso—. Es tan poco propio de ella el marcharse así y dejarme con todo revuelto.

Acabándosele rápidamente la paciencia, Burden dijo:

—Si no hay ningún recado para mí, sargento, me voy a Sewingbury. Puede usted venir conmigo, Drayton.

—No hay ningún recado —dijo Camb—, pero he oído que Monkey Matthews había salido.

—Ya lo pensé —contestó Burden.

La calefacción del coche era potente y Burden deseó por un momento que Sewingbury estuviese a ochenta kilómetros en lugar de a ocho. Su aliento empezaba ya a empañar las ventanillas cuando Drayton giró hacia Kingsbrook Road.

—¿Quién es Monkey Matthews, señor? —preguntó, acelerando al dejar atrás la señal de prohibición.

—No hace mucho tiempo que está usted con nosotros, ¿verdad? Monkey Matthews es un bribón, un ladrón, un timador de poca monta. Lo encerraron el año pasado por intentar cargarse a alguien. De forma modesta, ¿eh?, y con una bomba casera. Tendrá unos cincuenta y pico, feo y tiene varias debilidades humanas, incluyendo el ser mujeriego.

Sin sonreír, Drayton comentó:

—No suena muy humano.

—Tiene el aspecto de un mono —dijo brevemente Burden—, si es a eso a lo que usted se refiere.

No había ninguna razón para permitir que una simple petición de información oficial se convirtiera en una conversación. Era culpa de Wexford, pensó, por tenerle simpatía a Drayton y mostrarlo. Una vez que se empieza a contar chistes con los subordinados y a mostrarse familiar, se aprovechan. Le volvió la espalda a Drayton para mirar fijamente el paisaje de campos helados y dijo fríamente:

—Fuma como un carretero y tiene una tos de perro. Frecuenta el Piebald Pony de Stowerton. Estese atento y no creo que deje de encontrárselo, porque seguro que se lo encuentra.

Mejor que se enterase y que fuera por él sin sentimentalismo que por la muy adornada versión de Wexford. El inspector jefe disfrutaba de la peculiar camaradería que tenía con personajes como Monkey y estaba bien en él, en su posición. Si dejaba que Drayton viese el

lado curioso quién sabe dónde terminaría. Miró de soslayo el perfil oscuro y severo del joven. Estos tipos reservados son todos iguales, pensó, una masa de nervios y de complejos por dentro.

—¿La primera parada en Knobby Clark's, señor?

Burden asintió. ¿Cuánto más se iba a dejar crecer el pelo Drayton? ¿Semanas y semanas hasta parecer el batería de uno de esos grupos de pop? Desde luego, Wexford tenía razón cuando decía que no quería que todo el mundo identificase a un evidente poli por su gabardina y sus zapatos, pero aquel tres cuartos era ya el remate. Pon a Drayton en fila con un puñado de criminales y no podrás distinguir al lobo de los corderos.

El coche se paró delante de una joyería de aspecto pobre.

—En la banda amarilla no, Drayton —le dijo Burden con brusquedad antes de que pusiera el freno de mano.

Entraron. Un hombre corpulento y muy bajo, con una mancha púrpura que le ocupaba gran parte de la frente, se encontraba tras el mostrador de cristal, manoseando una pulsera y un anillo.

—¡Vaya una mañana asquerosamente fría! —dijo Burden.

—¡Ya lo creo, señor Burden!

Knobby Clark, joyero y ocasional receptor de mercancías robadas, dio uno o dos pasos. Era demasiado bajo para ver por encima del hombro de la mujer cuyas baratijas estaba tasando. Toda su maciza cabeza se puso a la vista y parecía una enorme hortaliza, quizás un nabo de Suecia o un colinabo, aumentando esta impresión la desigual mancha de su marca de nacimiento.

—No se apesure —le dijo Burden—. Tengo todo el día.

Dirigió su atención a una exposición de relojes de carrillón. La mujer con la que Knobby estaba regateando era, lo hubiera podido jurar, totalmente respetable. Llevaba un grueso abrigo de *tweed* que le llegaba por debajo de las rodillas, aunque era una mujer más bien joven y el bolso del que había sacado las joyas, envueltas en un pañuelo liso y delgado, parecía como si hubiera sido caro. Sus manos temblaban un poco y Burden vio que llevaba un anillo de casada en cada una. El temblor hubiera podido deberse al intenso

frío que hacía en la tienda sin calefacción de Knobby, pero sólo los nervios podían ser los responsables del temblor de su voz; los nervios y la natural renuencia de una mujer como aquélla a estar en aquel lugar.

Por segunda vez aquel día le sorprendió un tono y un acento.

—Siempre se me dio a entender que la pulsera era valiosa —dijo y parecía avergonzada—. Todos los regalos que me hacía mi esposo eran muy buenos.

—Depende de a qué le llame usted valioso —dijo Knobby y Burden se dio cuenta de que el comentario, el servilismo que ocultaba una insensibilidad de granito a las súplicas, era en su propio beneficio—. Le diré lo que voy a hacer, le daré diez por todo el lote.

En la glacial atmósfera, su aliento exhalado rápidamente, quedó suspendido como humo.

—¡Oh no, de ninguna manera!

Dobló las manos dándoles firmeza, pero dobló torpemente el pañuelo y la pulsera dio un pequeño golpe contra el cristal.

—Como guste —dijo Knobby Clark, viendo con indiferencia cerrarse el bolso—. Y ahora, señor Burden, ¿en qué puedo servirle?

Por un momento Burden no dijo nada. Sintió la humillación de la mujer, la decepción que parecía ser más de amor que de orgullo herido. Pasó por delante de él con un cortés «Perdón», tranquilizándose con los guantes y manteniendo aquella curiosa modestia en los ojos que se dice que es disciplina de monjas. Yendo hacia los cuarenta y atravesando un mal momento, pensó, ya no era bonita. Le abrió la puerta.

—Muchísimas gracias —dijo ella, no efusivamente, pero con una ligera sorpresa como si una vez, hacía ya tiempo, hubiese estado acostumbrada a tales atenciones y las considerase ya perdidas para siempre.

—¿Así que no ha visto usted nada de esto? —preguntó Burden malhumoradamente, metiendo la lista del cristal robado bajo la bulbosa nariz de Knobby.

—Ya se lo dije a su joven ayudante, señor Burden.

Drayton se puso algo rígido, apretando los músculos de la boca.

—Creo que echaré un vistazo.

Knobby abrió la boca para protestar mostrando empastes de oro tan bueno como el metal de los relojes.

—No empieces a gritar por una orden. Hace demasiado frío.

La búsqueda no dio ningún resultado. Las manos de Burden estaban rojas y tías cuando salieron de la trastienda.

—Para que hablen de la cueva de Aladino en el Ártico —gruñó —. Vale, será suficiente de momento.

Knobby era un informador ocasional y al mismo tiempo un perista. Burden se llevó la mano al bolsillo superior en el que su cartera alteraba ligeramente el contorno de su traje nuevo.

—¿Tienes algo que decirnos?

Knobby echó a un lado su cabeza de hortaliza.

—Monkey Matthews ha salido —dijo con optimismo.

—Dime algo que yo no sepa —le espetó Burden.

Las puertas de vaivén habían sido fijadas cuando volvieron. Ahora era muy difícil abrirlas. El sargento Camb estaba sentado frente a su máquina de escribir de espaldas al mostrador con un dedo suspendido hacia el aire caliente y con expresión confundida. Cuando vio a Burden dijo tan airadamente como le permitía su estúpida naturaleza:

—Me acabo de librar de él hace un minuto.

—¿De quién?

—De ese comediante que llegó cuando usted se fue.

Burden se echó a reír.

—No tendría usted que ser tan compasivo.

—Creo que pensó que si seguía insistiendo le enviaría al agente Peach a su casa de campo para que limpiase para él. Vive en Quince Cottage, en la parte de abajo de Pump Lane; vive allí con su

hermana, sólo que ella ha volado y le ha dejado con sus propios recursos. Fue a una fiesta el martes por la noche y no volvió.

—¿Y ha venido aquí porque buscaba una asistente?

Burden estaba algo intrigado, pero sin embargo, no quería añadir a nadie a su lista de personas desaparecidas si podía evitarlo.

—No sé qué hacer, me dice. Ann nunca se había marchado antes sin dejarme una nota. Ann esto y Ann lo otro. Habla de lo de ¿soy acaso el guardián de mi hermano?

El sargento era un hombre muy hablador. Burden apenas podía dejar de preguntarse en cuánto había contribuido la locuacidad de Camb a la larga diatriba de Rupert Margolis.

—¿Está el inspector jefe? —preguntó.

—Acaba de llegar, señor.

Wexford aún llevaba puesto el abrigo, aquel horrible abrigo gris que nunca estaría en la tintorería en las rachas de frío, porque no lo limpiaba nunca. Su color y su textura, de cordoncillo y como de piel, se sumaban a la impresión mastodóntica que daba el inspector jefe cuando bajaba pesadamente las escaleras, con las manos en los bolsillos, que tenían la forma de aquellos puños incluso cuando estaban vacíos.

—¿Vamos al Carousel a buscar sitio para comer, señor? —preguntó Burden.

—Puede que sí.

Wexford empujó la puerta de vaivén y la empujó de nuevo cuando se encalló. Con una media sonrisa, Camb volvió con aire satisfecho a su máquina de escribir.

—¿Algo nuevo? —preguntó Burden mientras el viento les azotaba por entre las campanillas plantadas en tiestos.

—Nada especial —dijo Wexford, apretándose aún más el sombrero en la cabeza—. Monkey Matthews ha salido.

—¿De veras? —dijo Burden y sacó la mano para sentir las primeras gotas de lluvia helada.

EL QUE EL INSPECTOR JEFE Wexford estuviese sentado a su mesa de despacho de palo rosa un viernes por la mañana leyendo el suplemento de fin de semana del *Daily Telegraph* era indicativo de que las cosas en Kingsmarkham estaban más tranquilas de lo acostumbrado. Delante de él había una taza de té, la calefacción central proporcionaba una brisa deliciosa y las cortinas nuevas, azules y grises de tejido tradicional, estaban medio corridas para ocultar la fuerte lluvia. Wexford estaba leyendo una crónica sobre las playas de Antigua, y bajó la lámpara de mesa para iluminar la página. Sus ojillos, del color de la piedra tallada, tenían una chispa burlona cuando se fijaban en un anuncio de ropa o de accesorios más sensual de lo acostumbrado. El traje que él llevaba era gris, cruzado, flojo por debajo de los brazos y dado en los bolsillos. Iba volviendo las páginas con aburrimiento. No estaba interesado en lociones para después del afeitado, ni en cremas para el pelo, ni en regímenes. Era corpulento y grueso, siempre había sido de complexión fuerte y siempre lo sería. El suyo era un rostro feo, el rostro de un Sileno con una nariz chata y una boca grande. Los clásicos dicen que Sileno era el compañero constante de Baco, pero lo más que Wexford se había acercado a Baco era con una cerveza de cuando en cuando con el inspector Burden en el *Olive and Dove*.

A dos páginas del final encontró un artículo que le llamó la atención. No era un hombre inculto y la moda de invertir en la compra de cuadros le había empezado a interesar. Estaba mirando las fotografías en color, dos de cuadros y una de un pintor, cuando entró Burden.

—Las cosas deben de estar en calma —dijo Burden echando un ojo al *Weekend Telegraph* y al montón desordenado de correspondencia. Se puso detrás del inspector jefe y miró por encima de su hombro.

—¡Qué pequeño es el mundo! —dijo.

Algo en su tono hizo que Wexford alzara la cabeza y levantase una ceja.

—Este tipo estuvo aquí ayer.

Y Burden apuntó bruscamente a la cara fotografiada.

—¿Quién? ¿Rupert Margolis?

—Es un pintor, ¿no? Creí que era un moderno.

Wexford sonrió.

—Aquí dice que es un genio de veintinueve años cuyo cuadro *El nacimiento de nada* acaba de ser comprado por la Tate Gallery.

Siguió leyendo más abajo:

—«Margolis, cuyo *Cuadro de basura* es contemporáneo al teatro de la crueldad, utiliza también polvo de carbón y hojas de té en su trabajo además de pintura. Está fascinado por las maravillosas y múltiples texturas de la materia en el lugar inadecuado, etcétera, etcétera». Venga, Mike, no ponga esa cara. Tengamos una mente abierta. ¿Qué hacía aquí?

—Buscaba una asistente.

—Ah, ¿ahora somos una agencia de servicio doméstico? La oficina de colocación Burden.

Riendo, Burden leyó en voz alta el párrafo que había debajo del índice del inspector jefe.

—«Algunos de los trabajos más brillantes de Margolis son el fruto de una estancia de dos años en Ibiza, pero durante el pasado año, su hermana Anita y él han estado viviendo en Sussex. Margolis

trabaja en un estudio del siglo XVI, el salón transformado de Quince Cottage, en Kingsmarkham y es allí, bajo el rojo de sangre del árbol del membrillo, donde ha dado a luz después de seis meses de dolorosa gestación su obra maestra, o *Nada*, como él, caprichosamente, la llama».

—Muy obstétrico —dijo Wexford—. Bueno, esto no es para nosotros, Mike. Nosotros no podemos permitirnos dar a luz nada.

Pero Burden se había aposentado con la revista en las rodillas.

—Esto es interesante —dijo— «A Anita, que antes era modelo y una *playgirl* de Chelsea, se la ve a menudo en la High Street de Kingsmarkham, comprando con su Alpine deportivo blanco...». Nunca la he visto, y si la ves una vez no la olvidas, supongo. Escuche: «De veintitrés años, morena y exquisita, de ojos cautivadores, ella es la Ann del retrato de Margolis por el que un coleccionista sudamericano le ofreció dos mil libras. Su devoción a los intereses de Margolis es la inspiración de algunas de sus mejores obras y es esto, dicen algunos, lo que llevó a la ruptura hace seis meses, de su compromiso con el escritor y poeta Richard Fairfax».

Wexford jugueteaba con una copia de la escultura de cristal que, juntamente con la mesa de despacho y las cortinas, acababa de ser asignada a la comisaría.

—¿Por qué no se compra el *Telegraph* si tanto le gusta? —gruñó.

—Lo leo sólo porque habla de aquí —dijo Burden—. Es curioso lo que pasa alrededor de uno sin saberlo.

Wexford citó sentenciosamente:

—Muchas gemas de los rayos más puros y serenos, llevan en sí las oscuras cavidades insondables del océano.

—Yo no sé nada de oscuras cavidades insondables. —Burden era muy sensible a que le criticasen su ciudad. Cerró la revista—. Ella es toda una gema. Oscura y exquisita, de cautivadores ojos verdes. Va a fiestas y no vuelve a casa...

La mirada que le lanzó Wexford era dura y penetrante y la pregunta que le espetó sonó como un disparo.

—¿Qué?

Sorprendido, Burden levantó la vista.

—He dicho que va a fiestas y no vuelve a casa.

—Ya sé que ha dicho eso.

Había una inquieta ansiedad en la impaciencia de Wexford. El tono de su voz que había sido burlón mientras leían, había desaparecido por completo y se había puesto alerta de repente.

—Ya sé lo que ha dicho. Quiero saber qué es lo que le ha hecho decirlo. ¿Por qué lo sabe?

—Como ya le he dicho, el genio vino buscando una asistenta. Después siguió hablando con Camb y dijo que su hermana había ido a una fiesta el martes por la noche y que no la había visto desde entonces.

Wexford se levantó despacio. La cara surcada de arrugas estaba perpleja y también había algo más. ¿Duda? ¿Temor?

—El martes por la noche —dijo arrugando el entrecejo—. ¿Está seguro de que era el martes por la noche?

Burden no estaba para misterios entre colegas.

—Pero señor, ni siquiera presentó una denuncia por su desaparición. ¿A qué viene el pánico?

—¡Qué pánico ni qué leches! —casi chilló—. Mike, si su nombre es Ann y desapareció el martes por la noche, esto es serio. No hay foto de ella, ¿verdad?

Wexford hojeó la revista con pericia una vez se la hubo quitado a Burden de un tirón.

—No hay foto —dijo disgustado—. ¿Qué te apuestas a que su hermano tampoco tiene una?

Burden dijo pacientemente:

—¿Desde cuándo nos preocupamos porque a una chica soltera, guapa y probablemente rica le de por marcharse con un amigo?

—Desde ahora —le espetó Wexford—. Desde esta mañana, desde que ha ocurrido esto.

La correspondencia, el correo de la mañana de Wexford, parecía un montón de basura, pero encontró sin falta el sobre y se lo pasó a Burden.

—No me gusta nada esto, Mike.

Desdobló una hoja de papel grueso. La escultura de cristal, de color añil, azul y translúcida, arrojaba sobre ella un reflejo brillante y amorfo, como una burbuja de tinta.

—Las cosas ya no están tranquilas —dijo.

Era una carta anónima lo que había donde había estado la revista, y las palabras estaban escritas a mano con bolígrafo rojo.

—Ya sabe usted que recibimos montones de cartas así —dijo Wexford—. La iba a tirar a la papelera.

Era una letra inclinada hacia atrás y grande, obviamente disimulada. El papel no estaba sucio ni las palabras eran obscenas. El disgusto que sentía Burden era sólo por la cobardía de su autor y su deseo de pinchar sin comprometerse.

La leyó para sí.

UNA MUCHACHA LLAMADA ANN FUE ASESINADA EN ESTA ZONA ENTRE LAS OCHO Y LAS ONCE DEL MARTES POR LA NOCHE. EL HOMBRE QUE LO IZO ES BAJO Y MORENO Y JOVEN Y TIENE UN COCHE NEGRO. SE LLAMA GEOFF SMITH.

Desechándola con una mueca, cogió el sobre.

—La han echado en Stowerton —dijo—. A las doce cincuenta de ayer. No ha sido muy inteligente por su parte el escribirla. Lo normal es cortar trozos de periódicos.

—¿Dando por descontada la infalibilidad de los expertos en grafología? —se burló Wexford—. ¿Ha oído alguna vez que esos tipos hayan dado una opinión consistente de una forma o de otra, Mike? Yo no. Si el receptor no tiene una muestra de tu letra habitual, te puedes ahorrar el periódico y las tijeras. Te inclinas hacia atrás, si normalmente lo haces hacia adelante, escribes con letra grande si normalmente haces letra pequeña y vas perfectamente de incógnito, más seguro que nada. Enviaré esto al laboratorio, pero me

extrañaría mucho que me pudiesen decir nada que yo no haya deducido por mí mismo. Sólo hay una cosa que no he deducido. Sólo hay una cosa que me llevará a mi corresponsal.

—El papel —dijo Burden pensativamente. Pasó el dedo por su cremosa y gruesa superficie y por su sedosa filigrana.

—Exactamente. Está hecho a mano, a menos que me equivoque, pero el autor no es el tipo de persona que encarga papel hecho a mano. Es un analfabeto, mira ese «izo».

—Podría trabajar en una papelería —dijo Burden despacio.

—Más probablemente para alguien que encargase especialmente este papel a una papelería.

—¿Quiere usted decir un criado? Eso reduce mucho las posibilidades. ¿Cuánta gente de por aquí tiene criados?

—Hay un montón que tiene jardineros, Mike. Las papelerías deberían ser nuestro punto de partida, y sólo tendremos que ir a por las muy buenas. Eso excluye Kingsmarkham. No me puedo imaginar a Braddon's suministrando papel hecho a mano y mucho menos a Grover's.

—Se está usted tomando todo esto muy en serio, señor.

—Así es. Quiero aquí a Martin, a Drayton, a Bryant y a Gates, porque esto es un anónimo que no puedo permitirme considerar como una broma. Usted Mike, será mejor que vea qué es lo que puede sacar del genio de veintinueve años.

Cuando todos se hubieron reunido se sentó al lado de Burden detrás de la mesa de despacho.

—Ahora no les estoy retirando de su trabajo habitual —empezó—. Aún no. Cojan el censo electoral y hagan una lista de todos los Geoffrey Smith que haya en el distrito. Especialmente en Stowerton. Quiero que los vayan a ver a todos durante el día y quiero saber si hay alguno que sea bajo y moreno y si hay alguno que tenga un coche negro. Eso es todo. Por favor, no asusten a las esposas y no insistan en mirar los garajes. Sólo un reconocimiento informal. Mantengan los ojos abiertos. Échele un vistazo a este papel,

sargento Martin, y si encuentra alguno igual en una papelería quiero que me lo traiga aquí para compararlos...

Después de que se hubiesen marchado Burden dijo con rabia:

—¡Smith! ¡Nada menos que Smith!

—Hay gente que realmente se llama Smith, Mike —dijo Wexford.

Dobló el suplemento a color con la fotografía de Margolis hacia arriba y lo puso en uno de los cajones de la mesa de palo rosa.

—¡Si al menos pudiese encontrar las cerillas! —decía Rupert Margolis—, les haría una taza de café.

Buscó torpemente y con impotencia por entre cacharros sucios, botellas de leche sin tapón y envoltorios arrugados de congelados que había sobre la mesa de la cocina.

—Había algunas por aquí el martes por la noche. Llegué sobre las once y todas las luces se habían fundido. Eso no es raro. Había un enorme montón de periódicos aquí y los cogí y los tiré por la puerta de atrás. Nuestros cubos están siempre llenos. Pero sin embargo entonces encontré las cerillas, unas quince cajas, donde habían estado los periódicos. —Dio un fuerte suspiro—. Dios sabe dónde estarán ahora. No he cocinado mucho.

—Tenga —le dijo Burden y le dio uno de los libritos de cerillas que daban con la bebida en el *Olive and Dove*.

Margolis vertió un filtro colador lleno de líquido negro que estaba criando moho por el fregadero. El café molido se pegó a los lados del fregadero y a una berenjena que flotaba en el agua sucia de los platos.

—Ahora aclarémoslo.

Le había llevado media hora el sacarle a Margolis los hechos más sobresalientes y aún ahora no estaba seguro de tenerlos claros.

—Su hermana, que se llama Anita o Ann, iba a una fiesta que daban el señor y la señora Cawthorne de la estación de servicio de Cawthorne en Stowerton, el martes por la noche. Cuando llegó

usted a casa a las once, después de haber estado fuera desde las tres, ella se había ido con su coche, un Alpine deportivo blanco que normalmente está aparcado fuera, en la calle. ¿Es así?

—Así es —dijo Margolis con preocupación.

La cocina no tenía techo, sólo un tejado de metal ondulado soportado por vigas antiguas. Se sentó en el borde de la mesa mirando fijamente a las telarañas que colgaban de ellas y moviendo suavemente la cabeza al compás del movimiento de aquellas cuerdas grises oscilantes, que se agitaban por el vapor que subía de la cafetera.

Burden continuó con firmeza:

—Dejó usted la puerta de atrás sin cerrar para ella y se fue a la cama, pero se despertó poco después cuando el señor Cawthorne le llamó por teléfono para preguntarle dónde estaba su hermana.

—Sí. Estaba muy molesto. Cawthorne es un pelma de cuidado y nunca hablo con él, a no ser que tenga que hacerlo.

—¿No estaba usted preocupado en absoluto?

—No. ¿Por qué hubiera tenido que estarlo? Creí que habría cambiado de idea y se habría ido a alguna otra parte.

El pintor se alejó de la mesa y pasó agua fría por las dos sucísimas tazas de té.

—Sobre la una —dijo Burden— fue despertado usted de nuevo por luces que cruzaban por el techo de su habitación. Usted dedujo que eran las del coche de su hermana, porque no hay nadie más que viva en Pump Lane, pero usted no se levantó...

—Me volví a dormir en seguida. Estaba cansado, ¿sabe?

—Ya, creo que dijo usted que había estado en Londres.

El café estaba sorprendentemente bueno. Burden intentó no pensar en las incrustaciones del borde de la taza y disfrutarlo. Alguien había estado metiendo cucharas mojadas en el azúcar y, aparentemente, alguna vez había estado en contacto con un cuchillo lleno de mermelada.

—Salí a las tres —dijo Margolis, con cara distraída y como si estuviese en las nubes—. Ann estaba aquí entonces. Cuando volví

me dijo que iba a salir y que no me olvidara la llave.

—¿Y la había olvidado usted, señor Margolis?

—Por supuesto que no —respondió el pintor, con tono repentinamente áspero—. No estoy loco.

Se bebió el café de un sorbo y algo de color asomó en su pálido rostro.

—Dejé mi coche en la estación de Kingsmarkham y fui a hablar con un hombre sobre una exhibición que estoy preparando.

—¿Una exhibición? —preguntó Burden desconcertado.

La palabra evocaba en su mente visiones de chicas bailando y de comediantes vestidos de *smoking*.

—Pues sí, una exposición —dijo Margolis con impaciencia—. De mi trabajo. Realmente son ustedes un hatajo de incultos. Ya lo pensé ayer cuando nadie parecía saber quién soy.

Obsequió a Burden con una mirada de oscura sospecha como si dudase de su eficiencia.

—Como estaba diciendo, fui a ver a ese hombre. Es el director de la Morissot Gallery de Knightsbridge y cuando acabamos nuestra charla me invitó a cenar de forma totalmente inesperada. Pero estaba absolutamente exhausto de tanto viajar. El hombre de esa galería es un pelmazo total y fue aburridísimo estar allí sentado venga escucharle. Por eso cuando vi las luces del coche de Ann, no me molesté en levantarme.

—Pero ayer por la mañana —dijo Burden— encontró usted su coche en el camino.

—Todo mojado y asqueroso con el *New Statesman* emplastado en el parabrisas. —Margolis suspiró—. Había papeles por todo el jardín. Supongo que no podrán ustedes enviar a nadie a limpiarlo, ¿verdad?, ¿o hacer que lo haga el ayuntamiento?

—No —dijo Burden con firmeza—. ¿No salió usted para nada el miércoles?

—Estaba trabajando —contestó Margolis—. Y duermo mucho —añadió distraídamente— de vez en cuando. Creí que Ann había vuelto y se había marchado. Vamos cada uno a lo nuestro.

De pronto levantó la voz hasta un tono muy estridente. Burden comenzó a preguntarse si estaría algo loco.

—Pero estoy perdido sin ella. ¡Nunca me deja sin despedirse!

Se levantó bruscamente, golpeando una botella de leche contra el suelo. El cuello se rompió y un chorro de leche cortada salió y fue a parar a la estera de coco.

—¡Oh Dios! Vayamos al estudio si no quiere más café. No tengo una fotografía de ella, pero puedo enseñarle mi retrato si cree usted que puede ayudarle.

Había probablemente veinte cuadros en el estudio, uno de ellos tan grande que llenaba toda la pared. Burden sólo había visto una vez en la vida uno mayor y era *Vigilia nocturna* de Rembrandt, que vio a regañadientes en un viaje de un día a Ámsterdam. En su superficie, dando una visión tridimensional a las figuras que retozaban, había adheridas otras sustancias distintas de la pintura, algodón, lana, astillas de metal y tiras de periódico triturado. Burden decidió que prefería la *Vigilia nocturna*. Si el retrato era del mismo estilo que este cuadro no le ayudaría a la identificación. La chica tendría un ojo, una boca verde y un estropajo para cacerolas enganchado en la oreja.

Se sentó en una mecedora, después de haber quitado del asiento un portatostadas de plata sucia, un tubo chafado de pintura y un instrumento de viento de madera de origen vagamente mediterráneo. Periódicos, ropas, tazas sucias y platillos, y botellas de cerveza cubrían cada superficie y en algunos lugares estaban apilados por el suelo. Cerca del teléfono había narcisos muertos en un jarrón de cristal medio lleno de agua verde y uno de ellos, con el tallo partido, había apoyado el cáliz y la corola sobre un gran pedazo de queso.

En ese momento volvió Margolis con el retrato. Burden quedó gratamente sorprendido. Estaba pintado de forma convencional, muy al estilo de John, aunque él no lo sabía, y mostraba la cabeza y los hombros de una chica. Sus ojos eran como los de su hermano, azules con un ligero tono de jade, y su cabello, tan negro como el

suyo, lo llevaba sobre las mejillas en dos grandes chavos. Tenía cara de halcón, si es que el rostro de un halcón puede también ser dulce y bello, la boca fina, aunque llena y la nariz casi aguilena. Margolis había captado, o le había dado, una inteligencia fiera. Si no estaba ya muerta en su juventud, pensó Burden, un día sería una formidable mujer vieja.

Tenía la incómoda sensación de que uno tenía siempre que alabar una obra cuando era mostrada por su creador, y dijo con torpeza:

—Muy bonito. Estupendo.

En lugar de mostrar gratitud o satisfacción, Margolis dijo simplemente:

—Sí, es maravilloso. Una de las mejores cosas que he hecho.

Puso el cuadro en un caballete vacío y lo miró feliz, con su buen humor recuperado.

—Ahora, señor Margolis —dijo Burden gravemente—, en un caso como éste lo habitual es interrogar a los familiares sobre dónde creen que pueda estar la persona desaparecida.

El pintor asintió sin volverse.

—Por favor, concéntrese. ¿Dónde cree usted que está su hermana?

Se dio cuenta de que su tono se había vuelto más y más duro, más magistral según avanzaba la entrevista y de repente se preguntó si estaba siendo insolente. Desde que llegó a Quince Cottage había tenido presente la crónica del diario, pero sólo como una guía, como información sobre el hermano y la hermana que sólo hubiera podido sacar de Margolis después de intentarlo durante horas. Ahora recordaba por qué había sido escrita aquella crónica y lo que Margolis era. Estaba en la presencia de un genio, o si eso era una extravagancia del periodista, de un gran talento. Margolis no era como otros hombres. En sus dedos y en su cerebro había algo que lo ponía aparte, algo que podía no ser totalmente reconocido y apreciado hasta mucho después de que el pintor hubiese muerto. Burden experimentó una sensación de temor, una extraña

reverencia que no podía conciliar con el asqueroso desorden que le rodeaba o con la criatura de cara pálida que parecía un beatnik y podía ser un moderno Rembrandt. ¿Quién era él, un policía rural, para juzgar, burlarse y ponerse entre los fariseos? Su voz se suavizó al repetir la pregunta:

—¿Dónde cree usted que está, señor Margolis?

—Con uno de sus amigos. Tiene docenas.

Se dio la vuelta y sus ojos opalescentes parecían desenfocados y a una nebulosa distancia. ¿Tuvo Rembrandt alguna vez contacto con la policía que tuviesen en aquellos tiempos? El genio era más común entonces, pensó Burden. Había más, y la gente sabía cómo tratarlo.

—O eso creería —dijo Margolis— si no fuese por la nota.

Burden se sobresaltó. ¿Habría recibido también un anónimo?

—¿Qué nota? ¿Una nota sobre su hermana?

—Ésa es la cuestión, que no la hay, y tendría que haberla. Ya antes se ha largado así, otras veces, y si estoy trabajando o durmiendo no me molesta.

Margolis pasó los dedos por el cabello largo y puntiagudo.

—Y no hago casi nada aparte de trabajar y dormir —dijo—. Siempre deja una nota en un lugar destacado, cerca de mi cama o pegada en algún sitio. —Parecían venirle recuerdos de tales ejemplos de la solicitud de su hermana—. Normalmente una nota muy detallada, adonde había ido y con quién, y qué había que hacer para limpiar la casa y, bueno, pequeñas cosas que yo tenía que hacer, ¿sabe?

Esbozó una pequeña sonrisa que se nubló con aspereza cuando sonó el teléfono.

—Ése debe de ser el pelma de Russell Cawthorne —dijo—. Me molesta continuamente para saber dónde está.

Alcanzó el auricular y apoyó el codo sobre el trozo de queso enmohecido.

—No, no está aquí. No sé dónde está.

Mirándole, Burden se preguntaba cuáles serían exactamente las «pequeñas cosas» que su hermana le recomendaría que hiciese. Incluso algo tan sencillo como contestar al teléfono parecía ponerle en un estado de hosca misantropía.

—Tengo aquí a la policía, si quiere usted saberlo. Pues claro que se lo diré si se presenta. Sí, sí, sí. ¿Qué quiere usted decir con eso de que me va a venir a ver? De ningún modo. No quiero que nos veamos.

—Sí, señor Margolis —dijo Burden tranquilamente—. Usted y yo vamos ahora a ver al señor Cawthorne.

WEXFORD comparó con atención las dos hojas de papel, una de ellas escrita con bolígrafo rojo y la otra nueva y limpia. La textura, el color y la filigrana eran idénticas.

—Después de todo era de Braddon, señor —dijo el sargento Martin.

Era un oficial concienzudo que tenía permanentemente el semblante preocupado.

—Grover sólo vende cuadernos y lo que llaman blocs de dibujo. A Braddon le sirven este papel especialmente desde un sitio de Londres.

—¿Quiere usted decir que lo manda hacer?

—Sí señor. Afortunadamente sólo se lo venden a un cliente, a una tal señora Adeline Harper que vive en Waterford Avenue en Stowerton.

Wexford hizo un gesto de asentimiento.

—Un buen barrio residencial —dijo—. De grandes casas antiguas.

—La señora Harper está fuera, señor. Pasando unas largas vacaciones de Pascua, según los vecinos. No tiene criados. De hecho, la única servidumbre que tiene es una asistente que va los lunes, miércoles y viernes.

—¿Podría ser mi corresponsal?

—Son casas grandes, señor, y están muy separadas. Waterford Avenue no es como los inmuebles del ayuntamiento o un bloque de pisos donde todo el mundo se conoce. No tienen contacto con los demás. Han visto entrar y salir a esta asistenta, pero nadie sabe cómo se llama.

—¿Y si tiene la costumbre de coger pequeñas cosas como papel de cartas caro, ni la señora ni los vecinos lo saben?

—Todo lo que los vecinos saben —dijo Martin algo desconcertado por lo insuficiente de su información— es que es de mediana edad, que viste de forma llamativa y lleva el pelo rojo.

—Los lunes, miércoles y viernes... Es decir, ¿que va aunque la señora esté fuera?

—Y hoy es viernes, señor. Pero señor, sólo va por las mañanas y ya se había ido cuando llegué. Un vecino dijo que acababa de verla salir. Subí la calle a paso rápido, pero ya no se la veía.

Wexford volvió de nuevo su atención a las hojas de papel y al informe de laboratorio sobre él. No se habían encontrado huellas en el anónimo, ni perfume adherido a él; el bolígrafo con el que había sido escrito era de los baratos, de los que pueden comprarse en todas las papelerías del país. Él tenía una gran inventiva, pero no lograba imaginarse la concatenación de los sucesos que debían haber sido el requisito previo a aquella carta. Una asistenta de pelo rojo, cuya conducta no estaba aparentemente fuera de todo reproche, había visto u oído algo que le había llevado a escribir a la policía. Un comunicado de ese tipo debía ser por fuerza ajeno a una mujer como ella, una mujer que era una ladrona ocasional. Y sin embargo ella, o alguien muy relacionado con ella, lo había escrito. El miedo o el rencor podían haber motivado su acción.

—Me pregunto si podría ser chantaje —dijo Wexford.

—No le sigo del todo, señor.

—Porque siempre pensamos que el chantaje tiene éxito, o, al menos, que funciona durante algún tiempo. Supongamos que no funciona en absoluto. Supongamos que nuestra mujer de pelo rojo

intenta presionar a Geoff Smith, pero que él no entra en el juego. Entonces, si ella es rencorosa, lleva a cabo su amenaza.

—Los chantajistas siempre son vengativos, señor —dijo Martin hipócritamente—. Es algo de lo más malévolo que hay. Peor que un asesinato, señor.

Una excesiva muestra de respeto siempre molestaba a Wexford, especialmente cuando, como en este caso, iba acompañada de tópicos que había oído miles de veces con anterioridad.

—Aquí se acaba la primera lección —dijo ásperamente—. Conteste usted, ¿quiere?

Martin se abalanzó hacia el teléfono antes del final de la segunda llamada.

—El inspector Burden para usted, señor.

Wexford cogió el teléfono sin levantarse. El cable, muy estirado, pasó peligrosamente cerca de la escultura de cristal.

—Quite eso —dijo.

El sargento la levantó y la colocó en el estrecho alféizar de la ventana.

—¿Y bien? —dijo Wexford por el aparato.

Burden ponía voz de aturdido.

—Acabo de hablar con Cawthorne. ¿Tenemos a alguien que pueda venir aquí para recoger el coche de la señorita Margolis? Drayton, si no está ocupado. Ah, y habrá que examinar la casa. —Wexford oyó cómo el tono cambiaba a un susurro—. Está completamente revuelta, señor. No es extraño que necesitara una asistente.

—Nosotros también necesitamos una —dijo Wexford con crispación—, una tía elegante de pelo rojo —aclaró.

Por el teléfono se oyeron unos ruidos.

—¿Qué es eso?

—El queso se ha caído en un jarrón.

—¡Cielo santo! —dijo Wexford—. Ya entiendo...

Mark Drayton bajó los escalones de la comisaría y cruzó la calle. Para llegar a Pump Lane tenía que andar toda la High Street y cuando llegó a la papelería de Grover se detuvo un momento para mirar el escaparate. Le parecía increíble que Martin hubiese pensado ni por un momento que aquel lugar podía ser el posible proveedor de papel hecho a mano. Tenía el oscuro y casi sórdido aspecto de una tienda en los barrios bajos de alguna gran ciudad. Estaba rematada por una pared alta de ladrillo y entre ella y la floristería de al lado había un callejón oscuro y empedrado que daba a un sospechoso interior de cubos de basura y cobertizos y a un par de garajes.

En el escaparate de la tienda los artículos que se exhibían parecían haber sido dispuestos unos años antes y haber sido absolutamente descuidados desde entonces. La Pascua no estaba lejos y las felicitaciones de Pascua eran de actualidad, pero parecía que fuese una actualidad accidental, del mismo modo que un reloj parado tendrá la hora buena dos veces al día, porque también había felicitaciones de Navidad, algunas caídas a los lados y cubiertas por una película de polvo.

Entre las felicitaciones había plantas moribundas. Quizás estaban a la venta, o quizás las habían puesto como decoración que inducía a error. La tierra de alrededor de las raíces se había contraído por deshidratación dejando un hueco entre ella y la madera. Una caja que contenía un juego de la Oca se había abierto y el tablero de colores colgaba de un estante. Las fichas estaban en el suelo entre clavos herrumbrosos, confetti desparramado y hojas caídas. Drayton pensó que no había visto nunca algo que pudiese considerarse una propaganda tan repelente y tan desalentadora para aquellos compradores que pasasen por allí.

Iba a continuar andando con un gesto de desagrado cuando, a través del sucio cristal que separaba el escaparate del interior de la tienda, vio a una chica detrás del mostrador. Sólo pudo percibir su

forma y su claro pelo brillante. Pero mientras dudaba, creció su interés, porque se acercó al cristal y lo abrió, y cogió un paquete de cartas que estaba a la izquierda de la caja del juego de la Oca. El hecho de que ella no intentase recoger las fichas o limpiar el polvo de la tapa de la caja le molestó. Él era meticuloso en su trabajo, pulcro y atento con las herramientas de su vida y de su profesión.

Para demostrar el disgusto que sentía y hacer patente la desaprobación de al menos un cliente potencial, alzó fríamente los ojos para encontrarse con los de ella. En seguida supo quién era. Un rostro que le había obsesionado durante cuatro días y que le era algo familiar, pero no específicamente identificable, estaba frente a él. La miró fijamente y sintió cómo le subía el rubor a las mejillas. Ella no podía saber que la había visto antes, o si lo sabía, no podía ser consciente de los pensamientos, muchos de ellos ensoñaciones sensuales, que habían acompañado la constante evocación de su imagen en su mente. Ella no podía saberlo, pero a él le pareció que ella tenía que saberlo, que imaginaciones tan vividas e intensas no podían contenerse en la mente que las había concebido y que, por medio de algún proceso telepático, debían ser comunicadas a su objeto.

Ella no dio ninguna señal. Sus ojos grises, grandes y lánguidos, se encontraron con los de él por un momento. Luego ella cogió el paquete de cartas, arrodillándose sobre el polvo y el confetti para alcanzarlo, y volvió adentro para servir a un cliente que estaba esperando. Tenía las piernas largas y demasiado delgadas. El polvo había dejado unas manchas grises y redondas en sus rodillas. Se quedó mirando cómo se cerraba lentamente el escaparate detrás suyo y cómo su transparencia azulada, llena de marcas de dedos, lo oscurecía todo excepto el contorno borroso de su cabello de oro y plata.

Drayton cruzó el callejón, evitando los charcos en cuya sucia superficie el aceite derramado tenía iridiscencias del arco iris. Le echó una mirada a las puertas del garaje preguntándose por qué nadie las pintaba cuando la pintura era barata y el que las cosas

estuvieran limpias y nuevas resultaba tan satisfactorio. Del puesto de flores a la puerta de la floristería podía oler los narcisos, Ellos y la chica que acababa de ver compartían la misma cualidad de frescura incólume y exquisita y, al igual que la chica, florecían en la mugre. La tosca y sucia caja de madera era para ellos lo que la sórdida papelería para ella, un fondo inadecuado y feo para una belleza que dejaba sin aliento.

¿Todo lo que veía iba a recordársela? ¿Había sentido lo mismo que ahora antes del lunes por la noche? Según se acercaba al pretil del puente y miraba río abajo, se hizo de nuevo la pregunta. Seguramente la había visto comprando en la ciudad. Era el tipo de chica en la que cualquier hombre se fijaría. Durante meses había ejercido sobre él una cierta atracción. Después, el lunes por la noche, pasó por este lugar y la vio en aquel sendero besando a otro hombre. Le había causado una extraña impresión el verla desarmada, vulnerable, abandonada a una pasión que cualquiera que paseara al anochecer podía presenciar. Le reveló que ella era de carne y hueso, que estaba sujeta a la sensualidad y que, por lo tanto, era alcanzable, asequible para él.

Había visto sus figuras reflejadas en el agua oscura, la del hombre, que él había ignorado, y la de ella, delgada, estremeciéndose durante largo rato. Desde aquel momento su imagen no se había apartado de él, había permanecido justo debajo de la superficie de su consciencia para turbarle cuando se encontraba solo.

Su propio reflejo, más delimitado y más real a la luz de la tarde de lo que había sido el de ellos en el crepúsculo, le miraba fija y fríamente desde la corriente. La cara oscura y de rasgos italianos, con sus ojos vigilantes y su boca torcida, no reflejaba ninguno de sus pensamientos. Tenía el pelo bastante largo, demasiado largo para un policía y llevaba un abrigo tres cuartos con capucha gris oscuro encima de los pantalones y el suéter. Burden tenía reparos con respecto al abrigo y al pelo, pero no tenía nada que objetar a la

parquedad de palabra de Drayton, ni tampoco a que fuese reservado, aunque de distinto modo que él.

La cabeza y los hombros reflejados se contrajeron y se escondieron tras el pretil del puente. Drayton buscó en los bolsillos para asegurarse de que había cogido los guantes. Sólo era una formalidad, era muy raro que él olvidase algo. Volvió a mirar atrás, pero sólo pudo ver a compradores, cochecitos de niño, bicicletas, un muro alto de ladrillo y un callejón con cubos de basura mojados sobre los adoquines. Después siguió su camino hacia las afueras de la ciudad y hacia Pump Lane.

Aquel camino hacia el campo de Kingsmarkham era nuevo para él, pero al igual que los demás, era un túnel entre márgenes verdes coronados de árboles altos, una carretera apenas lo bastante ancha como para que pasasen dos coches. Por encima del seto le miró una vaca con las patas en las prímulas. Drayton no estaba interesado en historia natural ni tampoco era dado a la reflexión pastoril. Su mirada era atraída por el coche deportivo blanco, aparcado la mitad sobre el margen y la otra mitad sobre la carretera, la única cosa hecha por el hombre que se veía. La misma casa de campo no era visible inmediatamente. Luego pudo distinguir, entre verdeantes espinos enmarañados y endrinos blancos en flor, una verja pequeña y desvencijada. Las ramas eran espinosas y estaban mojadas. Las levantó y se mojó los hombros. Manzanos, con los troncos cubiertos de líquenes de un verde ácido y pulposo, se apiñaban delante de la casa, cuya ajada blancura era mitigada por las flores rojizas de un arbusto alto que crecía contra ella, el membrillo, aunque Drayton no lo sabía, y del que la casa tomaba el nombre.

Se puso los guantes y se metió en el Alpine. Tenía muy pocas pertenencias, y sin embargo sentía un gran respeto por las cosas materiales. Debía de ser una delicia poseer ese coche y un placer conducirlo. Le irritaba que su propietaria pareciese haberlo usado como si fuera un cubo de basura rodante, tirando al suelo los paquetes de cigarrillos y las cerillas. Drayton sabía que no debía

tocar más de lo que fuera necesario, pero tuvo que quitar el diario roto del parabrisas para poder conducir. Las ramas de los espinos que arañaban el techo le dolían tanto como si le estuviesen arañando su propia piel.

Tenía que resistir a la tentación de tomar el camino más largo dando un rodeo por Forby. El tráfico no era denso a aquella hora del día y su única excusa sería que necesitaba divertirse. Drayton se había entrenado para resistir estoicamente la tentación. Un día, lo sabía, sucumbiría, pero no a una insignificancia como ésta.

Había un abrigo de pieles a manchas amarillas y marrones tirado en el asiento del acompañante. Tenía un perfume fuerte y embriagador, la fragancia de una mujer bella, que evocaba en la mente de Drayton amores pasados y futuros. El coche avanzó suavemente. Había llegado hasta la mitad de High Street cuando se dio cuenta de que la aguja del indicador subía rápida y alarmantemente. Estaba casi en un nivel peligroso. No había gasolineras en aquella zona de la calle principal, pero recordaba haber visto un garaje en York Street, justo entre Joy Jewels y la bolsa del trabajo.

Al llegar allí se bajó del coche y levantó el capó. Le alcanzó una oleada de vapor y se echó hacia atrás.

—El radiador pierde —le dijo al mozo de la gasolinera.

—Le traeré agua. No habrá problemas si va usted despacio. ¿Ha de ir lejos?

—No —contestó Drayton.

El agua empezó a gotear en cuanto la pusieron. Drayton estaba casi a la vista de la comisaría. Pasó por delante de Joy Jewels con los escaparates llenos de piedras de imitación sobre un terciopelo rojo y pasó por delante de Grover, pero no miró. La poesía no estaba entre lo mucho y heterogéneo que él leía, pero hubiese estado de acuerdo en que el amor del hombre es algo separado de su vida. Iría allí en cuanto hubiese terminado el trabajo.

El garaje de Cawthorne era un negocio mucho más importante que el sitio modesto al que Drayton había llevado el coche de Anita Margolis. Dominaba la encrucijada de Stowerton. Desde el techo de la tienda hasta el pináculo del pequeño cubículo de cristal en el que se sentaba Cawthorne para recibir a la clientela, colgaba una bandera amarilla y grana que decía: El triple de cupones por dieciocho litros. Los ocho surtidores tenían estos colores y también el tubo de neón que estaba sobre el arco de entrada a la estación de servicio. Burden recordaba cuando allí había, no hacía demasiado tiempo, un pequeño bosque de abedules plateados, y recordaba los esfuerzos de la sociedad de conservación rural para evitar la llegada de Cawthorne. Los últimos abedules se arrimaban a la pared de la tienda como aborígenes azorados arrojados a la fuerza por un conquistador del nuevo mundo.

Por contraste, la casa de detrás era antigua. Un triunfo del retorno del gótico, con sus ostentosos pináculos, cúpulas, frontispicios y atrevidos desagües. Antiguamente conocida como la Casa del Abedul, el hogar de dos hermanas solteras, había sido amueblado por Cawthorne y su esposa con todas las monstruosidades victorianas concebibles. Las repisas de las chimeneas tenían ribetes y estaban llenas de jarrones de cristal verde ondulado, pájaros disecados y frutas de cera bajo cúpulas. Cawthorne, después de echarle una mirada indecisa a Rupert Margolis, les llevó hasta el salón y fue a buscar a su mujer.

—Toda esta basura victoriana —dijo Margolis de mal humor—, hace furor.

Encima del hogar estaba colgado un óleo de una mujer con un vestido griego que llevaba un lirio en la mano. Le dirigió una mirada enfurecida.

—Cawthorne debe de tener sesenta años y su mujer debe de ser una bruja. Están locos por los jóvenes. Espero que los jóvenes crean que todas estas porquerías son regalos de boda.

Y se vengó riéndose.

Burden pensó que casi nunca había encontrado a nadie tan falto de caridad, pero cuando entró la señora Cawthorne empezó a entender lo que quería decir Margolis. Estaba excesivamente delgada, y su vestido tenía una falda y unas mangas muy cortas. Llevaba el pelo teñido de color rubio rojizo y peinado como un plumero.

—¡Ah, hola Ru! No te dejas ver...

Burden estuvo de pronto seguro de que quizás sólo había visto a Margolis una vez, y en cambio le trataba con diminutivos como un personaje de cuento infantil. Una cazadora de leones. Se echó sobre un sillón acolchado y con botones, enseñando un montón de pierna huesuda. Margolis no le hizo ningún caso.

—¿Qué es todo esto de Ann, entonces?

—Esperamos que pueda usted ayudarnos, señora Cawthorne —dijo Burden lentamente, pero era a su esposo a quien miraba.

Era un hombre de edad, con bigote blanco y un porte decididamente militar. Si la moda que había entre los jóvenes de llevar uniformes de soldado pasaba a generaciones mayores, Cawthorne debería apuntarse. Estaría muy bien con una chaqueta de húsar.

—Celebraba usted una fiesta el martes por la noche, señor Cawthorne, a la que estaba invitada la señorita Margolis. Tengo entendido que no se presentó.

—Así es —dijo Cawthorne con energía—. Se pasó por aquí por la tarde para decir que seguro que vendría. Y no volvió a aparecer. He estado muy preocupado, se lo aseguro. Me alegro de que les hayan llamado, señores.

—Sí, y Dickie Fairfax vino expresamente desde Londres sólo para verla. —La señora Cawthorne se acercó a Margolis—. Eran amigos. Amigos muy íntimos, puedo añadir —dijo moviendo sus maquilladísimas pestañas.

—¿Fairfax, el escritor? —Burden no había oído hablar nunca de él hasta aquella misma mañana, pero no quería que le tildaran de

inculto por segunda vez aquel día.

La señora Cawthorne asintió:

—El pobre Dickie estaba bastante furioso cuando ella no apareció y se fue sin rumbo a eso de las once.

—Dejando una de mis mejores copas de *brandy* sobre un poste de gasóleo —dijo Cawthorne con aspereza—. Un tipo sin ninguna consideración.

—¿Pero estuvo aquí toda la noche? —Entre ocho y doce, pensó Burden. Ese era el momento crucial, si se podía creer lo que decía el anónimo.

—Sí, estuvo aquí. Llegó a las ocho en punto y en seguida empezó a darle a lo fuerte.

—Eres tan mezquino —dijo la señora Cawthorne desagradablemente—. Mezquino y celoso. Sólo porque Ann le prefería. —Soltó una risita—. Ella y Russell tienen una especie de lío.

Burden miró de reojo a Margolis, pero el pintor se había quedado abstraído meditando. La señora Cawthorne metió un huesudo dedo entre las costillas de su esposo.

—O eso es de lo que presume.

El rubor subió al rostro, habitualmente sonrosado, de Cawthorne; Su cabello era como lana blanca o como el pelaje de un terrier de West Highland.

De repente Margolis se animó, Se dirigió a Burden como si no hubiese nadie más en la sala.

—Ann despidió a Dickie hace meses. Hay alguien más ahora. Estoy intentando recordar su nombre.

—¿No será Geoff Smith, por casualidad?

Burden los miró a los tres y sólo vio caras inexpresivas. Había memorizado el mensaje de aquella carta. Es bajo, moreno y joven y tiene un coche negro. Se llama Geoff Smith, Desde luego, no podía ser su verdadero nombre. Smith nunca lo era.

—Bien, eso es todo por ahora. Gracias por su ayuda.

—Yo a esto no lo llamo ayuda —dijo la señora Cawthorne con una risita. Intentó cogerle la mano a Margolis, pero no lo consiguió—. Estarás perdido sin ella Ru —le dijo—. Pero si hay algo que Russell y yo podemos hacer...

Burden esperaba que Margolis siguiera en silencio, o que quizás dijese alguna grosería. Pero se quedó mirando a la señora Cawthorne con aire de desesperación.

—Nadie más ha podido nunca hacer nada.

Luego salió de la sala, erguido. Por un momento había alcanzado la noción que Burden tenía de la grandeza de un genio. Le siguió y Cawthorne fue detrás suyo. El aliento del propietario del garaje olía a *whisky*. Tenía cara de soldado: valiente, campechano, un poco tonto. Su aire militar se extendía, pensó Burden, hasta su nombre. Durante todos aquellos años su madre le había llamado Russell porque sonaba tan bien con Cawthorne que auguraba grandes cosas. Su Excelencia el General Russell Cawthorne, Caballero de la Orden de Bath, Cruz de Servicios Distinguidos... Burden conocía algo de su historia. El hombre no había ganado nunca una batalla, ni siquiera había mandado tropa. Regentaba un garaje.

—Estoy buscando a un tal Geoff Smith que podría ser amigo de la señorita Margolis.

Cawthorne soltó una risotada:

—Es muy probable que lo sea, sólo que no he oído hablar nunca de él. Tiene un montón de amigos. Es una chica encantadora, una gran conductora y tiene una buena cabeza para los negocios. Yo le vendí el coche que tiene. Así es como nos conocimos. Regatea, ¿sabe?, regatea mucho. Es algo que admiro. Es natural que tenga muchos amigos.

—¿Se incluiría usted entre ellos?

Era grotesco. El hombre tenía sus buenos sesenta años, y sin embargo en estos tiempos se le podía llamar amigo a un amante de cualquier edad. Era un eufemismo en todos los sentidos.

Por un momento pareció que Cawthorne no fuese a responder, y cuando lo hizo no fue para contestar a su pregunta.

—¿Está usted casado?

—Sí, lo estoy.

—Es horrible, ¿verdad? —Hizo una pausa y fijó una triste mirada en un mozo de la gasolinera que daba cupones verdes con el cambio—. Envejecer juntos... ¡Horroroso! —Hizo un gesto con los hombros como solicitando su atención—: Escuche, es su deber permanecer joven todo el tiempo que pueda. Vivir la vida, mantenerse, ir con gente joven. Así está ganada la mitad de la batalla.

La única batalla que era probable que librara.

—¿Salió usted con la señorita Margolis, señor Cawthorne?

El propietario del garaje acercó su rostro y su aliento a *whisky* a Burden.

—Una vez —dijo—. Sólo una. La llevé a cenar a Pomfret al hotel Cheriton Forest. Fue realmente una tontería. El camarero me conocía. Me había visto allí con mi mujer. Yo estaba encargando el menú cuando dijo: «¿Su hija también tomará salmón ahumado, señor?».

¿Para qué hacerlo entonces? ¿Por qué ponerse en ridículo? Burden tenía pocos sueños y ninguna tentación. Se metió en el coche al lado de Margolis preguntándose por qué los indefensos se ponían en la línea de fuego.

Había cuadros en las escaleras y cuadros en el rellano. Estaba anocheciendo y el sargento Martin tropezó con un montón de ropa sucia que había en el suelo, a la puerta de la habitación de Anita Margolis.

—No hay cartas ni diarios, señor —le dijo a Burden—. Nunca había visto tanta ropa en mi vida. Parece una tienda de ropa...

—¿Una *boutique*, quieres decir? —preguntó Drayton.

—¿Ha estado usted en muchas? —le espetó Burden.

Drayton parecía la clase de tipo que compraría ropa interior de nylon negro a las mujeres sin pestañear. A través de la puerta entreabierta, apuntalada con una sandalia dorada, vio vestidos tirados sobre la cama y colgados apretadamente en dos armarios.

—Si su hermana se hubiese ido por voluntad propia —le dijo a Margolis—, se hubiese llevado vestidos. ¿Falta algo?

—No puedo saberlo. No sirve de nada preguntarme cosas así. Ann siempre se está comprando ropa. Tiene montones.

—Sólo hay una cosa —dijo Drayton—. No encontramos ninguna gabardina.

Martin asintió con la cabeza.

—Así es. Prendas de piel y de ante de todas clases, pero no hay ninguna gabardina de señora. Llovía a mares el martes por la noche.

—A veces se lleva ropa —dijo Margolis— y a veces no. Se puede haber ido perfectamente con lo que llevaba puesto y luego comprar lo que necesite.

Dejándoles para que terminaran su inspección, Burden bajó detrás del pintor.

—¿Así pues tenía dinero?

La mujer del retrato, la mujer que poseía aquel guardarropa tan inmenso y aparentemente caro, difícilmente se contentaría con algo de Marks and Spencers. ¿O se suponía que el amante aflojaba? Todo era posible en aquella situación.

—¿Cuánto dinero llevaba encima?

—Uno de sus talones llegó el lunes. Ese dinero es suyo, ¿sabe? Mi padre le dejó a ella todo el dinero. A él yo no le gustaba y yo no podía soportarle, así que se lo dejó todo a Ann. Le pagan cada tres meses.

Burden suspiró. Cualquier otro hubiese hablado de una renta particular, de pagos trimestrales.

—¿Sabe usted a cuánto ascendía el talón?

—Claro que sí —dijo Margolis de mal humor—. No soy tonto. Siempre es lo mismo, quinientas libras.

—¿Y llevaba ese talón encima?

Por fin había algo en lo que podía hincar el diente. Aparecía el comienzo de un motivo.

—Lo cobró en cuanto llegó —dijo Margolis— y puso el dinero en su bolso.

—¡Las quinientas libras! —exclamó Burden—. ¿Quiere usted decir que se fue a una fiesta con quinientas libras en el bolso?

—Seguro. Siempre lo llevaba con ella —dijo Margolis con naturalidad, como si fuese la cosa más normal del mundo—. Mire, ella podía salir y ver algo que quería comprar y así ya llevaba el dinero encima, ¿no? No le gusta pagar con talones porque se queda sin fondos y Ann en algunas cosas es bastante como de clase media. Le preocupa quedarse al descubierto.

Quinientas libras, aunque fuese en billetes de cinco, serían un buen fajo en el bolso de una mujer. ¿Tendría cuidado de dónde abría el bolso y a quién le revelaba su contenido? La mujer también era absolutamente inmoral. Las mujeres decentes tienen casas ordenadas y limpias. O están casadas, o tienen trabajo, o las dos cosas. Guardan su dinero en el banco. Burden creyó saber lo que le había ocurrido a Anita Margolis. Había ido a una tienda o a un garaje de camino a la fiesta, abrió su bolso y aquel tal Smith había visto el contenido. Probablemente era un bribón guapo y sabía hablar. Joven, moreno y con un coche negro. Se habían ido juntos y la había matado por el dinero. El que había escrito el anónimo se había enterado, quizás había intentado hacer un chantaje, que probablemente no había funcionado...

Pero sería casi imposible encontrar a una ocasional conquista callejera. Podría muy bien ser un amigo habitual, especialmente si la suerte le daba la espalda.

—¿Ha recordado ya el nombre del sucesor de Fairfax? —le preguntó.

—Alan No sé qué. No tiene dinero y es muy provinciano. No sé lo que le encuentra, pero a Ann le da bastante por ir a pasarlo bien a los barrios bajos, ¿entiende lo que le quiero decir? Fitz algo.

¿Fitzwilliam? No es exactamente Fitzwilliam, pero es algo así. Sólo he hablado con él una vez y ya tuve suficiente.

Burden dijo con aspereza:

—No parece que le guste mucho nadie, señor.

—Me gusta Ann —dijo Margolis tristemente—. Ya sé quién puede saberlo. La señora Penistan, nuestra anterior asistenta. Iré a preguntárselo y si estuviese pensando en volver para limpiar la casa, no la desanime, ¿quiere?

Cuando salían por la puerta de la casa caía una llovizna helada y plomiza. Margolis acompañó a Burden hasta la verja del jardín.

—¿No ha encontrado usted asistenta entonces?

Detrás suyo se oyó la voz del pintor con un tono de orgullo infantil:

—Puse un anuncio en el escaparate de Grover —dijo—. Lo escribí en una tarjetita. Sólo media corona a la semana. Realmente no comprendo por qué la gente se gasta tanto dinero en la sección de anuncios de The Times cuando así es tan fácil y barato.

—Ya —dijo Burden conteniendo un incipiente deseo de gritar y patear—. Esta tal señora Penistan ¿no será pelirroja, no?

Margolis estaba apoyado contra el seto y cogía los brotes nuevos del espino. Se los puso en la boca masticándolos con afición.

—Siempre llevaba un sombrero —dijo—. No sé de qué color tiene el pelo, pero le puedo decir dónde vive.

Hizo una pausa quizás para congratularse de esa inesperada hazaña memorística. La expresión de Burden pareció complacerle, porque continuó:

—Lo sé porque la llevé a casa un día que llovía. Está en Glebe Road, a la izquierda, pasado el quinto árbol y justo antes de llegar al buzón. Abajo tiene cortinas rojas y...

Burden le interrumpió con un bufido de exasperación. Si eso era el genio, ya tenía suficiente.

—La encontraré.

Podía recurrir al censo electoral. Seguro que Penistan era un nombre tan raro como Smith corriente.

MARK DRAYTON tenía una habitación alquilada cerca de la estación de Kingsmarkham. Su patrona era una mujer muy maternal a quien le gustaba que sus huéspedes se sintiesen en casa. Colgaba cuadros de las paredes, ponía colchas floreadas y esparcía pequeños adornos como si fuesen semillas. En cuanto se mudó allí, Drayton puso todos los jarrones y los ceniceros en el fondo del armario. No se podía hacer nada con la colcha. Quería que la habitación pareciese una celda. Alguien (una chica), le había dicho que tenía un temperamento frío y desde entonces había cultivado su personalidad en esa dirección. Le gustaba pensar que era adusto y que no era emotivo.

Era muy ambicioso. En cuanto llegó a Kingsmarkham se dispuso a gustar a Wexford y lo había conseguido. Llevaba a cabo meticulosamente todas las instrucciones de Wexford, asimilando todas las homilías, conferencias, divagaciones y ocurrencias del inspector jefe con la cabeza cortésmente inclinada. El distrito le era ahora tan familiar como su propia ciudad y utilizaba sus bonos de biblioteca para obras de psicología y de medicina forense. A veces leía una novela, pero nada de menos categoría que Mann o Durrell. Un día esperaba llegar a ser comisario. Se casaría con la esposa adecuada, alguien como la señora Wexford, guapa, discreta y amable. Wexford tenía una hija, una chica bonita e inteligente,

decían. Pero aún faltaba mucho para eso. No tenía intención de casarse hasta que no consiguiera un rango distinguido.

Su actitud hacia las mujeres era una fuente de orgullo para él. Como era muy narcisista, le sobraba muy poca admiración, y su idealismo lo guardaba para su propia carrera. Sus asuntos habían sido prácticos y fríos. En su vocabulario estaba prohibido el verbo amar, era la más obscena de las palabras. Nunca lo había utilizado en primera persona. Si alguna vez sentía algo más fuerte que una simple necesidad física lo llamaba «deseo con complicaciones».

Eso, pensó, era lo que sentía por la chica de Grover. Por eso era por lo que ahora iba a la tienda a comprar el diario de la tarde. Quizás ella no estuviese allí. O quizás cuando la viera de cerca, no a través de un cristal o en los brazos de alguien, todo se desvanecería. En el fondo, esperaba que eso sucediera.

La tienda estaba bajo una altísima pared de ladrillo marrón. Parecía estar allí escondida como si tuviese algo que ocultar. Una farola de hierro negro sobresalía al lado de la puerta, pero aún no estaba encendida. Al abrir Drayton la puerta retintineó una campanilla. El interior estaba oscuro y olía mal. Detrás del mostrador de los diarios y de una nevera oxidada llena de carteles estropeados anunciando helados, pudo ver los estantes de una biblioteca de préstamo. Los libros eran del tipo que se compra en los mercadillos que se organizan para beneficencia, novelas en tres volúmenes del XIX, relatos de exploradores, historias escolares.

Una mujer delgada y seca estaba detrás del mostrador, bajo una bombilla desnuda. Probablemente era su madre. Estaba despachando tabaco a un cliente.

—¿Cómo está el jefe? —preguntó el cliente.

—Siempre está tan mal de la espalda —dijo la señora Grover alegremente—. No se ha levantado de la cama desde el viernes. ¿Vestas ha dicho usted?

Drayton observó con desagrado las revistas de chicas, el mostrador de patrones de papel (dos alegres minifaldas para recortar y coser en una tarde), las novelas de misterio de nueve

peniques *Mundos fantasmagóricos* y *Criaturas cósmicas*. En un estante, entre ceniceros Wedgwood de imitación, había un perro de aguas de cerámica con flores artificiales que salían de un cesto que llevaba en el lomo. Las flores estaban cubiertas de polvo como si fuese un parduzco cultivo fungoideo.

—Así serán cinco y tres. Muchas gracias. Es lo que llaman disco invertebral luxado. Estaba arreglando el coche, se inclinó y ¡crac!

—¡Qué desagradable! —dijo el cliente—. ¿Está usted pensando en alquilar de nuevo su habitación? He oído decir que se ha ido el joven que la ocupaba.

—Y en buena hora. No podría coger a otro, no mientras el señor Grover esté en cama. Linda y yo ya tenemos bastante por ahora.

Así que ése era su nombre, Linda. Drayton dejó de mirar *Mundos fantasmagóricos*. La señora Grover le contempló con indiferencia.

—Dígame.

—El *Standard*, por favor.

Sólo quedaba uno y estaba colgado fuera de la tienda, cerca del escaparate. Drayton la siguió y pagó el periódico en el umbral. No volvería nunca, ¡por incompetentes y maleducados! Quizás si no lo hubiese hecho su vida hubiese seguido su curso ordenado y sin interrupción hacia su objetivo. Se detuvo sólo por un momento. La farola se había encendido y le llamó la atención un nombre conocido en una de las tarjetas. Margolis, Quince Cottage, y debajo se solicitaba una asistenta. Se abrió la puerta y salió Linda Grover. Uno puede coger la peste incluso de forma tan rápida...

Era tan alta como él y su corto vestido gris la hacía parecer aún más alta. El viento húmedo pegó la ropa a su cuerpo mostrando la forma de sus pequeños pechos y de los muslos largos y delgados. Tenía una cabeza pequeña sobre un cuello delgado y su cabello claro estaba tan fuertemente cogido que tiraba de la piel y estiraba considerablemente las suaves cejas color gris rosáceo. Nunca había visto una chica que yendo tan completamente vestida pareciese tan desnuda.

Abrió el escaparate de las tarjetas, quitó una y puso otra.

—Llueve de nuevo —dijo—. No sé de dónde viene.

Tenía una voz fea, con un acento medio de Sussex y medio *cockney*.

—Del cielo —dijo Drayton.

Era la única respuesta posible a un comentario tan tonto. No podía imaginarse por qué se había molestado en hablarle, a menos que le hubiese visto aquella noche y estuviese disimulando el embarazo.

—Muy ocurrente.

Sus dedos eran largos y la mano tenía un buen palmo. Observó las uñas mordidas.

—Se va usted a empapar si se queda ahí —le dijo ella.

Drayton se puso la capucha.

—¿Cómo está el novio? —preguntó en tono familiar.

La reacción de ella le gustó. Le había dado en lo vivo.

—¿Tengo uno?

Su horrible acento le irritaba y se dijo que era eso y no su proximidad lo que le hacía apretar los puños con fuerza mientras miraba las tarjetas que ofrecían cochecitos de niño para vender y pisos del ayuntamiento para permutar.

—¿Una chica guapa como tú? —dijo volviéndose bruscamente para mirarla. No era ni Mann ni Durrell, sólo práctica oral corriente, la primera introducción al juego del amor—. ¡Vamos!

Ella esbozó una débil sonrisa que se fue agrandando con una especie de secreto. Se dio cuenta de que sonreía sin mostrar los dientes, sin separar los labios y le cautivó. Se quedaron mirándose en el lluvioso atardecer. La llovizna salpicaba los montones de periódicos. Drayton volvió la vista con deliberada descortesía hacia el escaparate de las tarjetas.

—Parece que está usted muy interesado en esas tarjetas —dijo ella, mordaz—. ¿Qué es lo que tiene de fascinante un montón de cosas de segunda mano?

—No me importaría que fuera de segunda mano —dijo, y cuando ella se sonrojó supo que le había visto presenciar aquel beso.

Una asistente de pelo rojo. Podría ser. Todo apuntaba hacia esa dirección. La señora Penistan parecía reunir los requisitos. Había limpiado para Anita Margolis, ¿por qué no podía limpiar también para la señora Harper de Waterford Avenue? Una mujer que vivía en la insalubre Glebe Road podía robar papel de una patrona para escribir anónimos sobre otra. En Glebe Road no eran ajenos a los delitos, ni siquiera al asesinato. Sólo el año pasado, habían matado allí a una mujer. Monkey Matthews había vivido allí antaño y fue detrás de una de esas bajas fachadas estucadas donde había mezclado azúcar y clorato sódico para fabricar su bomba.

Burden llamó con energía a la puerta de la pequeña casa escalonada. Se encendió una luz, se corrió una cadena y antes de que se abriera la puerta vio un pequeño rostro de facciones angulosas mirándole a través del panel de cristal de la puerta.

—¿La señora Penistan?

Abrió la boca con expresión sorprendida y por ella afluyó un torrente de palabras.

—¡Vaya, por fin ha llegado! Creía que ya no vendría. El aspirador le está esperando —y sacó un aspirador enorme y antiguo—. Creo que le debe haber entrado un poco de arenilla en el motor. Mis hijos no se fijan en la porquería que traen en los zapatos. ¿No le tomará mucho tiempo, verdad?

—Señora Penistan, no he venido a arreglarle el aspirador. No soy...

Se le quedó mirando de hito en hito.

—¿Supongo que no será testigo de Jehová?

—Soy oficial de policía.

Quedó todo aclarado y la señora Penistan se reía ruidosamente. Incluso dentro de su propia casa llevaba puesto el sombrero. El cabello que asomaba bajo el ala no era rojizo, sino gris y no se la podía describir como de mediana edad ni decir que vistiese de forma extremada. Además del sombrero en forma de cuenco llevaba

un guardapolvo cruzado y sin mangas, estampado en malva y negro, por encima de una rebeca verde. A Burden le parecía que se acercaba a los setenta.

—¿Le importaría venir a la cocina? Les estoy preparando el té a mis chicos.

En la cocina se estaban friendo unas patatas. Levantó el cestillo y lo volvió a llenar con un nuevo montón de patatas cortadas.

—¿Le apetece una buena taza de té?

Burden aceptó el ofrecimiento y cuando llegó el té estaba caliente y fuerte. Se sentó en una silla mugrienta a la también mugrienta mesa. Le sorprendió el desarreglado aspecto del lugar. Por algún motivo, creía que la casa de una asistenta tenía que estar limpia, de la misma forma que la cuenta de un director de banco no tenía que estar nunca en números rojos.

—¿Smith? —repitió ella—. No, no me suena.

—¿Y Fitzwilliam?

—Tampoco. Había un tal señor Kirkpatrick. ¿Podría tratarse de él?

—Podría.

Conociendo a Margolis, era muy posible.

—Vive en algún lugar de Pomfret. Es curioso que me pregunte usted por él, porque fue por su causa por lo que me marché.

—¿Cómo fue eso señora Penistan?

—No sé por qué no debería decírselo. ¿Ha desaparecido, dice usted? No me extraña. No me extrañaría que se la hubiese cargado como dijo que lo haría.

—¿Qué es lo que dijo que haría?

—La amenazó estando yo delante. ¿Quiere usted que se lo explique?

—Por supuesto, pero primero me gustaría que me hablase usted de ella, que me dijese lo que usted opinaba de ella... cosas así.

—Era una chica bastante agradable, ¿comprende?, no se daba aires. El primer día la llamé señorita y se puso a reír. «Oh, querida señora Penistan —me dijo— llámeme Ann. Todo el mundo me llama

Ann». Es una de esas personas informales, que toman las cosas como vienen, que tienen dinero, a montones, pero no siempre son generosas, de esa clase. No se imaginaría usted la ropa que me daba. Tenía que dársela casi toda a mi nieta porque ya se me ha pasado la edad de llevar trajes pantalón y faldas hasta el ombligo. Tenía la cabeza en su sitio. Sabía tratar a los comerciantes. Siempre compraba lo mejor y quería saber lo que le daban por su dinero. Era muy difícil que se dejase engañar. Distinta a él.

—¿Al señor Margolis?

—Ya sé que es fácil de decir, pero creo que no está bien de la cabeza. Estuve allí todo un año y nunca fue nadie a verle. Nada más que pintar, pintar y pintar todo el santo día, pero cuando había terminado, no se podía saber lo que era. Una vez le dije: «No sé como no se harta usted»; y me contestó: «Soy muy fecundo, señora Penistan», sea lo que sea lo que eso quiera decir. Me sonó a algo sucio. Realmente, está tocado de la cabeza.

Amontonó las patatas en dos platos y empezó a cascar huevos que olían sospechosamente antes de dejarlos caer en la sartén.

Burden le acababa de preguntar sobre las amenazas de Kirkpatrick cuando se abrió la puerta trasera y entraron dos hombretones de cuello ancho vestidos con ropas de trabajo. ¿Serían aquellos los dos chicos que no miraban lo que traían en los pies? Ambos parecían bastantes años mayores que el mismo Burden. Saludaron a su madre con la cabeza y cruzaron pesadamente la cocina, sin prestar ninguna atención al visitante. Quizás también ellos *habían* llegado a la conclusión de que había ido para arreglar el aspirador.

—Espere un minuto —dijo la señora Penistan, y con un plato en cada mano se fue hasta la sala de estar.

Burden se terminó el té y en aquel momento llegó uno de los muchachos a por la tetera, seguido de su madre, todo sonrisas.

—No se les puede sacar una palabra hasta que han comido —dijo con orgullo. Su hijo la ignoró y se fue dando portazos—. Bueno, usted quería saber algo del señor Kirkpatrick. Veamos, ¿a qué día

estamos hoy? Viernes. Pues debió de ser el miércoles de la semana pasada. Él señor Margolis se había ido a Devon porque había una fiesta de la pintura. Fui un par de días antes y le pregunté a ella: «¿Dónde, está su hermano?» y me contestó: «En Dartmoor».

La señora Penistan se sentó frente a Burden con los codos sobre la mesa.

—Dos días más tarde, el miércoles por la tarde llamaron a la puerta. «Ya abro yo» —dijo ella y cuando abrió estaba ese tal Kirkpatrick. Le dijo buenas tardes algo fríamente, pero de una forma tan especial que no se la puedo describir. «Buenas tardes», le contestó él y se quedaron allí, mirándose. De todos modos, como le he dicho, ella no se daba aires de importancia y me presentó muy amablemente. «¿Penistan se llama usted? —dijo él—. Es un nombre de la zona. Hay unos cuantos Penistan que viven enfrente nuestro en Pomfret». Y por eso sé de dónde es. Como estaba limpiando la plata me volví a la cocina. No habrían pasado cinco minutos cuando los oí arriba. En mi ignorancia creí que iban a mirar los cuadros. Había cuadros por toda la casa, hijo, hasta en el cuarto de baño. Bajaron una media hora después y empecé a preguntarme qué sucedía. Luego les oí discutir: «Por el amor de Dios, Alan, no seas empalagoso», le dice ella secamente. «Yo no sé lo que significa amar», le dice levantando la voz. «Si hay alguien a quien yo ame, ése es Rupert». Porque Rupert es su hermano chalado. Bueno, pues este Alan se va corriendo hasta la puerta y empieza a gritar utilizando toda clase de horribles expresiones que no puedo repetir. Pero ella ni se inmutó. «No estoy acabando con nada, cariño, le dijo, puedes continuar teniendo lo que acabamos de tener arriba». Se lo aseguro, hijo, se me subió toda la sangre a la cabeza. Me dije: Rose Penistan, ésta es la —última vez que pones los pies aquí. Mis chicos son muy escrupulosos y no les gusta que yaya adonde hay inmoralidad. Iba a ir directamente hacia donde estaba ella y ese tal Kirkpatrick para decírselo en aquel mismo momento cuando oí que él le decía: «Estás pidiendo que te maten, Ann, Y quizás lo haga yo mismo un día de éstos». De todos modos, la cosa

es que se fue indignado. Pude oír que ella le decía; «No seas tan tonto Alan, y no te olvides de que tenemos una cita el martes por la noche».

—¿El martes? —cortó secamente Burden—. ¿Podría haber sido el martes pasado?

—Tiene que haber sido. La gente es rara, ¿verdad, hijo? Tan serios como parecen... y ella también, y también es buena en cierto modo. Hacía colectas para Oxfam y para los animales enfermos, se leía el diario de cabo a rabo y era muy vehemente con respecto a lo que ella llamaba injusticia. De todas maneras, se entendía con el tal Kirkpatrick. Es un mundo curioso.

—¿Así que se fue usted?

—Aquel mismo día. Después de que él se marchase ella apareció en la cocina como si nada hubiera ocurrido. Estaba absolutamente tranquila, serena y sonriente, hablando del horrible mal tiempo que estaba teniendo Rupert allá en el Moor. Yo no sé lo que es, pero supongo que es a lo que se refieren cuando la gente habla de encanto. No podía discutir con ella. Todo lo que le dije fue: «Terminaré la semana y luego lo dejaré. Esta casa es demasiado para mí». Y nunca dije nada más cierto.

—¿Trabaja usted en algún otro sitio, señora Penistan? ¿En Stowerton, por ejemplo?

—¡No, por Dios! No me saldría a cuenta hacer todo ese camino. A menos que mis chicos me viniesen a buscar en la camioneta. Ellos siempre piensan en su madre.

Le acompañó a la sala en la que se encontraron con uno de sus hijos que volvía a la cocina con su plato vacío, que depositó silenciosamente sobre la mesa. Aunque no hizo ningún caso de su madre, fuera de apartarla al pasar por la puerta, la comida había mejorado ligeramente su humor, porque le dijo apagadamente a Burden:

—Una noche asquerosa.

La señora Penistan le sonrió cariñosamente. Arrastró el aspirador para apartarlo del paso y abrió la puerta principal a la

llovía tempestuosa. Era extraño que siempre se pusiera a diluviar por las noches, pensó Burden. Mientras andaba por la Glebe Road con la cabeza baja y el cuello de la gabardina levantado iba meditando sobre la dificultad de interrogar a Kirkpatrick cuando no tenían ningún cuerpo y un anónimo era la única prueba que tenían de que hubiese habido una muerte.

6

EN KINGSMARKHAM vivían tres hombres llamados Geoffrey Smith, uno en Stowerton y dos más en Sewingbury. El único moreno medía casi metro noventa; el único que tenía menos de treinta y cinco años llevaba una barba rubia, y ninguno de ellos tenía un coche negro. La investigación había resultado infructuosa, tan insatisfactoria como el registro en casa de Margolis. No había aparecido ninguna nota de su hermana, ni tampoco nada que hiciese pensar en un juego sucio.

—Excepto lo de las quinientas libras —dijo Burden.

—Una bonita suma para irse de vacaciones —dijo Wexford decididamente. Y luego, con menos seguridad, añadió—: ¿Hemos hecho que Margolis se preocupase en vano, Mike?

—Es difícil decir si está preocupado o no. No comprendo a ese tipo, señor. Hay momentos en los que creo que me está tomando el pelo y luego... bueno, es como un niño. Supongo que es lo que la gente entiende por genio.

—Hay quien dice que el genio está muy cercano a la locura, otros lo definen como una capacidad infinita para el esmero.

Si había algo que Burden realmente comprendiera era el esmerarse.

—Parece como si vertiese esa pintura y esa basura del mismo modo que usted o yo podemos echar salsa sobre el pescado y las patatas fritas —dijo—. No entiendo esas pinturas. Diría que son sólo

otra manera de timar al público. ¿Cuánto cobran por entrar en la Tate Gallery?

Wexford se carcajeó.

—Nada, que yo sepa. Es gratis. —Se ajustó aquel jirón delgado y lustroso que él llamaba corbata—. Me recuerda usted aquel comentario de Goering —comentó—. Cada vez que oigo la palabra cultura cojo mi pistola.

Burden se molestó. Salió al pasillo, buscando a alguien en quien descargar su mal humor. Bryant y Gates, que le habían estado haciendo la pelota al sargento, fingieron estar ocupados en cuanto le vieron. Pero no Mark Drayton. Éste estaba algo alejado de los demás, mirándose los pies y aparentemente abstraído pensando, con las manos en los bolsillos de su tres cuartos. La visión de su pelo negro asomándose por entre la capucha aún le puso de peor humor. Se fue directamente hacia Drayton, pero antes de que pudiese hablar, el joven le dijo tranquilamente:

—¿Puedo hablar con usted, señor?

—La única persona a la que usted necesita decirle unas palabras es al barbero —le espetó Burden—. Dos, para ser exactos. Muy corto.

La cara de Drayton seguía impasible, reservada, inteligente.

—Está bien. ¿Qué pasa?

—Un anuncio en el escaparate de Grover. Creí que podía interesarnos. —Sacó una cuidada libretita de su bolsillo, la abrió y leyó en voz alta—: «Habitación retirada y tranquila se alquila por noches. Para estudiantes o gente que quiera huir del ruido. Intimidación garantizada. Dirigirse al número 82 de Charteris Road, Stowerton».

Burden arrugó la nariz con desagrado. Drayton no era el responsable del anuncio, se dijo, sólo lo había encontrado. Claro que era un mérito el que lo hubiese encontrado. ¿Por qué le parecía entonces que no era de extrañar que él supiera de esa clase de cosas tan asquerosas, que tanto recordaban a porquerías hechas en sucios rincones?

—¿Otra vez Grover, eh? —dijo Wexford cuando se lo dijeron—. ¿Así que eso es a lo que se dedica últimamente, eh? El año pasado se dedicaba a libros... indiscretos. Este sitio se parece cada día más a Charing Cross Road.

Y se puso a reír ahogadamente. A Burden no le hubiese sorprendido que Drayton lo imitara. El tío era un pelota. Pero Drayton ponía cara recelosa. Burden hubiese dicho que parecía avergonzado, pero no podía pensar en ninguna razón por la que pudiera estarlo.

—¿Se acuerda de cuando todos los escolares conseguían navajas que sabíamos que salían de Grover, pero no pudimos acusarle? Y las revistas que vende. ¿Qué le parecería que su hija las leyera?

Wexford se encogió de hombros.

—No son para las hijas, Mike, son para los hijos, y no se leen. Antes de convocar al comité de pureza, será mejor que hagamos algo respecto a ese anuncio.

Se quedó mirando fijamente a Drayton.

—Usted es el muchacho apropiado, Mark.

A Burden le molestaba escuchar al inspector jefe dirigirse a Drayton, como lo hacía en ocasiones, por su nombre de pila.

—Usted dará bien en el papel.

—¿En el papel?

—Usted hará de estudiante queriendo huir del bullicio, ¿qué le parece inspector Burden? —Y contemplando todavía a Drayton añadió—: No me puedo imaginar a ninguno de nosotros comportándose airoosamente en el aposento de una dama.

La primera vez que llamaron a la puerta no hubo respuesta. Era una casa que hacía esquina, cuya fachada daba a Charteris Road y que tenía una valla desvencijada en el lado que lindaba con Sparta Grove. Mientras Burden se esperaba en el coche, Drayton siguió la valla hasta que se terminó en una vereda que había entre unos

jardines de la parte de atrás. Allí el muro de piedra era demasiado alto para ver por encima, sin embargo, Drayton encontró una verja, cerrada, pero que permitía ver el jardín del número ochenta y dos por entre sus rendijas. De una cuerda que estaba sujeta por un lado a la pared y por el otro a un gancho que había sobre una ventana trasera de la casa, colgaba una alfombra mojada de la que goteaba agua sobre un sendero de ladrillos.

La casa tenía unos setenta u ochenta años, pero se libraba del aire ruinoso de sus vecinas por un cierto arreglo y pulcritud. El patio estaba barrido, había una escoba limpia apoyada contra la pared de la casa, y habían blanqueado el último peldaño. Todas las ventanas estaban cerradas y tenían visillos almidonados. Mientras Drayton miraba a las ventanas, la cortina de una de ellas, probablemente la de la habitación de atrás, se levantó ligeramente y apareció una cara pequeña y arrugada que miraba por ella. Drayton apoyó el pie sobre un trozo saliente de piedra y se izó hasta que tuvo la cabeza y los hombros por encima de la pared, cuya parte superior estaba cubierta de hierba. El rostro moreno y simiesco aún seguía allí. Sus ojos se encontraron con los de Drayton y apareció en ellos una mirada de terror, seguramente desproporcionada a la falta, o al castigo de la falta, que podía suponerse habían cometido los ocupantes de la casa. La cara desapareció rápidamente y Drayton regresó al coche.

—Hay alguien dentro —le dijo a Burden.

—Supongo que sí. Dejando aparte el hecho de que no podemos entrar a la fuerza por una cosa así, el armar jaleo sería contraproducente para el objeto que nos ha traído aquí, ¿no es así?

El suyo era uno más de los veinte o treinta coches que había alineados en Sparta Grove. Al final de este lado de la calle no había ni garajes ni espacio para ellos.

—Alguien viene —dijo Drayton de repente.

Burden levantó la cabeza. Una mujer con un carrito de la compra estaba abriendo la verja de la casa de la esquina. Llevaba un

pañuelo de colores en la cabeza y un abrigo con un cuello de pieles muy llamativo. Cuando la puerta se cerró tras ella dijo:

—La conozco. Se llama Branch, es la señorita Ruby Branch. Vivía en Sewingbury.

—¿Es una de nuestras clientas?

La utilización, en boca de Drayton, de una de las expresiones favoritas de Wexford no agradó a Burden. Parecía más una imitación del vivo estilo del inspector jefe calculada para congraciarse que una repetición fortuita.

—La hemos detenido por robar en las tiendas —le dijo secamente—, por robar mientras estaba empleada como sirvienta y por varias cosas más. Esto es nuevo. Más vale que vaya y haga su trabajo.

Se sometió a un cuidadoso y en un principio alarmado examen a través del recuadro de cristal de la puerta, antes de que la abrieran. La cara de alarma desapareció y la puerta se abrió un poco. Drayton puso el pie sobre el felpudo.

—Tengo entendido que tiene usted una habitación para alquilar —dijo amablemente, y la dejó desarmada. Ella sonrió mostrando una excelente dentadura postiza con pintura de labios en ella. Aún no se había quitado ni el pañuelo ni el abrigo y por entre los lados del cuello de pieles pudo ver una blusa con volantes que cubría un buen pecho. El rostro era de mediana edad, de unos cincuenta años pensó Drayton, y muy pintado, sobre todo las pestañas—. Vi su anuncio en el escaparate de Grover, señora... ¿mm...?

—Nada de apellidos ni de tratamientos, joven —dijo—. Llámeme Ruby.

—De acuerdo, Ruby.

La puerta se cerró tras él y se encontró en un vestíbulo minúsculo y estrecho, con el suelo cubierto por una alfombra barata de nylon rojo brillante. En el umbral de la habitación de enfrente Drayton se quedó parado, mirando fijamente y su rostro debió de mostrar su asombro porque ella le dijo rápidamente:

—No haga usted caso de que el suelo esté así, querido. Me gusta que todo esté muy limpio, ¿sabe?, y estoy aireando un poco la alfombra.

—¿Está usted haciendo la limpieza de primavera, eh? —dijo Drayton. Habían puesto todos los muebles contra la pared. Había un tresillo tapizado cuyo estampado mostraba lo que parecían ser, pero seguro que no podían ser, peces azules nadando por entre una maraña de rosas trepadoras rojas y rosas. Sobre un gran aparato de televisión había una chica desnuda en porcelana rosa, cuyo brazo derecho eternamente alzado sostenía en alto una lámpara con pantalla de plástico. El papel de la pared estaba estampado en dorado y hacía un único dibujo que representaba al finado rey Jorge V y a la reina María en todo su esplendor—. Ya veo que lo tiene usted muy bonito —dijo sinceramente.

—No lo encontrará usted así en ningún hotel. ¿Cuándo quiere usted venir? Cualquier noche me va bien —y le echó una larga mirada, en parte reservada y en parte calculadora—. ¿Traerá usted a una chica?

—Si usted no tiene nada que objetar. Pensé que podría ser quizás esta misma noche. Pongamos desde las ocho hasta las once. ¿Podría usted...?

—Lo tendré todo listo a las ocho en punto —dijo—. Llame usted a la puerta y la señorita no necesitará entrar hasta que yo me haya ido. A algunas les da un poco de vergüenza. ¿Qué le parecen cinco libras?

Burden había quedado con él en que le daría diez minutos. Las cosas difícilmente hubiesen podido ir mejor. Miró por la ventana y vio al inspector que se acercaba a la puerta delantera.

Se dio cuenta de que ella también le había visto y de que sabía quién era por el grito sofocado y atemorizado que dio.

—¿Pero qué pasa? —preguntó casi gimiendo.

Drayton se volvió y se dirigió gravemente a ella:

—Soy oficial de policía y tengo motivos para creer que se dedica usted a llevar una casa de mala conducta...

Ruby Branch se sentó en el sofá rojo y azul, puso la cara entre las manos y comenzó a llorar.

Drayton había supuesto que sencillamente la llevarían a Kingsmarkham y la acusarían. Era algo rutinario y ni lo había negado ni se había resistido. Había puesto el anuncio en el escaparate de Grover para sacar un poco de dinero extra. Lo que, al fin y al cabo, era un trabajo para poder vivir... Burden lo escuchaba todo con atención. Tenía los ojos puestos en el pañuelo que Ruby Branch se había quitado de la cabeza y que estaba utilizando para secarse los ojos, o quizás en los rizos rojos que habían aparecido al quitarse el pañuelo.

—Eras rubia la última vez que te vi, Ruby —le dijo.

—¿Desde cuándo tengo que pedirle permiso cuando me quiero teñir el pelo?

—¿Todavía trabajas para la señora Harper de Waterford Avenue, verdad?

Asintió llorando y luego le miró iracunda.

—¿Y a usted qué le importa para quién trabajo? Si no hubiese sido por usted, aún tendría mi trabajo en el supermercado.

—Tendrías que haberlo pensado —le contestó Burden— antes de aquel pequeño contratiempo que tuviste con seis docenas de tambores de detergente. Siempre te ha gustado tener la casa muy arreglada y ésa ha sido tu ruina. ¿Es un vicio, eh? Ya veo que lo has vuelto a hacer.

Burden miró el suelo desnudo, luego las piernas llenas de varices de Ruby con sus medias de nylon negras y finalmente su cara, súbitamente aterrorizada. Le dijo a Drayton como dándole conversación:

—No hay muchas mujeres que, trabajando, encontrasen el tiempo para lavar una alfombra grande. Quizás la limpiarían con un trapo húmedo. Eso es lo que hace mi mujer. Vayamos fuera a ver cómo lo ha hecho, ¿le parece? No hace mal tiempo y nos iría bien un poco de aire fresco.

Ruby Branch fue con ellos. Se tambaleaba con los zapatos de tacón que llevaba y a Drayton le pareció que se había quedado muda del terror. La cocina era nueva y bonita y el escalón estaba tan limpio que el zapato de Burden, que no estaba muy sucio, dejó en él una huella negra. Del hombre que había en la ventana (¿marido?, ¿huésped?), no había ni rastro.

Drayton se preguntaba si la cuerda era lo suficientemente fuerte como para aguantar el peso de la alfombra, porque estaba empapada como si la hubieran sumergido totalmente en un baño. El fuerte viento apenas la movía. Burden avanzó hacia ella con curiosidad.

—No la toque —dijo Ruby chillando—. La hará caer.

Burden no le hizo caso. Tiró de la alfombra y de pronto, como ella había predicho, se rompió la cuerda. Se vino todo abajo, cayendo mitad en el camino y mitad en el césped, y desprendiendo de sus empapados pliegues un fuerte olor animal de lana mojada.

—¡Mire lo que ha hecho! ¿Qué quiere usted encontrar fisgando aquí? Ahora tendré que volver a limpiarla.

—No, no lo harás —dijo Burden duramente—. Los únicos que van a tocar eso serán expertos científicos.

—¿Así que sólo la estaba aireando, eh? —exclamó Drayton.

—¡Oh, Dios mío! —La cara de Ruby se había puesto de un blanco amarillento contra el que sus labios rojos y temblorosos contrastaban como una doble cuchillada—. No quise hacer nada malo, tenía miedo. Creí que me lo cargarían a mí, que quizás me acusarían de... de...

—¿De encubridora? Es una buena idea. Quizás lo hagamos.

—¡Oh, Dios mío!

Cuando volvieron a la desordenada salita, se sentó por un momento en un silencio petrificado, retorciéndose las manos y mordiéndose lo que le quedaba de la pintura de labios en la boca. Luego dijo furiosamente:

—No es lo que están ustedes pensando. No era sangre. Yo estaba haciendo conserva de frambuesas y...

—¿En abril? Por favor —le dijo Burden—, tómate tu tiempo. — Se miró el reloj—. Tenemos una mañana muy tranquila, ¿verdad Drayton? Podemos quedarnos aquí sentados hasta la hora de comer, por lo que a mí respecta. Podemos quedarnos hasta mañana.

Se volvió a quedar callada y en medio del silencio se oyeron pasos arrastrándose fuera por el pasillo. La puerta se abrió cautelosamente y Drayton vio a un hombrecillo de finos cabellos grises. La cara era la misma que había visto por la ventana. Con su mandíbula prognata, sus numerosas arrugas en la piel muy morena y su nariz y su boca bulbosas, no era agradable de ver. La expresión de terror había cambiado. Tenía los ojos fijos en Drayton, como antes, pero la agonía del miedo había sido sustituida por una especie de horror perverso, comparable al de un hombre al que le enseñan un cordero de cinco patas o una mujer barbuda.

Burden se levantó y, como el recién llegado parecía querer irse corriendo, agarró fuertemente el tirador de la puerta.

—¡Vaya, pero si es el señor Matthews! —dijo—. No puedo decir mucho de su ropa de presentación. Creí que ahora la hacían a medida.

El hombre llamado Matthews dijo con voz tenue y chirriante:

—Hola, señor Burden —y luego, automáticamente, como si siempre lo dijera, de la misma forma que otros dicen «¿Qué tal está?» o «¡Qué buen día hace!», añadió—: No he hecho nada.

—Cuando estaba en el colegio —dijo Burden—, me enseñaron que dos negaciones afirman. Así que ya sabemos dónde estamos, ¿no es así? Siéntate, únete a la reunión. ¿Ya no hay nadie más, no?

Monkey Matthews rodeó la habitación cuidadosamente, sentándose finalmente todo lo lejos que pudo de Drayton. Por un momento nadie dijo nada. Matthews paseaba la mirada de Burden a Ruby y luego, como de mala gana, de nuevo a Drayton.

Por fin preguntó:

—¿Es éste Geoff Smith?

—¿Sabe? —decía Ruby Branch—, yo no les vi. Bueno, para ser exactos, nunca vi a la chica.

Wexford movió la cabeza con exasperación. Todo su cuerpo temblaba de ira cuando se lo dijo Burden, pero ahora su furia había empezado a ceder y estaba muy disgustado. Habían pasado cuatro días desde el martes, cuatro días de dudas y de incredulidad. Media docena de hombres habían estado perdiendo el tiempo, trabajando a oscuras y quizás haciendo las preguntas equivocadas a la gente que no debían. Y todo porque una mujer tonta no había ido a la policía por miedo a que le cerrasen un negocio que prometía ser lucrativo. Ahora estaba sentada en la oficina mojando un pañuelo, un pedazo de algodón y encaje manchado del maquillaje que las lágrimas habían quitado.

—A este Geoff Smith —le preguntó Wexford—, ¿cuándo fue la primera vez que le vio?

Ruby hizo una bola del pañuelo y dio un sofocado y profundo suspiro.

—El sábado pasado, el sábado día tres. Al día siguiente de poner yo el anuncio. Fue por la mañana, a eso de las doce. Llamaron a la puerta y era este chico joven que quería la habitación para el martes por la noche. Era moreno y guapo, y hablaba muy bien. ¿Cómo iba yo a saber que era un asesino? —Se cambió a la silla amarilla de Wexford y cruzó las piernas— «Me llamo Geoff Smith», me dijo. Estaba orgulloso de su nombre. Yo no se lo pregunté. Bueno, dijo que de ocho a once y le dije que eso le costaría cinco libras. Él no discutió, así que le acompañé a la puerta y se metió en su coche negro.

—Volvió el martes, como había dicho, a las ocho en punto. Pero esta vez no vi ningún coche y tampoco vi a la chica. Me dio mis cinco libras y dijo que se iría sobre las once y cuando volví se había ido realmente. Había puesto la habitación como una patena, estaba tan bien como en un hotel...

—Dudo mucho que el tribunal considere eso como una circunstancia atenuante —dijo Wexford fríamente.

Ante esta insinuación sobre la venganza que la sociedad se tomaría en ella, Ruby sorbió profundamente por las narices.

—Bueno —dijo con un sollozo entrecortado— ellos la desordenaron un poco, movieron los muebles y claro, empecé a ordenarla...

—¿Le importaría ahorrarme esos detalles? Soy un detective, no un examinador de ciencia doméstica.

—Tengo que explicárselo, ¿no? Tengo que explicarle lo que hice...

—Dígame lo que encontró.

—Sangre —dijo Ruby—. Moví el sofá hacia atrás y allí estaba, una enorme mancha. Ya sé que debí haber venido, señor Wexford, pero me entró pánico, estaba muerta de miedo. Todas esas condenas que me han cargado... Me acusarán de cómplice o lo que sea, pensé. Luego estaba él, Geoff Smith. Está muy bien eso que dice de que me hubiesen vigilado, pero entre usted y yo, ya sabemos lo que eso significa. No me hubiese puesto usted un guardaespaldas en casa día y noche. Estaba muerta de miedo —añadió con un gemido—, y para ser sincera, aún lo estoy.

—¿Y qué pinta Matthews en todo esto?

—Yo estaba sola y no hacía más que ir a la ventana para ver si podía ver a un tipo bajo y moreno vigilando la casa. Ha matado a una chica, pensé. Lo más probable es que no lo piense dos veces antes de liquidarme. George y yo hemos sido siempre buenos amigos.

Por un momento Wexford se preguntó a quién se estaría refiriendo. Luego recordó el nombre de pila de Monkey que casi no utilizaba.

—Oí decir que iba a salir y le encontré en el Piebald Pony. —Puso sus codos sobre la mesa de Wexford y le dirigió una larga y suplicante mirada—. Una mujer necesita tener un hombre a su lado en momentos como éste. Creo que pensé que me protegería.

—Quería que alguien la protegiera —dijo Monkey Matthews—. ¿Me puede dar otro pitillo? No tenía adonde ir, porque mi mujer no me quería en casa. Tengo que decir, señor Burden, que no sé si hubiese ido con Ruby si hubiese sabido lo que me esperaba. —Se golpeó el delgado y cóncavo pecho—. Yo no soy un guardaespaldas. ¿Tiene usted fuego?

Descarado, ya sin miedo desde que le habían asegurado que cualquier posible parecido entre Drayton y Geoff era pura coincidencia, se sentó con desenvoltura en la silla; hablando con animación.

Burden rascó una cerilla para encender el cuarto cigarrillo que se fumaba desde que llegó y le acercó un cenicero.

—Era sangre lo que había en la alfombra —dijo Monkey. El cigarrillo se quedó pegado en su labio inferior y el humo le hizo cerrar los ojos—. Al principio no la creí. Ya sabe usted lo que son las mujeres.

—¿Cuánta sangre había? —preguntó Burden con tirantez, como si el esfuerzo de interrogar a este hombre le molestase.

—Mucha. Era asqueroso. Como si alguien hubiese estado jugando con un cuchillo.

Se estremeció, pero al mismo tiempo se puso a reír. El cigarrillo se le cayó. Una vez lo hubo recuperado, pero no antes de que hubiese dejado una marca en la alfombra, dijo:

—Ruby tenía mucho miedo de que ese Smith volviese y quería decírselo a ustedes. «No te lo aconsejo, le dije, no después de todo este tiempo», pero como no soy alguien que desprecie la ley cuando se trata de un crimen real y absoluto, pensé que sería mejor que les diera una pista de que había un cadáver por ahí. Por eso les escribí. Rube tenía algo de papel. Siempre tiene de todo.

Le dedicó a Burden una sonrisa para congraciarse con él, que distorsionaba horriblemente su cara.

—Sabía que sólo necesitarían una pista para ponerle las manos encima. Si hay alguien que critique a nuestra policía local, siempre le digo que el señor Wexford y el señor Burden son hombres excelentes y realmente educados. Deberían estar en Londres, en el Yard, si hubiese justicia en este mundo.

—Si hay justicia en este mundo —dijo Burden furiosamente—, te encerraré por esto con la mayor condena que hayas tenido nunca.

Monkey contemplaba la estatuilla de cristal verde de Burden como si esperase identificarla a alguna forma conocida de vida humana o animal.

—No sea usted así —le dijo—. No he hecho nada. Podría usted decir que me he esforzado en ayudarlo. Yo nunca le he echado el ojo a ese Geoff Smith, pero si hubiese vuelto curioseando, yo hubiese estado en apuros igual que Ruby. —Dio un suspiro teatral y añadió—: Fue un verdadero sacrificio lo que hice al ayudarles en sus investigaciones, ¿y adónde me ha llevado esto?

La pregunta era retórica, pero Burden la contestó secamente.

—Por una parte, a una casa muy confortable en la que dormir. Quizás le apretaste las clavijas a ese tal Smith y únicamente hiciste el «verdadero sacrificio» cuando no siguió el juego.

—Mentira cochina —dijo Monkey con vehemencia—. Le he dicho que no le he visto nunca. Creí que ese joven colega suyo era él. Dios sabe que siempre he creído que podía oler un policía a un kilómetro a la redonda, pero se visten tan raro en estos tiempos... Ruby y yo estábamos muertos de miedo y allí estaba él, metiendo la nariz por encima de la pared. Se lo digo de verdad, creí que había llegado mi hora. ¡Qué le había apretado las clavijas! Es de risa. ¿Cómo podía yo haberle apretado las clavijas si no puse los pies en casa de Ruby antes del miércoles?

Más simiesco que nunca, miró a Burden enfadado, y con los ojos saltones.

—Me fumaré otro pitillo —dijo con tono ofendido.

—¿Cuándo escribiste la carta?

—El jueves por la mañana, mientras Ruby estaba trabajando.

—Así que estabas solo.

—Sí, completamente. No estaba sometiendo al señor Geoff Smith al tercer grado si a eso es a lo que va. Eso se lo dejo para usted.

La indignación le hizo toser y se tapó la boca con unos dedos muy manchados de un color marrón amarillento.

—Apuesto a que debes de tener delírium trémens de pulmones —dijo Burden con asco—. ¿Qué haces cuando estás... mm, detrás de las rejas? ¿Empiezas a gritar como un adicto en un centro de rehabilitación?

—Son los nervios —le dijo Monkey—. He sido un amasijo de nervios desde que vi aquella sangre.

—¿Cómo supiste lo que tenías que poner en el anónimo?

—Si quiere usted atraparme —dijo Monkey con distante desdén—, tendrá que ser usted mucho más sutil que eso. Ruby me lo dijo, por supuesto. Nombre Geoff Smith. Vino a las ocho y tenía que irse a las once.

Apagó la colilla contra la base de la escultura de cristal. Al faltarle por un momento su cigarrillo habitual, la cara de Monkey le recordó al inspector a un hombre corto de vista sin gafas. Daba la impresión de estar como desnudo y, a la vez, de no ser natural.

—De acuerdo —le dijo—. Sabes todo eso de él porque te lo dijo Ruby, pero no lo has visto nunca, ni a él ni a la chica.

Al oír la última palabra los ojos indignados de Monkey vacilaron. Burden no estaba seguro de si era de aprensión o porque necesitaba más estímulos. Agarró la cajetilla de cigarrillos y la puso en un cajón.

—¿Cómo supiste que se llamaba Ann? —le preguntó.

—¿CÓMO SABÍAS que se llamaba Ann? —le preguntó Wexford.

La mirada que le echó Ruby Branch era de total incompreensión. No es que simplemente no quisiera contestar a aquella pregunta, es que navegaba del todo. Con Geoff Smith y con su descripción, ella estaba en tierra firme. Ahora él la había empujado hacia lo desconocido y, por alguna razón que quizás ella conocía, hacia aguas peligrosas. Desvió la mirada y miró una de sus piernas venosas como si esperase ver una carrera corriéndole por la media.

—Tú ni siquiera viste esa carta, ¿verdad Ruby?

Esperó. El silencio era lo peor, era lo que todos los policías temen. Al hablar, no importa lo inteligentemente y lo bien que se expresen, se traicionan necesariamente.

—Geoff Smith nunca te dijo el nombre de esa chica. ¿Cómo lo sabías? ¿Cómo lo sabe Matthews?

—No sé qué es lo que quiere usted averiguar —gritó Ruby. Agarró su bolso y retrocedió ante él, con la boca temblorosa—. Todas esas cosas sarcásticas que dice usted, me entran por un oído y me salen por el otro. Ya le he dicho todo lo que sé y me ha entrado un terrible dolor de cabeza.

Wexford la dejó y fue a buscar a Burden.

—Ni siquiera empiezo a entenderlo —le dijo—. ¿Por qué le dijo a ella su nombre Geoff Smith? Ella no quería saberlo. «Nada de

apellidos ni de tratamientos», es lo que ella le dijo a Drayton.

—Seguro que es un nombre supuesto.

—Sí, supongo que lo es. Es un exhibicionista que utiliza un alias para divertirse, aun cuando nadie esté interesado.

—No sólo da su nombre sin que se lo pidan, también da el de su amiga.

—No, Mike —dijo Wexford de mal humor—, mi credulidad no va tan lejos. «Me llamo Geoff Smith y Ann vendrá conmigo». ¿Se lo puede usted imaginar? Yo no. Además se lo he repetido una y otra vez a Ruby. Me apostaría un año de sueldo. Él no le dijo el nombre de la chica y la primera vez que lo ha oído ha sido aquí, de mi boca.

—Pero Monkey lo sabía —dijo Burden.

—Y Monkey ni siquiera estaba allí. No creo que Ruby esté mintiendo. Está muerta de miedo y aunque sea tarde, se está poniendo en nuestras manos. Mike, ¿iría Ann Margolis a un sitio como ese? Ya sabes lo que decía el diario. «Exmodelo y Chelsea playgirl». ¿Por qué no se llevaría a su amigo a su casa simplemente?

—Le gusta ir por los barrios bajos —contestó Burden—. Margolis me lo dijo. El tal Smith reservó la habitación el sábado. Anita sabía que Margolis estaría fuera el martes por la noche, pero probablemente pensó que volvería bastante pronto a casa. Ninguno de los dos sabía que el director de la galería le invitaría a salir a cenar.

—Sí, parece que ligue. ¿Han ido ya a casa de Ruby?

—La están desmontando ahora, señor. La alfombra está en el laboratorio. Martin ha encontrado a una vecina que vio algo. Una vieja llamada Collins. Nos está esperando ahora.

Tenía casi la misma corpulencia que Wexford, era una corpulenta mujer mayor de mandíbula cuadrada. Antes de que él empezase a interrogarla, se lanzó a explicar sus sufrimientos por ser la vecina de al lado de Ruby Branch. Raramente pasaba una noche sin tener que

golpear en la medianera de las casas. Ruby trabajaba todo el día y limpiaba después de las seis. La televisión estaba siempre a todo volumen y a menudo también funcionaba a la vez el aspirador. Ella conocía a Monkey. Había vivido allí desde que llegó Ruby hacía dos años hasta unos seis meses antes de ir a la cárcel. Era asqueroso, un gran escándalo. En cuanto le vio llegar a casa con Ruby el miércoles por la mañana supo que iban a empezar los problemas. Y luego había una sobrina casada y su marido del camino de Pomfret —si es que realmente estaban casados— que iban un par de veces por semana y que bebían y reían hasta el amanecer.

—Y éstos son quienes creo que vi marcharse el martes —dijo—. Tambaleándose por el camino y aguantándose el uno al otro. Apenas podían tenerse en pie.

—¿Dos personas? —preguntó Wexford levantando la voz—. ¿Vio usted a dos personas?

La señora Collins asintió con énfasis.

—Sí, eran dos. No miré durante mucho rato, se lo aseguro. Estaba demasiado asqueada.

—¿Les vio llegar?

—Estuve en la cocina hasta pasadas las nueve. Cuando fui a la parte de delante pensé, gracias a Dios que ha salido. Hubo un silencio total hasta la media. Sé que la hora era la que les digo porque miré el reloj. Había algo en la tele que quería ver a menos veinticinco. Me acababa de levantar para ponerla cuando se oyó un fortísimo estruendo en la puerta de al lado. Ya estamos, pensé, más jolgorio, y golpeé la pared.

—Siga —le dijo Wexford.

—Me dije, voy a ir allí y por menos de nada me las tendré con ella. Pero ya sabe usted cómo va esto, a uno no le gusta tener problemas con los vecinos. Además, ellos eran tres y yo no estoy tan joven como antes. Pero llegué a ponerme el abrigo y estaba de pie detrás de la puerta delantera, sin acabarme de decidir, cuando vi a aquellos dos bajando por el camino.

—¿Les vio usted bien?

—No mucho —admitió la señora Collins—. Los vi a través del cristal pequeño de la puerta, ¿sabe? Iban los dos con gabardina y la chica llevaba un pañuelo en la cabeza. Tenía el pelo negro, de eso sí estoy segura. No les vi las caras, pero estaban borrachos como cubas. Pensé que la chica se iba a caer de bruces, y se cayó cuando él abrió el coche, se cayó por encima del asiento delantero.

Movió la cabeza con indignación, con una expresión complacida y santurrona:

—Les di cinco minutos para que se fueran y luego fui a la puerta de al lado, pero no contestaron y la vi llegar a las once. ¿Qué ha sucedido?, pensé. No era la sobrina casada de Pomfret. Ella no tenía coche. No podía guardar el dinero el tiempo suficiente como para comprarse uno.

—Señora Collins, ¿el coche al que usted les vio entrar era negro?

—¿Negro? Bueno..., estaba bajo una de las farolas y ya sabe lo que pasa, que hacen que se vea todo dé colores. —Hizo una pausa, intentando recordar—. Yo hubiese dicho que era verde —dijo.

Linda Grover se sonrojó cuando Drayton le dijo que quitase el anuncio del escaparate. Le subió la sangre a su cara de virgen y él se dio cuenta de que había sido porque su explicación había sido demasiado cruda.

—¿No se dio usted cuenta de lo que significaba? —le dijo con dureza—. Pensaba que un solo vistazo a esa furcia vieja le habría hecho ver que no se trataba de una señora.

Estaban solos en la tienda. Ella estaba detrás del mostrador, con los ojos en el rostro de Drayton y con los dedos jugueteando con el canto arrugado de una revista.

—No sabía que era usted policía —dijo con voz enronquecida.

—Ahora ya lo sabe.

En el camino de la casa de Ruby Branch hasta aquí se había detenido en la biblioteca, esta vez no para echarles un vistazo a las

novelas policíacas, sino para mirar los grandes libros en color de cuadros pintados por los maestros antiguos. Allí, en medio de Mantegnas, Boticellis y Fra Angelicos, había encontrado el rostro de ella bajo aureolas agrietadas y se lo había quedado mirando como maravillado, hasta que se puso furioso y cerró el libro de un golpe tal que la bibliotecaria se le quedó mirando ceñuda.

—¿Ha venido usted sólo para eso? —Su primer sobresalto había pasado y su voz se volvió agresiva mientras le decía—: ¿Todo este alboroto por un anuncio antiguo?

Se encogió de hombros y salió de la tienda por delante suyo, con el cuerpo erguido como si llevase un peso invisible sobre la cabeza. Él la contempló mientras volvía, fascinado por las bien formadas y puras curvas de la mandíbula, del brazo y del muslo y por los suaves y aiosos movimientos de sus manos mientras rompía en pedazos el anuncio de Ruby.

—Sean más cuidadosos la próxima vez —le dijo—. Les estaremos vigilando.

Vio que la había hecho enfadar, porque palideció. Era como si se hubiese «sonrojado» de color blanco. Llevaba una fina cadena de plata alrededor del cuello. De niño, Drayton había leído el *Cantar de los Cantares* en busca de algo lujurioso. Ahora recordaba un verso. Entonces no había sabido lo que significaba, pero ahora sí sabía lo que aquello significaba para él. Has atado mi corazón con la cadena de tu cuello...

—¿Vigilando?

—Esta tienda ya tiene la suficiente mala reputación.

Le importaba un comino la reputación de la tienda, pero quería quedarse, esperar todo lo que pudiese.

—Si yo fuese su padre, con un pequeño y agradable negocio como éste, no tocaría esa porquería.

Ella siguió su mirada hacia las revistas.

—Hay a quienes les gustan —dijo. Sus ojos volvieron al rostro de Drayton. A él le parecía que ella estaba digiriendo el hecho de que era un policía y buscando en él alguna marca que tenía la obligación

de llevar—. Si ha terminado con el sermón, tengo que prepararle el té a mi padre y después me voy al cine. La última sesión es a las siete y media.

—No debe hacer esperar a ese como se llame —fue el comentario burlón de Drayton.

Podía ver que la había molestado.

—Se llama Ray si le interesa y se hospedaba en casa —dijo—. Ya se ha ido, se marchó. Venga, hombre, no tiene que poner esa cara. Ya sé que me vio con él. ¿Y qué? No es un delito, ¿verdad? ¿No deja nunca de ser un poli?

—¿Quién ha hablado de delito? Ya tengo bastantes delitos de día sin necesidad de las noches. —Fue hacia la puerta y se volvió para mirarla. Sus ojos grises eran grandes y brillantes, y tenían la peculiaridad de aparecer siempre llenos de lágrimas no derramadas—. Quizás querría haber estado en su pellejo —le dijo.

Ella dio un paso hacia él.

—Está bromeando.

Se llevó los dedos hacia la pequeña y falsa sonrisa que empezaba a aparecer y se metió una de las uñas mordidas entre los labios.

—¿Qué está intentando decirme exactamente?

Ahora ella parecía asustada. Él se preguntó si se habría equivocado con respecto a ella y si sería realmente tan inexperta e inocente como una virgen. No había dulzura en él y no sabía cómo ser suave y amable.

—Si estoy bromeando —le dijo— no estaré a las siete y media en la puerta del cine.

Luego cerró la puerta de golpe y la campanilla se oyó por toda la vieja y ruinosa casa.

—Se lo crea o no —dijo Wexford—, Monkey no quiere irse a casa. Ha tenido una cama confortable en casa de Ruby y Dios sabe cuántas comidas gratis, pero prefiere pasar el fin de semana en lo

que él llama «esta jaula de estilo contemporáneo». Tiene miedo a estar cara a cara con Ruby. Mejor, porque no tengo ni idea de qué acusarle.

—Es un cambio —dijo Burden riendo—, que nuestros clientes aprecien las comodidades. Quizás podríamos aparecer en la guía turística como hotel de tres estrellas, especialmente adaptado para aquellos con condenas previas. ¿Ha llegado ya algo del laboratorio?

—No, y juraría que no llegará nada. Sólo tenemos la palabra de Ruby y Monkey de que había sangre. Usted lo vio, usted vio lo que le había hecho a esa alfombra. Hacer faenas puede ser un oficio bajo, pero Ruby es de las mejores. Si yo fuese la señora Harper no me quejaría de que me faltasen unas cuantas hojas de papel manufacturado a cambio de tener mi casa así de limpia. Se debe de haber matado lavando esa alfombra. El laboratorio dice que usó todos los detergentes del libro menos sosa cáustica. Seguro que pueden separar el Chemigro del Spotaway. El problema es que no pueden distinguir la sangre, ni siquiera pueden decir de qué grupo es.

—¿Pero aún están trabajando en ello?

—Tendrán que trabajar en ello durante días. Tienen cubos llenos de porquería de las cañerías y los desagües. Me sorprendería mucho que encontrasen algo. Me apuesto algo a que nuestra pareja no salió de aquella habitación en la que sin duda dejaron como doscientas huellas dactilares...

—Todas cuidadosamente borradas por la Reina de las Asistentas —acabó Burden por él—. Es posible que la chica aún esté viva, señor.

—¿Porque se fueron juntos y porque el hombre se la llevó parece que lamente lo que hizo? He estado en todos los hospitales y he comprobado todos los médicos de cabecera, Mike. Ni han visto ni han sabido de nadie con cuchilladas. Y debe haber sido un apuñalamiento, porque con un golpe en la cabeza y tanta pérdida de sangre la víctima no hubiese podido nunca ponerse en pie y menos ir tambaleándose hasta un coche. Además, si está viva, ¿dónde

está? Quizás sólo haya habido violación o heridas, pero sea lo que sea, tenemos que aclararlo.

Monkey Matthews les dirigió una astuta mirada cuando volvieron con él.

—Me he quedado sin cigarrillos.

—Supongo que el agente Bryant le traerá si se lo pide usted educadamente. ¿Qué quiere usted, Weights?

—Usted bromea —dijo Monkey, metiendo su sucia manaza en el bolsillo de su chaqueta—. Cuarenta Benson and Hedges Special Filter —dijo dándose importancia, y sacó un billete de una libra de una masa crujiente que podía indicar la presencia de otros como aquél—. Mejor que sean sesenta.

—Tendrán que durarte hasta el desayuno —dijo Wexford—. Tienes dinero a espuestas, ¿no? No puedo dejar de preguntarme si eso que estás convirtiendo en humo es el pago de Geoff Smith por tu silencio.

Se pasó la mano por la barbilla y con la cabeza ladeada, miró especulativamente el rostro simiesco del otro.

—¿Cómo sabías que se llamaba Ann? —preguntó casi alegremente y con una suavidad engañosa.

—Oh, no hace usted más que darle vueltas a lo mismo —dijo Monkey enfadado—. Nunca escucha lo que le dicen.

Cuando salieron del cine lloviznaba, era como una niebla húmeda y fría. Las farolas brillaban a través de la translucidez color naranja, oro y perla. El tráfico de coches que salían del aparcamiento surgía de la niebla como criaturas subacuáticas emergiendo con un gorgoteo y un chapoteo. Drayton tomó a la chica del brazo para cruzar la calle y la soltó cuando llegaron a la acera. Este gesto, el primer contacto que tenía con su cuerpo, le hizo vibrar y se le secó la boca. Podía sentir el calor de su piel por debajo de la axila.

—¿Te ha gustado la película? —le preguntó.

—Ha estado bien. No me gustan mucho los subtítulos, me perdía la mitad. Todo aquello de la mujer permitiendo que el policía fuese su amante si no decía que ella había robado el reloj.

—Supongo que eso pasa. No se sabe lo que sucede en esos sitios lejanos.

No le había disgustado que la película fuese erótica y que ella quisiera hablar de la parte más erótica del argumento. Con las chicas, esa clase de conversación era a menudo un indicio de intenciones, una forma de entrar en el tema. Gracias a Dios que no había sido al principio de la semana, cuando habían hecho aquella sobre una batalla rusa.

—¿Estás pensando en birlar algún reloj? —le preguntó él. Ella se sonrojó intensamente a la luz del farol—. Recuerda lo que decía el personaje de la película, o lo que ponía el subtítulo que decía: «Ya conoces mi precio, Dolores».

Sonrió con los labios cerrados y luego dijo:

—Eres malísimo.

—Yo no. Yo no escribí el guión.

Llevaba tacones y era casi tan alta como él. El perfume que se había puesto era demasiado fuerte para ella y no tenía nada que ver con la fragancia de las flores. Drayton se preguntó si las palabras de ella habían querido decir algo y si se había puesto el perfume especialmente para él. Era difícil decir lo calculadoras que eran las chicas. ¿Le estaba invitando o llevaba el perfume y la sombra plateada de sus pestañas como si fuera un uniforme, el traje de batalla del gran regimiento femenino que leía las revistas que ella vendía?

—Es pronto —dijo él—, sólo son las once menos cuarto. ¿Quieres ir a dar un paseo por el río?

Era bajo aquellos árboles donde la había visto el lunes. Aquellos árboles se arqueaban goteando sobre el agua marrón, pero por donde ellos pasaban el camino de grava estaba seco y aquí y allá había bancos de madera protegidos por las ramas.

—No puedo. No debo llegar tarde a casa.

—Alguna otra noche, entonces.

—Hace frío —le dijo ella—. Siempre está lloviendo. No se puede ir al cine cada noche.

—¿Adónde ibas con él?

Se agachó para arreglarse la media. Los charcos que había pisado le habían salpicado las piernas y le habían dejado manchas de color gris oscuro. La forma en que ella estiraba los dedos y se los pasaba por las pantorrillas era más provocativa que todo el perfume del mundo.

—Alquiló un coche.

—Alquilaré uno —dijo Drayton.

Habían llegado a la puerta de la tienda. La calle entre Grover y la floristería de al lado era un callejón tapiado que terminaba en un par de garajes. El empedrado era marrón y estaba mojado, como las piedras del suelo de una cueva que la corriente ha limpiado. Ella miró la alta pared de su propia casa y las ventanas oscuras.

—No tienes que entrar enseguida —le dijo—. Ven aquí debajo, a cubierto de la lluvia.

—No estaban más resguardados allí que en medio de la calle, pero estaba más oscuro. A sus pies corría el agua de un canalón. Le cogió la mano.

—Alquilaré un coche mañana.

—Bien.

—¿Qué pasa? —dijo seca e irritadamente, porque quería contemplar su rostro en reposo, no lleno de ansiedad, con los ojos yendo de un lado a otro del callejón y mirando la pared mojada por la lluvia. Él hubiese querido ver deseo, o al menos complacencia. Ella parecía tener miedo de que les vieran y él pensó en la madre con sus ojillos brillantes y en el misterioso padre, enfermo en cama detrás de aquel baluarte de ladrillo—. No tendrás miedo de tus padres, ¿no?

—No, eres tú. La forma en que me miras.

Casi se ofendió. La forma en que la miraba estaba calculada y estudiada, una mirada fría e intensa que muchas chicas habían

encontrado excitante. Un deseo más fuerte que el que había sentido nunca aumentaba esa intensidad y hacía que un gesto artificial se convirtiera en real. La tibieza de su respuesta casi lo mataba y se hubiese despedido de ella yéndose solo en la noche húmeda a no ser por las dos manitas que tocaban su abrigo y que después se deslizaron hasta sus hombros.

—Eres tú quien me asusta —le dijo—. Pero eso es lo que quieres, ¿verdad?

—Tú sabes lo que quiero —le dijo y acercó su boca a la de ella, apartando su cuerpo de la fría y húmeda pared. Al principio ella estaba lánguida y sumisa. Luego sus brazos le rodearon con un abandono fiero y cuando los labios de ella se abrieron bajo los suyos sintió un gran estremecimiento de triunfo.

Por encima de ellos apareció una luz como un rectángulo anaranjado y brillante sobre los oscuros ladrillos. Antes de que abriese los ojos, Drayton lo sintió como un dolor en los párpados.

Ella se separó lentamente de él con un largo «¡Ahh!» de placer, un suspiro de placer que sólo empezaba cuando fue interrumpido.

—Me están esperando arriba. —Respiraba ligera y rápidamente—. Tengo que entrar.

—Mañana —le dijo él—, mañana.

Al principio no podía encontrar la llave, y verla buscándola torpemente y escucharla jurando por lo bajo, le excitaba. Él había causado aquella repentina torpeza, aquella desorientación, y eso llenaba su ego masculino con la alegría de la conquista.

—Hasta mañana entonces —y le sonrió tímida y tentadoramente. Luego la puerta se cerró tras ella y la campanilla dio su fría y seca música.

Cuando estuvo solo en el callejón y se hubo apagado la luz de arriba, se quedó donde se habían besado y se pasó el dedo índice por los labios. La lluvia caía todavía y el farol brillaba con una luz verdosa y sulfúrea. Se acercó a esa luz y se miró el dedo con la mancha de pintura de labios clara. No era rosa, sino del color de la carne bronceada y se imaginó que con ella, ella le había dejado en

la boca algo suyo, una pizca de piel o un rastro de sudor. En la parte de delante de su abrigo tenía un largo cabello rubio. Tener esos vestigios de ella era en sí mismo una especie de posesión. Solo en la calle mojada, pasó ligeramente la lengua por su dedo y se estremeció.

Del callejón salió un gato y se metió por una puerta; tenía el pelo cubierto de gotitas. No se veía el cielo, sólo niebla, y más allá de la niebla, oscuridad. Drayton se puso la capucha y se dirigió hacia su casa.

AL SUR DE KINGSMARKHAM y dominando el este y el sur de Pomfret hay unos quince o veinte mil acres de bosques de pinos. Es Cheriton Forest. Se trata una plantación hecha por el hombre, que consiste en su mayor parte en abetos y alerces y que tiene una belleza austera y poco inglesa, dando a las verdes llanuras que están debajo la apariencia de un prado alpino.

Una nueva urbanización de casitas blancas ha surgido en el lado del bosque que da a Pomfret. Con sus puertas principales de colores y con sus decoraciones de madera de cedro, son bastante parecidas a los chalets. A una de éstas, una casa pintada de amarillo con una entrada nueva para el coche, fue el sargento Martin el domingo por la mañana, buscando a un hombre llamado Kirkpatrick.

Una niña de unos siete años, de ojos grandes y mirada acobardada, abrió rápidamente la puerta. Martin esperó en el umbral mientras fue a buscar a su madre. La casa estaba construida en un plano abierto y pudo ver a un niño, tan pálido y receloso como su hermana, jugando con indiferencia en el suelo con un rompecabezas. La mujer que acudió por fin tenía un rostro agresivo. Tenía el aspecto rosado y jadeante de los que sufren de hipertensión. Llevaba el pelo rubio, peinado en rizos apretados y

brillantes, y gafas de montura roja. Martin se presentó y le preguntó por su marido.

—¿Es por el coche? —preguntó la señora Kirkpatrick furiosamente.

—En cierto modo.

Los niños se acercaron a su madre y se quedaron mirando.

—Bueno, ya puede ver que no está aquí, ¿no? Si ha tenido un accidente con el coche, no puedo decir que lo sienta. Diré que menos mal. Espero que sea un siniestro total. Cuando lo traje a casa el lunes pasado le dije: «No creas que me vas a llevar a pasear en eso. Prefiero ir andando. Si quisiera exhibirme en un coche rosa y blanco con franjas púrpura me iría a los autos de choque de Brighton».

Martin la miraba sorprendido. No tenía idea de lo que le estaba explicando.

—El otro que tenía —dijo— ya era bastante malo. Un Morris negro grande y antiguo que parecía un coche fúnebre. Seguro que somos el hazmerreír de todos los vecinos.

De repente se dio cuenta de que los niños estaban allí escuchándola.

—¿Cuántas veces os he dicho que no metáis las narices en mis cosas? —dijo con virulencia. El chico volvió a su rompecabezas, pero le costó un violento empujón mover a la niña—. Y ahora —le dijo a Martin— ¿qué ha hecho? ¿Para qué lo quiere usted?

—Sólo para hablar con él.

La señora Kirkpatrick parecía más interesada en escuchar el sonido de su propia voz y en airear sus agravios que en obtener los motivos de Martin.

—Si ha vuelto a correr —dijo— perderá el permiso de conducir. Luego perderá el trabajo.

Lejos de parecer preocupada, su voz tenía un tono triunfante.

—Una firma como Lipdew no va a tener un vendedor que no pueda conducir un coche, ¿no? Del mismo modo que tampoco van a dar a sus empleados coches grandes y llamativos para que los

hagan añicos cuando les parezca. Se lo dije antes de que se fuera a Escocia. Se lo dije el martes por la mañana. Por eso no volvió a cenar el martes por la noche. Pero no se le puede decir nada. Es terco y tozudo y ahora se ha buscado problemas.

Martin se alejó de ella. Una andanada de fuego de artillería sería preferible a aquello. Cuando bajaba por el camino oyó a uno de los niños que lloraba en la casa detrás suyo.

Monkey Matthews estaba echado en la cama, fumando, cuando Wexford entró en la celda. Se incorporó sobre un codo y dijo:

—Me dijeron que era su día libre.

—Y así es, pero pensé que te sentirías solo.

Wexford movió la cabeza reprobadoramente y miró la pequeña habitación, olisqueando el aire.

—¡Sí que vivimos ricamente! —dijo—. ¿Quieres que envíe a buscar más droga de esa que tomas? Tú puedes permitirte, Monkey.

—No necesito nada —dijo Monkey volviendo la cara hacia la pared— excepto que me dejen solo. Este lugar se parece más a un almacén de mercancías que a una jaula. No he pegado ojo esta noche.

—Ésa es tu conciencia, Monkey, la vocecita suave que sigue apremiándote para que me digas algo, como por ejemplo, cómo sabías que el nombre de la chica era Ann.

Monkey gruñó:

—¿No me puede dejar descansar? Tengo los nervios destrozados.

—Estoy encantado de oírlo —dijo Wexford de manera poco amable—. Debe ser el resultado de mi guerra psicológica.

Salió al pasillo y subió al despacho de Burden. El inspector acababa de llegar y se estaba quitando la gabardina.

—Es su día libre.

—Mi mujer amenazaba con llevarme a la iglesia. Esto parecía el mal menor. ¿Cómo va?

—Martin ha estado hablando con la señora Kirkpatrick.

—Ah, la esposa del actual amigo de Anita Margolis.

Burden se sentó cerca de la ventana. Aquella mañana el sol resplandecía, no con un vacilante sol de abril, sino con la fuerza y el calor de comienzos del verano. Levantó la persiana y abrió la ventana, dejando que con la suave luz entrara también el claro crescendo de las campanas de la iglesia de Kingsmarkham.

—Creo que por ahí podríamos dar con algo, señor —dijo—. Kirkpatrick está fuera, viajando por Escocia para su empresa. Se fue el martes y su mujer no le ha visto desde entonces. Además, tenía un coche negro, lo tuvo hasta el lunes, cuando su empresa le dio uno nuevo, aparentemente una cosa blanca llena de frases publicitarias. —Se rió entre dientes—. Su mujer es una bruja. Creyó que él había tenido un accidente cuando vio a Martin, pero ni se inmutó.

Su rostro se endureció y prosiguió:

—No soy de los que encuentran tolerable el adulterio, como usted sabe, pero parece como si aquí hubiese habido alguna justificación para ello.

—¿Es bajo y moreno? —preguntó Wexford mirando la ventana abierta con una mueca. Se acercó más al ventilador de la calefacción central.

—No lo sé. Martin no quiso entrar en demasiados detalles con la esposa. No es que pudiéramos hacer mucho con eso. —Wexford asintió con reticencias—. Ah, bueno —dijo Burden levantándose—. Margolis podría ayudarnos en eso. Para ser un artista es un mal observador, pero él ha visto al hombre.

Cogió su gabardina.

—¡Qué bien suenan esas campanas!

—¿Eh?

—He dicho que qué bien suenan esas campanas.

—¿Cómo dice? —preguntó Wexford—. No puedo oír ni una palabra de lo que me dice por el sonido de esas malditas campanas. —La antigua broma le arrancó una gran sonrisa—. Podría usted echarle un vistazo a Monkey al salir. Sólo por si ya se ha cansado de aguantarnos.

Después de un cuidadoso examen de la policía y una visita al garaje para reparar el radiador, el Alpine de Anita Margolis había sido restituido a su aparcamiento al borde del césped fuera de Quince Cottage. A Burden no le sorprendió encontrarlo allí, pero enarcó las cejas cuando vio delante suyo las partes traseras, no de un coche blanco, sino de dos. Aparcó el suyo al lado de ellos y salió al sol. Cuando se acercó a él vio que el recién llegado tenía blanco sólo el fondo. A los lados había pintada una franja de quizás unos treinta centímetros de ancho de color rosa brillante, adornado con flores pintadas de color púrpura. Esta particular tonalidad de púrpura había sido utilizada para hacer el letrero de encima: Lipdew, Estuche de pinturas para que seas más bella.

Burden sonrió para sí. Sólo a un descarado extrovertido le gustaría que le vieran en ese coche. A través de una ventana lateral le echó un vistazo a los asientos rosas. Estaban llenos de folletos y en el estante del tablero había muestras de los artículos que vendía el conductor por las casas, botellas y tarros presumiblemente, con envoltorios de color malva y atados con cordeles dorados.

Difícilmente podría haber en Sussex dos coches como aquél. Kirkpatrick debía de estar por algún lado. Burden corrió el cerrojo de la verja y entró en el jardín de la casa. El viento había desparramado los pétalos de la flor del membrillo y bajo los pies el suelo era de un resbaladizo color escarlata. Cuando nadie respondió a su llamada, fue hasta el lateral de la casa y vio que las puertas del garaje en el que Margolis guardaba su coche estaban abiertas y que el coche no estaba.

Gruesos brotes de las ramas del manzano le rozaron la cara y alrededor suyo pudo oír el suave gorjeo de los pájaros. Las destrozadas hojas de papel, vestigios de la inexperta limpieza de

Margolis, que aún estaban enganchadas a los arbustos y en algunos lugares se agitaban en las copas de los árboles. Burden se detuvo cerca de la puerta de atrás. Un hombre con un impermeable con cinturón color hueso estaba sobre una caja de madera mirando por la ventana de la cocina.

Sin que le viera, Burden le contempló en silencio por un momento. Luego tosió. El hombre se asustó, se volvió y bajó despacio de donde estaba.

—No hay nadie —dijo tímidamente, y luego añadió—: sólo estaba comprobándolo.

El hombre era innegablemente guapo, pálido, apuesto y de pelo castaño oscuro y rizado. Tenía la barbilla pequeña, la nariz recta, los ojos claros y las pestañas muy femeninas.

—Me gustaría hablar con usted, señor Kirkpatrick.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? Yo no le conozco.

Ahora que estaban de pie el uno al lado del otro, Burden vio que debía medir quizás un metro setenta y pico.

—Reconocí su coche —le dijo.

El efecto de estas palabras fue instantáneo. En los pómulos cetrinos de Kirkpatrick aparecieron dos manchas rojas.

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —dijo con enfado.

Burden le miró apaciblemente.

—Dijo usted que no había nadie. ¿A quién buscaba?

—¡Ah!, ¿así que es eso? —Kirkpatrick dio un profundo suspiro, y cerró los puños—. Ya sé quién es usted. —Asintió con la cabeza en un gesto ridículo y con irónica satisfacción—. Es usted un fisgón, lo que llaman un investigador. Supongo que mi mujer le hizo seguirme.

—No he visto nunca a su esposa —dijo Burden—, pero es cierto que soy investigador. Lo que más comúnmente se conoce como oficial de policía.

—He oído que le preguntaba usted al sargento que dónde podía usted alquilar un coche —dijo Wexford.

—En la hora que tengo para comer, señor —respondió Drayton prestamente.

Wexford movió la cabeza con impaciencia.

—Bueno, hombre, bueno. No me haga parecer un ogro. Por mí puede usted alquilar un camión articulado y no hace falta que lo haga a la hora de comer, hágalo ahora. Sólo hay tres empresas en la zona que alquilen coches: Missal y Cawthorne en Stowerton y Red Star, donde usted llevó el coche de la señorita Margolis, aquí en York Street. Lo que queremos saber es si alguien les alquiló un coche verde el pasado martes.

Después de que Drayton se hubiese marchado, se sentó para pensar en ello e intentar resolver el enigma de los coches. El hombre llamado Geoff Smith había utilizado un coche negro el sábado, y uno verde el martes, si fuese cierto lo que decía la señora Collins. Creyó que sí. La noche anterior él y Bryant habían hecho pruebas con un coche negro bajo la farola nacarada de Sparta Grove y había seguido pareciendo negro. Lo había mirado a través de un vidrio blanco y a través de un vidrio de color. Ni forzando ni ejercitando la imaginación podría parecer verde. ¿Quería eso decir que ese tal Geoff Smith tenía dos coches, o que el domingo o el lunes se vendió el negro y compró uno verde? ¿O podría ser que hubiese alquilado el verde porque su nuevo coche era muy llamativo para su dudosa y clandestina aventura?

Drayton también se iba haciendo esas preguntas mientras cesaba el atronador repicar de las campanas y giraba por la esquina de York Street. En el escaparate de Joy Jewels los collares de piedras falsas brillaban al sol, que se iba haciendo más fuerte. Pensó en la cadena de plata que Linda llevaba alrededor de su cuello y también en aquella piel suave y cálida, sedosa al tacto.

Tuvo que sacudirse esos pensamientos y apretar la boca antes de entrar en el garaje Red Star. Le enseñaron dos Hillman anticuados y se volvió para tomar el autobús para Stowerton. Allí encontró a Russel Cawthorne en su oficina. En el pequeño trozo de pared sólida detrás de su cabeza había un calendario con la foto de

una chica que prácticamente sólo vestía unos zapatos de tacón. Drayton lo miró con desprecio y una cierta turbación. Le recordaba las revistas de la tienda de Grover. Cawthorne se sentó con rigidez cuando Drayton le dijo quién era y le saludó con una inclinación enérgica de cabeza, la de quien recibe a un subalterno prometedor.

—Buenos días. Siéntese. ¿Qué, se están cocinando más problemas?

Viejo pelma hipócrita, pensó Drayton.

—Quiero información sobre alquiler de coches. Alquila usted coches, ¿no es así?

—Mi querido muchacho, pensé que estaba usted aquí en su calidad de policía, pero si sólo...

—Y lo estoy. Es una pregunta oficial. ¿De qué color son los coches que usted alquila?

Cawthorne abrió un abanico. El aire fresco le hizo toser.

—¿De qué color son? Todos son iguales. Tres Morris Minor negros.

—¿Alquiló usted alguno de ellos el sábado día tres?

—¿Y cuándo debió ser eso, joven?

—La semana pasada. Hay un calendario detrás suyo.

El rostro de Cawthorne se oscureció hasta volverse de un color marrón uniforme.

—Estará en el libro —murmuró.

El libro parecía bien llevado. Cawthorne lo abrió y volvió unas cuantas páginas arrugando ligeramente el entrecejo.

—Recuerdo esa mañana —dijo—. Perdí a mi mejor mecánico. Un joven condenadamente impertinente, que actuaba como si fuese el dueño. Le despedí, perdí la paciencia... —Drayton se revolvió impaciente—. Lo de los coches... —dijo Cawthorne de mal humor—. No, estaban todos aquí.

—¿Y ventas? ¿No vendería usted a alguien algún coche verde uno de aquellos días?

Se llevó al bigote una de las venosas y no muy firmes manos y se lo retorció.

—Mi negocio no ha ido exactamente boyante.

Dudó, mirando a Drayton con cautela.

—Se lo diré francamente —le dijo—, no he hecho ni una venta desde que el señor Grover se llevó su Mini en febrero.

Drayton sintió cómo se ponía colorado. Con sólo oír el nombre.

—Quiero alquilar un coche para mi —dijo—. Para esta noche.

Fanfarroneando, seguro de sí como sólo los débiles pueden estarlo, Alan Kirkpatrick permanecía de pie desafiante en el despacho de Wexford. No había querido sentarse y había recibido la insinuación de Wexford de la probable muerte de Anita Margolis con un repetido y constante «Bobadas» y «No me lo creo».

—En ese caso —dijo Wexford— no le importará informarnos de sus movimientos el martes pasado, la noche en que usted tenía una cita con ella.

—¿Una cita? —Kirkpatrick soltó una carcajada corta y burlona—. Me gusta el modo en que usted lo expresa. Conocí a esa mujer sólo porque estoy muy interesado en el arte. El único modo de entrar en aquella casa y ver los cuadros de Margolis era a través de ella.

Burden se levantó del rincón en el que había permanecido tranquilamente sentado y dijo:

—¿Así que está usted interesado en su trabajo? Yo también. He estado intentando recordar el nombre de aquello que tiene en la Tate. Quizás podría usted refrescarme la memoria.

El hecho de que fuese una trampa tan a las claras no le quitaba importancia a la pregunta, una pregunta que, si Kirkpatrick quería mantener su papel de buscador de información artística, debía ser contestada.

—No sé cómo les llama él —murmuró.

—Es curioso —dijo Burden—. Cualquier admirador de Margolis conocería «Nada» con toda seguridad.

Por un momento hasta el mismo Wexford se quedó parado. Luego recordó el *Weekend Telegraph*, que estaba cerca de su mano

en el cajón de la mesa. Escuchando al inspector que de repente se había lanzado a un análisis esotérico del arte moderno, se quedó mudo de asombro. En lugar de ir a por su arma, Burden evidentemente había ido a por una obra de referencia. Kirkpatrick, quizás también vencido, se sentó bruscamente, con el rostro perplejo y agresivo.

—No tengo por qué responder a sus preguntas —le dijo.

—Está usted en lo cierto —dijo Wexford amablemente—. Como usted muy bien dice, ni siquiera podemos probar que la señorita Margolis esté muerta.

Y asintió con sensatez, como si la sagacidad de Kirkpatrick le hubiese llevado de los sueños sensacionales a la realidad.

—No, sólo tomaremos nota de que usted fue probablemente la última persona que la vio viva.

—Mire —dijo Kirkpatrick, al borde de la silla pero sin hacer ningún gesto para levantarse—: mi esposa es una mujer muy celosa...

—Parece que sea contagioso en su familia. Hubiese dicho que eran los celos lo que le hizo a usted amenazar a la señorita Margolis hace un par de semanas —Wexford citó a la señora Penistan—: «Podría matarte yo mismo un día de éstos». ¿Fue el martes pasado un día de éstos? Es una curiosa forma de hablarle a una mujer en la que se interesaba usted sólo por la pintura de su hermano, ¿verdad?

—A esa cita, como usted la llama, ella no acudió nunca. No salí con ella.

Ruby podría reconocerle. Wexford maldijo la insuficiencia de sus pruebas. No creía que fuese fácil persuadir a este hombre de que tomase parte en una rueda de identificación. La seguridad de Kirkpatrick se había tambaleado ligeramente por las preguntas de Burden, pero cuando se sentó de nuevo pareció volver a envalentonarse. Con una mirada que era en parte de impaciencia y en parte de resignación, sacó un peine de bolsillo y empezó a peinarse el rizado cabello.

—No nos interesan los trámites de divorcio de su esposa —le dijo Wexford—. Si es usted sincero con nosotros esto no tiene por qué ir más lejos, ni ciertamente, tiene por qué llegar a los oídos de su esposa.

—No hay nada en lo que tenga que ser sincero —dijo Kirkpatrick en un tono menos agresivo—. El martes viajé hacia el norte para mi empresa. Es cierto que quedé en encontrarme con la señorita Margolis antes de irme. Me iba a enseñar algunas de las... primeras obras de Margolis. Él no lo hubiese consentido si hubiera estado allí, pero se marchaba fuera.

Wexford levantó los ojos y se encontró con la calma de Burden y su atenta mirada. Pero ¿qué se creería aquel vendedor de cosméticos que eran? ¿Tontos y crédulos? Esa historia, que parecía llenar de orgullo al que la contaba, se parecía tanto a lo que Wexford llamaba «una vieja historia» que apenas podía contener una risa burlona. ¡Y tan primeras obras!

—Iba a ir primero a casa para comer, pero se me hizo tarde y eran las siete cuando llegué a Kingsmarkham. Grover estaba cerrando y recuerdo que aquella chica se molestó porque quise comprar el periódico de la tarde. Como no tenía tiempo de ir a casa me fui directamente a Pump Lane. Ann, quiero decir la señorita Margolis, había olvidado que yo iba a ir. Me dijo que se iba a una fiesta. Y eso es todo.

Durante la última parte del relato el rostro de Kirkpatrick se fue poniendo rojo y se mostraba inquieto.

—No podían ser más de las siete y media todo lo más —dijo Wexford. Se estaba preguntando por qué Burden se había dirigido hacia la ventana y estaba mirando fijamente abajo, con expresión divertida.

—Seguro que hubo tiempo para sus investigaciones artísticas, especialmente si se perdió usted la cena.

El rubor disminuyó.

—Le pregunté si podía entrar un momento y luego le dije que la llevaría a cenar antes de la fiesta. Llevaba puesto su abrigo de

ocelote y estaba lista para salir, pero no me permitió entrar. Supongo que había cambiado de idea.

Burden volvió de la ventana y cuando habló Wexford supo qué había estado escudriñando.

—¿Cuánto hace que tiene usted ese coche?

—Desde el lunes. Vendí el mío y mi empresa me dio éste.

—¿Así que la señorita Margolis no lo había visto antes?

—No sé adónde quiere ir usted a parar.

—Yo creo que sí lo sabe, señor Kirkpatrick. Creo que la señorita Margolis no quería salir con usted porque no le gustaba que la vieran en un coche tan llamativo.

Había dado en el blanco. De nuevo Wexford se maravilló de la perspicacia de Burden. Kirkpatrick, que se ponía rojo con facilidad ante desaires leves, se había quedado blanco de ira y quizás de mortificación.

—Era una mujer de gusto —dijo Burden—. No me sorprendería oír que se echó a reír cuando vio todos esos adornos rosas y malvas.

Aparentemente, éste era el punto débil del vendedor. Ya fuese un entendido en pintura moderna o sólo un tenorio, aquel ridículo automóvil no cuadraba con ninguna de esas imágenes. Era la marca del hierro candente, el brazalete amarillo, el vergonzoso carnet de identidad.

—¿Qué es lo que le parece tan divertido? —dijo agresivamente—. ¿Quién diablos se creía que era para reírse de mí? —La indignación empezó a hacerle olvidar la cautela—. No cambia mi personalidad, ni me hace un hombre distinto, el tener un coche con una frase publicitaria. Yo era lo bastante bueno para ella antes, mi dinero también era bueno para que me lo gastara en ella... —Había hablado demasiado y su rabia dio paso a una repentina conciencia de dónde estaba y con quién estaba hablando—. Quiero decir, que con anterioridad le había dado algunas muestras y...

—¿Por servicios prestados seguramente?

—¿Qué demonios significa eso?

—Usted dijo que le enseñó los cuadros de su hermano sin que él lo supiera. Un detalle amable, señor Kirkpatrick, que bien valía un frasco de esmalte de uñas o jabón, diría yo.

Wexford le sonrió.

—¿Qué hizo usted, alquilar un coche más inofensivo?

—Le digo que no fuimos a ningún sitio. Si no, hubiésemos podido ir en el suyo.

—No —dijo Wexford suavemente—. No podrían haber utilizado el coche de ella. El radiador perdía. Yo sugiero que usted consiguió un coche verde y lo utilizó para llevar a la señorita Margolis a Stowerton.

Molesto todavía por la irrisión que provocaba su coche, Kirkpatrick murmuró:

—Supongo que alguien me vio en Stowerton, ¿no es así? ¿Fue Cawthorne? Venga, bien me pueden decir quién fue.

—¿Por qué Cawthorne?

Kirkpatrick se ruborizó desigualmente.

—Vive en Stowerton —dijo tartamudeando ligeramente—. Daba aquella fiesta.

—Iba usted hacia Escocia —dijo Wexford pensativamente—. Debió usted dar un rodeo para ir por Stowerton.

Se levantó pesadamente y se dirigió hacia el mapa mural.

—Mire, aquí está la London Road y tendría usted que ir por ese trayecto, o al este hacia Kent, si quisiera rodear Londres. Por cualquiera de los dos, Stowerton estaba a muchos kilómetros fuera de su ruta.

—¿Y qué demonios importa? —estalló Kirkpatrick—. Tenía toda la noche por delante. No tenía nada más que hacer. No quería llegar a Escocia al amanecer. Yo hubiese pensado que lo más importante era que Ann no estaba conmigo. ¡Dios mío, ni siquiera estaba en Stowerton, no fue a aquella fiesta!

—Yo lo sé —dijo Wexford volviendo a su silla—. Su hermano lo sabe y el señor Cawthorne lo sabe, pero ¿cómo lo sabe usted? Usted no ha vuelto a Sussex hasta esta mañana. Y ahora escuche:

una rueda de identificación lo aclararía todo. ¿Tiene usted alguna objeción?

De repente Kirkpatrick pareció cansado. Podía tratarse de un simple agotamiento físico o que la tensión de mentir, y sin eficacia, estaba haciendo mella en él. Su buen aspecto era especialmente vulnerable a la ansiedad. Dependía del modo de ladear la cabeza, de una mueca de la boca. Ahora tenía sudor en el labio superior y los ojos oscuros, que eran su mayor atractivo, parecían los de un perro al que alguien le hubiese pisado la cola.

—Me gustaría saber a qué ayudaría —dijo de mal humor—. Me gustaría saber quién me vio, dónde y qué es lo que se supone que he hecho.

—Se lo diré, señor Kirkpatrick —dijo Wexford acercando su silla.

—¿Cuándo me van a devolver mi alfombra? —preguntó Ruby Branch.

—No somos una tintorería, ¿sabe? No tenemos servicio rápido.

Debe de estar lamentando los tiempos, pensó Burden, en que las mujeres llevaban velo habitualmente para salir a la calle. Podía recordar uno que su abuela había tenido como toca, una cortina gruesa y aparentemente opaca que cuando se bajaba era un disfraz perfecto para su portadora.

—Es una pena que no estemos en Marruecos —le dijo—, te podrías poner tu velo.

Ruby le dirigió una mirada malhumorada. Se bajó el ala de su sombrero hasta que casi le cubrió los ojos y se tapó la barbilla con un pañuelo de gasa.

—Seré una mujer marcada —dijo—. Espero que se den ustedes cuenta de ello. Imagínense que lo reconozco y se escapa. En estos tiempos no caben en las cárceles. Sólo tienen que leer los periódicos.

—Tendrás que arriesgarte —le dijo Burden.

Cuando estuvieron en el coche ella le dijo tímidamente:

—Señor Burden, no me ha dicho usted nada de si van a hacer algo sobre aquello, sobre lo de poner un... como se llame... en casa.

—Eso depende. Ya veremos.

—Me estoy esforzando en ayudarles.

Fueron en silencio hasta llegar a las afueras de Kingsmarkham. Luego Burden dijo:

—Sé sincera conmigo, Ruby. ¿Qué ha hecho Matthews por ti excepto coger tu dinero y destrozar tu matrimonio?

La boca pintada temblaba. En los dedos que sostenían el pañuelo hasta la boca había callosidades y las largas grietas grises que el trabajo de la casa produce.

—Hemos sido tanto el uno para el otro, señor Burden...

—De eso hace mucho tiempo —le dijo con suavidad—. Ahora tienes que pensar en ti misma.

Era cruel lo que tenía que decir. Quizás la justicia siempre lo es y él estaba acostumbrado, si no a administrarla, al menos a llevar a la gente hasta el banquillo. Ahora, para descubrir lo que quería, apartaría a Ruby de aquello y su medio sería la crueldad.

—Te quedan aún casi diez años para la pensión. ¿Cuántas de esas mujeres para las que trabajas te emplearían si supiesen en lo que has estado metida? Se enterarán, Ruby. Leen los periódicos.

—No quiero meter a George en problemas.

Al igual que Wexford, tuvo que pensar un momento antes de recordar que George era el nombre de pila de Monkey.

—Estuve loca por él. Nunca tuve hijos, nunca tuve lo que se diría un verdadero marido. El señor Branch era lo bastante viejo como para ser mi padre.

Hizo una pausa y con un pequeño pañuelo de encaje se dio unos toquecitos sobre el trozo, mojado por las lágrimas, que había entre el pañuelo y el ala del sombrero.

—George había estado en la cárcel. Cuando le encontré parecía..., bueno, tan feliz de estar conmigo.

A su pesar, Burden se conmovió. Podía recordar al viejo Branch, chocho e irritable antes de tiempo.

—George me sacó cuatro libras —dijo con aspereza—, y toda la bebida que tenía en casa y Dios sabe cuántas buenas comidas, pero no quería acostarse conmigo. No es agradable, señor Burden, cuando tienes recuerdos y no puedes evitar...

—No merece tu lealtad. Vamos, ánimo. El señor Wexford pensará que te he aplicado el tercer grado. Nunca oíste que ese Geoff Smith llamase Ann a la chica, ¿verdad que no? Te lo inventaste todo para salvar a Monkey.

—Creo que sí.

—Buena chica. Ahora dime, ¿registraste la habitación cuando encontraste la mancha?

—Estaba demasiado asustada para hacerlo. Mire, señor Burden, lo he estado pensando todo el tiempo. George estuvo solo allí durante horas el jueves escribiendo aquella carta mientras yo estuve trabajando. Creo que debió de encontrar algo que se dejaron.

—Yo también lo he estado pensando, Ruby, y creo que las grandes inteligencias opinan lo mismo.

Cuando llegaron a la comisaría una docena de hombres estaban en fila en el patio. Ninguno medía más de metro setenta y cinco y el color de su pelo iba del castaño medio al negro azabache. Kirkpatrick era el cuarto a la izquierda, empezando por el último. Ruby andaba indecisa por el cemento, con cuidado, ridícula con sus tacones altos y su cara tapada. Wexford, que no había escuchado su historia, apenas podía dejar de sonreír, pero Burden la miraba con tristeza. Sus ojos pasaron por los tres primeros hombres a la izquierda y se detuvieron por un momento breve sobre Kirkpatrick. Se acercó un poco más y anduvo despacio a lo largo de la fila, volviéndose de cuando en cuando para mirar por encima del hombro. Luego volvió atrás. A Kirkpatrick se le veía atemorizado, con expresión confundida. Ruby se detuvo frente a él. Una chispa de reconocimiento pareció pasar entre ellos y se advirtió tanto por

parte de él como de ella. Siguió adelante, permaneciendo durante más tiempo frente al último hombre de la derecha.

—¿Y bien? —dijo Wexford nada más cruzar la puerta.

—Por un minuto pensé que era el del final. —Wexford suspiró suavemente. «El del final» era el agente de policía Peach—. Pero luego me di cuenta de que me había equivocado. Debe ser el de la corbata roja.

Kirkpatrick.

—¿Debe ser? ¿Por qué debe ser?

Ruby dijo sencillamente:

—Conozco su cara, no conozco la de ninguno de los demás. Su cara me es familiar.

—Sí, sí, ya lo supongo. Y mi cara debería resultarte familiar ahora, pero yo no alquilé tu negocio el martes pasado. —Bajo el velo se notaba a Ruby resentida—. Lo que quiero saber es si ése es Geoff Smith.

—No lo sé. No le conocería si le viese ahora. Desde entonces me muero de miedo cada vez que veo un hombre moreno por la calle. Todo lo que sé es que vi al tipo ése de la corbata roja en algún sitio la semana pasada. Quizás fuese el martes, no lo sé. Él también me conocía. ¿Se dio usted cuenta? —Emitió una especie de gimoteo o lloriqueo. De repente era una niña con cara de vieja—. Quiero ir a casa —dijo mirando rencorosamente a Burden. Él le sonrió con filosofía. No era la primera persona que le hacía una confesión y luego lo lamentaba.

Kirkpatrick volvió al despacho de Wexford, pero no se sentó. El que Ruby no hubiera podido identificarlo había restablecido su confianza y por un momento Wexford pensó que iba a añadir unos cuantos toques a la imagen que había intentado crear de sí mismo como mecenas o entendido en arte. Cogió la escultura de cristal azul y la manoseó maliciosamente echándole a Wexford una mirada resentida.

—Espero que esté usted satisfecho —le dijo—. Creo que he sido muy paciente. Ha podido usted ver que esa mujer no me conocía.

Usted la conocía, pensó Wexford. Usted estuvo en Stowerton y, aunque no estuvo en la fiesta ni estaba presente cuando su hermano lo dijo, usted sabía que Anita Margolis no había ido allí.

Ahora Kirkpatrick estaba relajado, respirando con facilidad.

—Estoy muy cansado, y como le digo, he sido muy paciente y comunicativo. No habría muchos hombres que después de haber conducido durante casi setecientos kilómetros fuesen tan complacientes como yo lo he sido.

El pedazo de cristal de unos treinta centímetros fue cuidadosamente depositado sobre la mesa y movió la cabeza como si acabara de someterlo a la valoración de un experto. ¡Comediante!, pensó Wexford.

—Lo que quiero ahora es dormir y que me dejen en paz. Así que si hay algo más que quieran ustedes, será mejor que lo digan ahora.

—«¿O se callen para siempre?». No trabajamos así, señor Kirkpatrick.

Pero Kirkpatrick apenas parecía haber oído.

—En paz, como digo. No quiero que molesten o asusten a mi familia. Esa mujer al no identificarme debería dejar zanjado el asunto para siempre. Yo...

Hablas demasiado, pensó Wexford.

DESPUÉS DE LA LLUVIA la ciudad parecía limpia. El sol de la tarde hacía que las aceras brillasen como láminas de oro y un vapor tenue salía de ellas. Hacía una temperatura suave, incluso cálida, y el aire estaba cargado de humedad. La excitación le provocaba a Drayton un nudo apretado en el pecho mientras enfilaba High Street arriba en el coche alquilado a Cawthorne y aparcaba en el callejón. Necesitaba llenar sus pulmones de aire fresco, no de aquella sustancia empalagosa que le dejaba sin respiración.

El verla fue una sacudida. Había tenido fantasías sobre ella durante el tiempo intermedio y esperaba que la realidad le decepcionase. Era sólo una chica de la que se había encaprichado y que poseería si podía. Antes le había pasado lo mismo una docena de veces. ¿Por qué, pues, aunque la tienda estaba llena de clientes y había chicas bonitas entre ellos, ninguno tenía rostro, por qué le parecían zombis?

La sensualidad que le había invadido la noche anterior fuera de la tienda y que desde entonces se había trocado en un cálculo clínico que le cosquilleaba volvió de nuevo a él como un soplo y lo mantuvo mirándola mientras la campanilla sonaba en sus oídos.

Sus ojos se encontraron y ella le hizo aquella imperceptible sonrisa secreta que consistía solamente en una elevación de las comisuras de su boca. Él se dio la vuelta y mató el tiempo jugando

con el mostrador de los periódicos. La tienda tenía un olor desagradable, un hedor a comida que quizás llegaba de lo que fuera que comiesen en aquellas zonas posteriores, el empalagoso olor de golosinas sin envoltorio, la suciedad que llenaba los rincones a los que nadie había intentado llegar. Sobre el estante por encima de su cabeza, el perro de aguas de porcelana aún sostenía su maceta de flores polvorientas. Nadie lo compraría, del mismo modo que nadie compraría el cenicero y la jarra que estaban a su lado. ¿Qué entendido en porcelana de Wedgwood, o qué entendido en «nada», para ser exactos, entraría siquiera en aquella tienda?

Seguían entrando más y más clientes. A Drayton el constante campanileo le ponía los nervios de punta. Dio la vuelta al mostrador y las tapas de colores oscilaron como en un absurdo y brillante caleidoscopio: un arma, un cráneo bajo un sombrero tejano, una chica tumbada entre galanes y rosas. El reloj le dijo que hacía sólo dos minutos que estaba en la tienda.

Ahora sólo quedaba un cliente. Luego llegó una mujer para comprar un patrón de vestido y oyó que Linda le decía suave e incluso desdeñosamente:

—Lo siento, está cerrado.

La mujer empezó a discutir. Tenía que tenerlo aquella noche, le urgía. Drayton notó la indiferencia de Linda y captó una firme frase negativa. O sea que era así, con aquella fría y obstinada paciencia como habitualmente rechazaba las solicitudes... La mujer se fue murmurando. Se oyó el ruido que hacía la persiana del escaparate al bajar y miró cómo le daba la vuelta al cartel.

Salió por la puerta y avanzó despacio hacia él. Al ver que de su rostro había desaparecido la sonrisa y que llevaba los brazos caídos a los lados, pensó que ella iba a hablarle, quizás a disculparse o a establecer condiciones. En vez de eso, sin una palabra ni un movimiento de las manos, levantó la boca hacia la suya, abriendo los labios con una especie de jadeo sensual. Adaptó su disposición a la de ella y por un momento estuvieron unidos sólo por el beso. Luego él la tomó en sus brazos y cerró sus ojos a la parodia

burlesca que de él hacían las sobrecubiertas de los libros, la orgía de amantes contorsionándose, copulando encima, debajo, el uno al lado del otro, un rito de fertilidad en masa en un moderno *deshabillé*.

La soltó y murmuró:

—Vámonos.

Ella soltó una risita tonta que hizo que él se riera de mala gana. Se reían, lo sabía, de su propia debilidad, de su indefensión, dominados por la emoción.

—Sí, vamos.

Ella respiraba agitadamente. Su risita entrecortada no tenía nada que ver con la diversión.

—Mark —dijo con un tono ligeramente interrogativo, y luego—: Mark —de nuevo, como si la repetición de su nombre le confirmase algo. Para él sonaba como una promesa.

—Iremos a Pomfret —dijo—. Tengo el coche.

—¿A Cheriton Forest?

Asintió, sintiendo una punzada de decepción.

—¿Has estado antes allí?

Ella entendió lo que implicaba la pregunta.

—Con mi padre y mi madre de *picnic*. —Ella le miró gravemente—. No así —dijo.

Podía significar mucho o muy poco. Podía significar que nunca había estado allí con un novio, ni con ningún hombre, para hacer el amor o sólo para andar cogidos de la mano. Las palabras eran un disfraz para el pensamiento y para las intenciones.

Ella entró en el coche, se sentó al lado de él y empezó el pequeño ritual de arreglarse la falda, quitarse los guantes, poner el bolso en la guantera. ¡Qué extraña fuerza movía a las mujeres a actuar con esa afectación, a prestar tanta atención a sus accesorios personales! Y qué raramente se abandonaban. La cara que ponía no era la que él le había visto cuando se abrazaban, sino una máscara orgullosa y pagada de sí misma como si estuviese adaptada al marco de la ventanilla del coche, de forma que el

mundo pudiese observar su serenidad cuando iba en el coche con un hombre.

—¿Dónde quieres comer? —le preguntó—. Había pensado en el Cheriton Hotel, justo donde empieza el bosque.

Ella denegó con la cabeza.

—No tengo hambre. Podríamos beber algo.

Una chica como ella, ¿habría estado antes en un lugar como aquél? ¿Podría resistir que la vieran allí? La despreciaba con todo su corazón por sus orígenes, su pobreza de conversación, la penosa pequeñez de su mundo. Y sin embargo, su presencia física le excitaba hasta casi no poder resistirlo. ¿Cómo podría aguantar una hora con ella en el salón de un hotel, de qué hablarían, podría abstenerse de tocarla? No tenía nada que decirle. Había reglas en este juego, bromas amorosas prescritas, correspondientes al cortejo del mundo ornitológico, una especie de baile y exhibición del plumaje. Por la tarde, un poco antes de ir a la tienda, Drayton había estado ensayando un poco esos preámbulos, pero ahora le parecía que ya habían ido más lejos. El beso les había llevado hasta el umbral. Él esperaba algo más de animación por parte de ella, una chispa de alegría que pudiese cambiar su excitación y transformase su lascivia en algo más civilizado.

—Es increíble —dijo sombríamente—. La tarde que alquilo el coche es la primera que no llueve en muchas semanas.

—No habríamos podido venir aquí sin coche.

Frente a ellos las luces de Pomfret brillaban en el atardecer por entre los árboles verdeantes.

—Está oscureciendo —dijo ella.

Desesperado por encontrar algo sobre qué hablar, rompió una regla:

—Hoy hemos estado interrogando a un tipo llamado Kirkpatrick —dijo. Era poco ortodoxo, quizás estaba incluso mal, hablar de cosas de la policía—. Es un cliente vuestro. ¿Le conoces?

—No nos dan los nombres —contestó.

—Vive por aquí.

Aquí exactamente, pensó. Debería ser eso. La negra pendiente escarpada del bosque se alzó frente a ellos, y delante, como cajas dejadas caer en un prado verde, había una docena de viviendas blancas y azules, de estilo rural.

—¡Oh, mira! —le dijo—. Aquel coche.

Estaba allí, en una de las entradas, con el rosa y el lila empalidecidos a la luz de un farol de carruaje de la entrada.

—Te refieres a ese hombre, ¿verdad? Imagínate tener que ir por ahí en un trasto como ése. Casi me muero de risa.

Su animación ante algo tan pueril le dejó helado. Notó que la boca se le ponía rígida.

—¿Qué ha hecho? —preguntó ella.

—No debes preguntarme eso.

—Eres muy cuidadoso —dijo y él notó que le miraba—. Tus jefes deben de tenerte en muy buen concepto.

—Eso espero.

Creyó que ella le estaba sonriendo, pero no se atrevió a volverse. De repente pensó que su silencio y su gravedad tenían el mismo origen que los suyos y el pensamiento le hizo estremecerse. La carretera estaba oscura en donde comenzaban los pinares, demasiado oscura para que él pudiera desviar los ojos ni un instante. A lo lejos, entre las negras ondulaciones de las coníferas, podía ver las luces del hotel. Ella puso su mano sobre la pierna de Drayton.

—Mark —le dijo—, Mark, no quiero beber nada.

Eran casi las nueve cuando llamaron de la comisaría a casa de Burden.

—Ruby Branch ha vuelto, señor. —La voz era de Martin—. Ha traído con ella a Knobby Clark y quiere verle. No les puedo sacar ni una palabra.

Parecía estar disculpándose y esperando una reprimenda, pero todo lo que le dijo Burden fue:

—Ahora mismo voy.

Podía notar en la garganta aquella extraña opresión, aquel tirón nervioso que significaba que por fin iba a ocurrir algo. Su cansancio desapareció.

Ruby estaba en el vestíbulo de la comisaría de policía, con actitud abatida, casi martirizada y en su rostro una expresión estoica. A su lado, en una silla roja en forma de cuchara, inadecuada para contener su cuerpo voluminoso y gordo, se sentaba el perista de Sewingbury. Al mirarle, Burden recordó su último encuentro. A Knobby se le veía nervioso y tenía aspecto suplicante, pero en aquella ocasión había sido él quien había estado en posición de utilizar un desdeñoso desprecio, regatear y rechazar. Con la imaginación, Burden vio de nuevo a la distinguida y tímida señora que había ido a vender las joyas que habían sido regalo de su esposo. Su actitud se endureció y le entró una repentina cólera.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué quieren?

Con un suspiro profundo y lastimero, Ruby contempló los muebles llenos de colores del vestíbulo en el que estaban y pareció que se dirigía a ellos:

—Bonita forma de hablar cuando me he tomado la molestia de hacer este camino. Es un verdadero sacrificio lo que he hecho.

Knobby Clark no dijo nada. Tenía las manos en los bolsillos y parecía concentrarse en mantener su equilibrio en una silla hecha para traseros más pequeños que el suyo. Sus ojillos entre cojines de grasa, permanecían quietos y cautos.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Burden.

Ruby, aparentemente, se había nombrado portavoz de ambos y dijo:

—Me imaginé que George habría ido a verle porque son viejos compinches. Después de haber estado aquí me fui a Sewingbury en autobús. —Hizo una pausa—. Encima que le he estado ayudando —dijo intencionadamente—, pero si no quiere usted saberlo, no tengo ningún inconveniente. —Y cerrando su bolso, se levantó. Su

cuello de piel se movía por el temblor de los enormes pechos que allí se ocultaban.

—Será mejor que vengan a mi despacho.

Aún en silencio, Knobby Clark se levantó cuidadosamente de la silla. Burden pudo mirar con facilidad la coronilla de su cabeza. Todo el pelo que le quedaba era un copete de pelusilla, que también evocaba la corona llena de cerdas de un gran nabo sueco deforme.

Con la intención de no perder más tiempo dijo:

—Bueno, veámoslo pues. ¿Qué es?

Sólo fue correspondido con un ligero temblor de los montañosos hombros de Knobby.

—¿Le importaría cerrar la puerta? —le pidió Ruby. Aquí había más luz y se le veía una cara desolada—. Enséñeselo, señor Clark.

El joyero titubeó:

—Mire, señor Burden —dijo, hablando por primera vez—. Usted y yo no hemos tenido problemas durante mucho tiempo, ¿no es así? Debe de hacer unos siete u ocho años.

—Seis —dijo Burden secamente—. El mes que viene hará justo seis años desde que tuviste aquel pequeño lío por aceptar aquellos relojes.

Knobby dijo con resentimiento:

—Eso fue cuando salí.

—De cualquier modo no veo la necesidad. —Ruby se sentó, cogiendo confianza—. No veo la necesidad de hacer que se sienta insignificante. He venido aquí por voluntad propia...

—Cállate —le espetó Burden—. ¿Crees que no sé lo que está pasando? Estás molesta con tu amigo y ahora quieres vengarte. Por eso fuiste a la tienda de esta rata en Sewingbury y le preguntaste qué le había vendido Monkey Matthews el jueves pasado. ¡Hacer que se sienta insignificante, qué risa! Si fuese mucho más insignificante nos tropezaríamos con él. —Tragó saliva—. No lo has hecho por civismo, sino por desdén. Naturalmente, Clark vino contigo cuando le dijiste que teníamos a Monkey aquí. Ahora puedes contarme el resto, pero ahórrame la sensiblería.

—Knobby quiere estar seguro de que no tendrá problemas —dijo Ruby, reducida ahora a un lacrimoso gimoteo—. Él no tenía que saberlo. ¿Cómo podía saberlo yo? Dejé solo a George durante un par de horas el jueves mientras trabajaba, ganando dinero para mantenerlo con lujo... —Quizás recordó la advertencia de Burden sobre el sentimentalismo, porque continuó con más tranquilidad—. Debe de haberlo encontrado al lado de una de mis sillas.

—¿El qué?

Metió una mano regordeta en un bolsillo deformado, la sacó y dejó caer algo duro y brillante sobre la mesa de Burden.

—He ahí una bonita pieza de orfebrería para usted, señor Burden. Oro de dieciocho quilates y la mano de un maestro.

Era un encendedor de brillante oro rojo, de la longitud y anchura de una caja de cerillas, pero más delgado, y con los lados delicadamente grabados con un diseño de uvas y hojas de parra. Burden le dio la vuelta y frunció los labios. En la base tenía una inscripción: «Para Ann que ilumina mi vida».

Una gran hendidura se abrió en el rostro de Knobby, la grieta de la remolacha que tiene demasiada pulpa para su piel. Sonreía.

—Era el jueves por la mañana, señor Burden. —Las hinchadas manos se extendieron temblorosas— «Échale un vistazo a esto», me dice Monkey. «¿De dónde lo has sacado?», le pregunté, conociendo su reputación. Le dije: «no es oro todo lo que reluce...».

—Pero si no fuese oro —le dijo Burden de mala manera— por ti podría relucir hasta que llegase el día del juicio.

Knobby le miró de reojo.

—«Mi anciana tía me lo dejó», me dice, «mi tía Ann». «Debe de haber sido una alegre vieja chiflada», le dije. «¿Te dejó también su caja de puros y su petaca?». Pero esto se lo dije sólo por divertirme, señor Burden, nunca pensé que fuese robado. No estaba en la lista. —Su rostro se rajó de nuevo, esta vez virtuosamente—. Le di veinte por él.

—No seas niño. No estoy chocho y tú no eres un filántropo.

De nuevo Burden recordó a la mujer de las joyas.

—Le diste diez —dijo despectivamente.

Knobby Clark no lo negó.

—Es mi perdición, señor Burden. Diez o veinte, no crecen en los árboles. No hará usted nada, ¿verdad? ¿Sin problemas, eh?

—¡Lárgate! —dijo Burden cansadamente.

Knobby se fue. Parecía más pequeño que nunca, y sin embargo, parecía que anduviese de puntillas. Cuando se hubo marchado Ruby puso su pelirroja cabeza entre las manos.

—Ya está hecho entonces —dijo—. Dios mío, nunca pensé que traicionaría a George.

—Puedes oír al gallo cantando a lo lejos, ¿no?

—Es usted un hombre duro. Cada día se vuelve más como su jefe.

A Burden no le desagradó que se lo dijera.

—Tú también puedes irte —dijo él—. No diremos nada más de lo otro. Ya has malgastado bastante el tiempo y el dinero público. Yo de ti en el futuro me dedicaría sólo a hacer de asistenta. —Sonrió, de buen humor de nuevo—. Eres un genio sacando brillo a los enredos de los demás.

—¿Me dejaría ver a George?

—No, no te dejaría. No fuerces tu suerte.

—No pensaba que me dejase —suspiró—. Quería decirle que lo sentía.

Su rostro era feo, pintado y viejo.

—Le quiero —dijo, y su voz sonó muy cansada—. Le he querido durante veinte años. No espero que pueda usted entenderlo. Ni usted ni los demás. Para ustedes es un lío sucio, ¿verdad?

—Buenas noches, Ruby —le dijo—. Tengo cosas que hacer.

Wexford lo hubiese hecho mejor. Habría dicho algo irónico y duro... y tierno. Era como ella había dicho. Él, Burden, no podía entenderlo, nunca lo haría, ni quería hacerlo. Para él esa clase de amor era un libro cerrado, pornografía para la biblioteca de Grover. Ahora iba a ver a Monkey Matthews.

—Deberías procurarte un encendedor, Monkey —le dijo a través del humo, viendo un montón de cerillas apagadas.

—Nunca consigo hacerme con ellos, señor Burden.

—¿Ni siquiera con uno de oro bonito? ¿O preferirías los cuartos?

—Lo dejó en la palma de su mano y luego lo levantó para que le diera la luz de la bombilla—. Robo por hallazgo. ¡Qué revés!

—Supongo que no serviría de nada preguntarle cómo se ha enterado.

—De nada.

—Ruby no me haría eso.

Burden dudó un momento. Ella le había dicho que se estaba volviendo como Wexford y él lo había tomado como un cumplido. Quizás no fuese sólo la rudeza del inspector jefe lo que podía emular. Abrió los ojos con furiosa indignación:

—¿Ruby? Me sorprendes.

—No, no creo que fuese ella. Olvide que lo he dicho. Es distinta a ese cochino hijo de puta de Knobby Clark. Vendería a su abuela por cuatro cuartos.

Lentamente, con resignación, Monkey encendió otro cigarrillo.

—¿Cuánto me caerá? —preguntó.

Había apagado las luces del coche. Lo había aparcado en un claro rodeado de árboles espesos, abetos negros y altos, y pinos, plantados para mástiles de barcos y astas de bandera. Sus troncos parecían grises, pero incluso esas estrechas sombras no se podían distinguir a unos cuantos metros del límite del bosque. Más allá, no había ni día ni noche, sólo un oscuro laberinto.

La tomó entre sus brazos y pudo sentir cómo latía su corazón. Era el único sonido. Pensó que cuando abriese los ojos sería de noche, el beso había sido largo y a ciegas, y el pálido atardecer le produjo un sobresalto.

—Andemos —dijo, cogiéndola de las manos.

Ahora estaban bien. Había salido bien. No sabía por qué, pero en lugar de un sentimiento de triunfo, descendió sobre él un miedo sutil y hasta entonces no experimentado. No era de ningún modo miedo a una incapacidad física ni a un fracaso psicológico, sino más bien temor ante alguna terrible dificultad. Hasta aquel momento sus aventuras sexuales habían sido pasajeras, a veces divertidas, pero nunca le habían llevado a la introspección. Pero sentía que no habían sido en modo alguno una práctica o un ensayo. Realmente, los sentimientos que le habían evocado y aquellas que los habían estimulado eran muy distintos a las sensaciones que tenía ahora y al grado que alcanzaban. Estaba totalmente hundido en algo nuevo y aterrador. Podía casi haber sido la primera vez para él.

—Es como un país extranjero —dijo ella.

Lo era. Un lugar desconocido, extraño, con un lenguaje intraducible. El que ella sintiera lo que él sentía, de forma idéntica y telepática, le hizo quedarse boquiabierto. Luego la miró, y al seguir su mirada hacia las copas de los árboles, supo con un repentino sentimiento de decepción, que ella se refería al bosque y no a un estado mental.

—¿Has estado alguna vez en uno?

—No —le respondió ella—, pero es así. Y es como ayer noche. Sola contigo entre paredes altas. ¿Pensaste en eso al traerme aquí?

Habían empezado a subir por un camino que, al cortar la ladera tan uniformemente y con tanta precisión, parecía una incisión en una carne gruesa y negra o una herida cosida.

—¿Pensaste en eso?

—Quizás.

—Muy inteligente por tu parte.

Ella respiraba pausadamente, aunque era una subida pronunciada. A la izquierda de ellos y un poco hacia adelante, una pequeña senda se abría paso entre los árboles.

—Pero aquí no hay ventanas, ¿verdad?

Más que nada en el mundo, en aquel momento más que poseerla totalmente, quería ver aquella disimulada sonrisa, aquel

levantar los labios sin separarlos. No había sonreído en absoluto desde que entraran en el bosque y esa visión de ella era la esencia, el núcleo de su atractivo para él. Sin eso podía besarla, incluso llevar a cabo aquella culminación para la que habían hecho esta visita, pero perdería el sabor y la esencia y la mitad de su placer, o quizás se salvaría. Ya era el esclavo de un fetiche.

Haciéndose eco de sus palabras ella dijo suavemente:

—No hay ventanas... nadie que te vigile o que pueda detenerte. —Y añadió jadeante, volviéndose para estar frente a él, de forma de sus cuerpos y sus ojos estuvieran juntos—: Estoy cansada de que me vigilen, Mark.

Un cuadradito naranja en una pared, una campana que siempre sonaba, una voz quejumbrosa que llamaba.

—Estás conmigo —le dijo él— y a mí nadie me vigila.

Generalmente él era delicado, pero su proximidad le descontrolaba y provocaba la jactancia del macho. Antes de que pudiera detenerlo, el ruego salió:

—Sonríeme —dijo en un áspero susurro. Los dedos de ella apretaron sus hombros, no firme o apasionadamente, sino con una presión ligera y calculadamente seductora. La mirada de sus ojos apenas tenía expresión y la invitación procedía casi entera— mente del temblor de sus párpados medio cerrados—. Sonríe.

Luego, de repente, fue recompensado. Una terrible urgencia le poseyó, pero a pesar de eso la tomó lentamente en sus brazos contemplando la sonrisa que era el foco de todo su deseo, y lentamente bajó su boca para ir a su encuentro.

—Aquí —susurró ella—. En la oscuridad. Llévame a lo oscuro.

La reacción de ella fue intensa, incluso fluida. Las palabras, pronunciadas contra sus labios, parecían entrar en su cuerpo como si fueran vino y le llenaban de calor.

El comienzo de un sendero le atrajo y la sostuvo contra sí, medio arrastrándola hacia las profundas sombras del límite del bosque. Por encima de ellos las agujas de los pinos susurraban y el sonido se parecía al lejano arrullo de las palomas. Se quitó el abrigo y lo

extendió sobre el arenoso suelo. Luego la oyó musitar palabras que no pudo entender, pero que supo que ya no eran vacilantes o pasivas. Sus manos fueron en busca de él para hacerle bajar a su lado.

La oscuridad era casi total y era esta negrura anónima y secreta la que ella parecía haber necesitado, de la misma forma que él había necesitado su sonrisa. Su coquetería, su tímido silencio, habían dado paso a un hambre febril, que no era falsa ni simulada. Lo supo cuando ella le cogió la cara entre sus manos largas que se habían vuelto fuertes y fieras. Él le besó el cuello y los pechos y ella exhaló un gran suspiro de placer. La oscuridad era un río cálido en el que ahogarse. Le llaman la pequeña muerte, pensó Drayton, y después la capacidad de pensar se disipó.

APENAS TRANSCURRIERON unos momentos entre su llamada y la apertura de la puerta de la casa. Un rayo de sol fue a dar sobre una bata negra y malva y un rostro colorado y anguloso.

—Otra vez aquí como la falsa moneda —dijo la señora Penistan. Burden le guiñó un ojo. No sabía si el comentario se refería a su llegada o a la inesperada aparición de la señora Penistan. Ella se lo aclaró con una de sus estridentes risas—. Vi el anuncio del señor M y me dio pena y decidí volver hasta que ella aparezca. —Inclinándose hacia él, sosteniendo en alto la escoba como si fuese una lanza, le murmuró en tono de confidencia—: Si es que vuelve.

Se apartó para dejarle pasar.

—Tenga cuidado con el cubo —le dijo—. Está todo patas arriba. Menos mal que mis chicos no pueden ver las cosas que tengo que hacer. Si vieran esta casa sacarían a su madre de ella en un santiamén.

Recordando a los toros de los hijos de la señora Penistan, que seguramente no se distinguían por su piedad filial, Burden no pudo menos que mostrar una sonrisa neutral. La madre puso la cara casi encima de la suya y con una carcajada, esta vez tan alegre que parecía de júbilo, dijo:

—No me sorprendería que hubiese chinches en las paredes.

Agudas risas sofocadas le persiguieron hasta el estudio.

Sus esfuerzos parecían haber conseguido hasta el momento pocas mejoras en el sucio desorden general. Quizás sólo acababa de llegar. No había arreglado nada ni había limpiado el polvo, y al habitual olor desagradable se había añadido un hedor agrio, que procedía probablemente de los restos que aún quedaban en la docena de vasos vacíos que había sobre las mesas y en el suelo. Aquí, como en ningún otro sitio, se necesitaba el vigor y la agudeza de Ruby.

Margolis estaba pintando. Además de los tubos de colores al óleo que tenía cerca, había varios potecitos con materia inidentificable. Uno parecía contener arena y otro limaduras de hierro. Levantó la vista cuando entró Burden.

—He decidido no pensar en ello —dijo con casi toda la firmeza que podía imaginarse—. Simplemente, sigo con mi trabajo. Ann volverá.

Y añadió como si eso diera por cerrado el asunto:

—La señora Penistan está de acuerdo conmigo.

No era precisamente la impresión que le había dado a Burden en el umbral. Sin hacer ningún comentario (dejemos que el hombre esté contento mientras pueda) sacó el encendedor.

—¿Lo ha visto usted antes?

—Es un encendedor —dijo Margolis juiciosamente. Del mismo modo que una autoridad en arqueología hubiese identificado un oscuro hallazgo en un túmulo antiguo.

—La pregunta es: ¿es de su hermana?

—No lo sé. No lo he visto nunca anteriormente. La gente siempre le está dando cosas.

Le dio la vuelta.

—Mire, lleva su nombre grabado.

—Lleva Ann grabado —le corrigió Burden.

Unos pausados escobazos precedieron a la entrada de la señora Penistan en el estudio. Parecían divertirla no tanto los comentarios de su jefe, como su misma existencia, porque, mientras estaba

detrás suyo cuando él contemplaba el encendedor, dedicó a Burden un guiño lento y deliberado.

—A ver, déjeme echarle un vistazo —dijo. Una sola ojeada le bastó—. No —dijo—, no.

Esta vez su risa parecía deberse a su propia simpleza o quizás al hecho de haber creído que Margolis fuese capaz de identificar nada. Burden le envidió su ignorancia. Para ella no era problema el preguntarse cómo tratar a un genio. Aquí había un hombre, un inepto en cosas prácticas, de hablar distraído, por tanto era un loco que hacía reír y provocaba una especie de tosca piedad.

—Nunca tuvo nada parecido —dijo con firmeza—. Ella y yo acostumbrábamos tomar café a media mañana. Siempre se fumaba un cigarrillo, sí. Necesita usted uno de esos encendedores, le dije, viendo los montones de cajas de cerillas que gastaba. Que algún chico se lo regale. Era por Navidad, ¿sabe?, y su cumpleaños era en enero.

—O sea, ¿que se lo pudieron regalar para su cumpleaños?

—Si se lo regalaron, nunca me lo enseñó. Tampoco tuvo nunca un encendedor de gas. Mi hijo le podía conseguir uno a precio de coste, porque trabaja en eso, le dije, pero ella...

Burden la cortó, con sus oídos previendo dolorosamente la risa estridente que el final de esta historia le provocaría, aunque no tuviese gracia.

—No hace falta que me acompañen —dijo.

—¡Cuidado con el cubo! —le gritó alegremente la señora Penistan.

Salió por entre los narcisos. Todo era dorado aquella mañana, el sol, las flores de primavera con su brillo pálido y el pequeño objeto de su bolsillo.

El coche de Kirkpatrick estaba frente a la entrada de su casa. Burden lo rodeó y su abrigo pasó rozando los rótulos y las flores de color malva.

—Dice que está enfermo —dijo la señora Kirkpatrick con voz alta y seca.

Burden le enseñó su credencial. Le podía haber enseñado un folleto publicitario para el caso que le hizo.

—Dice que está resfriado.

Pronunció esta última palabra con infinito desdén, como si de todas las desgracias, un resfriado fuese la menos creíble y la más rara. Dejó pasar a Burden y le dejó solo con los dos niños silenciosos y de ojos muy abiertos diciéndole:

—Ya puede usted sentarse. Le diré que está usted aquí.

Dos o tres minutos después bajó Kirkpatrick. Llevaba una bata de seda bajo la que parecía ir completamente vestido. Burden recordó personajes igualmente ataviados, pero más alegres y más elegantes, que actuaban en aquellas comedias de alcoba de los años treinta, aún representadas inexorablemente por compañías de teatro locales, a cuyas representaciones era a veces arrastrado por su esposa. El decorado de las sillas tapizadas y los paneles imitando la madera intensificaban esta impresión, pero Kirkpatrick ponía cara de pocos amigos. Si hubiese sido un escenario de verdad, los espectadores hubieran pensado que se había olvidado de su papel. No se había afeitado. Les dedicó una sonrisa a sus hijos y acarició ligeramente el cabello rubio y largo de la niña.

—Voy a hacer las camas —dijo la señora Kirkpatrick.

Normalmente aquella no era una afirmación capaz de ser interpretada como una amenaza, pensó Burden, pero consiguió que sonara casi como una amenaza siniestra. Su marido le hizo un gesto alentador, sonriendo, como sonreiría alguien que deseara fomentar el interés de su mujer en algún insólito pasatiempo intelectual.

—Siento que se encuentre usted mal.

—Espero que sea psicológico —dijo Kirkpatrick—. La tarde de ayer me trastornó muchísimo.

Un resfriado psicológico, pensó Burden. Eso es nuevo.

—Es una pena —dijo en voz alta— porque me temo que tendrá usted que volver a pasar por la experiencia. ¿No cree usted que sería mejor que dejásemos esta farsa de que estaba usted interesado en la señorita Margolis a causa de la pintura de su hermano?

La mirada de Kirkpatrick se dirigió al techo. Procedentes de arriba podían oírse ruidos violentos como si su mujer en lugar de estar haciendo las camas estuviese rompiendo los muebles.

—Sabemos muy bien que era usted su amante —dijo secamente—. Usted amenazó con matarla, y usted ha admitido que estuvo en Stowerton el martes por la noche.

—No hable tan alto —pidió Kirkpatrick, con una nota de agonía en su voz—. De acuerdo, todo eso es cierto. He estado pensando, por eso es por lo que me siento tan mal, he estado pensando que tendría que decírselo. No es por ella —dijo y miró al niño y a la niña—. Es por mis niños. No quiero perder a mis hijos. —Y añadió en un tono más bajo—: Siempre le dan la custodia a la madre, no les importa la clase de madre que sea.

Burden hizo un gesto de impaciencia.

—¿Ha visto usted esto antes?

El color que le subió a la cara a Kirkpatrick era el signo visible de una emoción que Burden no podía definir. ¿Culpabilidad? ¿Horror? Esperó.

—Es de Ann.

—¿Está usted seguro?

—La vi con él —y dejando de lado todo fingimiento añadió—: Estuvo haciendo ostentación de él en mi cara.

Aunque hacía calor en la oficina, Kirkpatrick se dejó puesta la gabardina. Había ido por propia voluntad, le dijo Burden a Wexford, para hablar con una cierta comodidad, lejos de su esposa.

—¿Le dio usted este encendedor a la señorita Margolis? —le preguntó Wexford.

—¿Yo?, ¿cómo podría permitirme algo así?

—Dígame cómo sabe que es suyo.

Kirkpatrick dobló las manos y bajó la cabeza.

—Fue hace aproximadamente un mes —dijo, hablando en un suspiro—. La fui a ver, pero había salido. Margolis no parecía querer conocerme y me quedé fuera, sentado en el coche, esperando a que volviera. No en este coche —dijo con el ceño ligeramente fruncido— en el otro que tenía, el negro.

Suspiró y siguió, en voz todavía muy baja:

—Volvió en su coche al cabo de una media hora. Había ido a que se lo revisaran. Salí y me dirigí hacia ella. Ese encendedor que tiene usted estaba sobre el tablero de su Alpine y lo cogí. Sabía que no lo tenía antes y cuando vi la inscripción «Para Ann que ilumina mi vida», bueno, la conocía, y sabía qué clase de relaciones tendría con el que se lo había dado.

Su tono se volvió un poco histérico:

—Lo vi todo rojo. Podría haberla matado entonces. ¡Dios santo, no he querido decir eso! —Se pasó las manos por la boca como si de ese modo pudiera borrar las imprudentes palabras—. No he querido decir eso. Ustedes saben que es cierto, ¿verdad?

Wexford dijo muy suavemente:

—Sé muy poco de usted, señor Kirkpatrick. Parece tener usted una doble personalidad. Un día me dice que la señorita Margolis era simplemente la llave de la galería de arte de su hermano, al siguiente que estaba usted apasionadamente celoso de ella. ¿Qué personalidad es... la que domina?

—La quería —dijo fríamente—. Estaba celoso.

—Por supuesto que sí —dijo Wexford con sorna— y no distingue usted un Bonnard de las patas de un buey.

—Sigamos con el encendedor —dijo Burden.

En lugar de continuar, el hombre dijo abatido:

—Mi mujer no debe saberlo. Dios mío, estuve loco acercándome siquiera a esa chica.

Quizás se dio cuenta de que Wexford no le hacía promesas de discreción, se dio cuenta y entendió lo que eso implicaba, porque dijo furiosamente:

—No la maté, no sé nada de eso.

—Para ser un hombre enamorado, no se le ve demasiado triste, señor Kirkpatrick. Volvamos al encendedor, ¿quiere?

Kirkpatrick temblaba en la cálida habitación.

—Estaba celoso como un demonio —dijo—. Ella me cogió el encendedor y lo miró de una forma especial.

—¿Qué quiere usted decir, de una forma especial?

—Como si hubiese algo de lo que reírse —dijo furioso—, como si fuese una broma del demonio. —Se pasó la mano por la frente—. Puedo verla con aquel abrigo de pieles moteado, bella, libre... Yo nunca he sido libre de esa manera. Ella llevaba ese trocito de oro en la mano. Leyó esas palabras de la parte de abajo, las leyó en voz alta y siguió riendo. «¿Quién te lo ha dado?», le pregunté. «Ha encontrado una frase bonita, mi generoso amigo, ¿verdad?», me dijo. «Tú nunca pensarías en algo así, Alan. Todo lo que haces es sumar dos y dos y hacer que hagan dieciséis». No sé qué quiso decir.

Sus dedos habían dejado marcas blancas en los lugares donde habían apretado la piel.

—Habla usted de estar triste —dijo—. Yo la quería, o creí que la quería. Si quieres a alguien tienes que sentir que se mueran, ¿no es así?, pero, Dios mío, si no podía tenerla, sólo yo y toda para mí, ¡mejor que estuviese muerta!

—¿Qué estaba usted haciendo en Stowerton el martes por la noche? —le espetó Wexford.

—No tengo por qué decírselo.

Lo dijo en tono desmayado, no de forma desafiante. Luego se desabrochó la gabardina como si de pronto le hubiese entrado calor.

—Yo no haría eso —dijo Burden— no si se va usted. Como dijo ayer, no podemos retenerle.

Kirkpatrick se levantó. Parecía cansado hasta el agotamiento.

—¿Me puedo ir? —Buscó torpemente el cinturón de su gabardina, con manos temblorosas—. De todos modos, no hay nada más que pueda decirles.

—Quizás lo recuerde luego —dijo Wexford—. Le voy a decir lo que vamos a hacer, nos dejaremos caer hoy, tarde.

—Cuando los niños estén acostados —añadió Burden—. Quizás su esposa sepa lo que estaba usted haciendo en Stowerton.

—Si hacen ustedes eso —dijo Kirkpatrick furioso— perderé a mis hijos.

Respirando agitadamente, volvió su rostro contra la pared.

—Puede tranquilizarse allí con Drayton haciéndole compañía —dijo Wexford tomando una taza de café en la cafetería Carousel. Estaba frente a la comisaría de policía y la prefería a la cantina. Su entrada siempre tenía el efecto de limpiar el lugar de los elementos menos deseables y ahora estaban solos con la máquina del café expreso, las plantas de plástico y el tocadiscos automático tocando Mantovani.

—Es curioso que Ruby le reconociese así —dijo Burden—, aunque no esté segura de haberlo reconocido como Geoff Smith.

—No sé, Mike. De acuerdo con su código moral, y quizás también con el mío, su comportamiento no fue exactamente ético, pero no fue sospechoso. No se habría fijado mucho en él.

—Lo suficiente como para saber que era bajo, joven y moreno. Kirkpatrick no es tan bajo, debe medir un metro setenta o setenta y cinco. Es el alias lo que me desconcierta. Smith es obvio, pero ¿por qué Geoff? ¿Por qué no John, por Dios, o William?

—Quizás Geoffrey es el segundo nombre de Kirkpatrick. Tendremos que preguntárselo.

Wexford cogió una silla del pasillo. Una chica delgada y rubia con falda y suéter había entrado en la cafetería y se dirigía a una mesa más allá de la separación de la sala.

—La pequeña señorita Grover —murmuró—. Se ha soltado de la correa por una vez. Si su padre no estuviese en cama no tendría la oportunidad de salir ni siquiera cinco minutos.

—He oído que es una especie de tirano —dijo Burden mirando a la chica, cuya expresión era lánguida y ausente—. Me pregunto qué estaría haciendo para que se le luxara un disco. Sería distinto si hiciera un trabajo manual.

—Guárdese las conjeturas para cuando se las paguen —dijo Wexford con una sonrisa.

Linda Grover había pedido un batido de frambuesa. Burden la miró mientras se lo bebía con una caña y miró a su alrededor con azoramiento cuando la caña produjo un gorgoteo al llegar al final del batido. Un poco de espuma rosa había quedado adherida a su labio superior. En aquel día espléndido su cabello, suave y brillante como el de un niño, llamaba también la atención por su color rubio.

—Kirkpatrick es cliente habitual suyo —dijo—. Compra el periódico de la tarde allí. Me pregunto si también compró una navaja.

—Volvamos y averiguémoslo —dijo Wexford. El sol y el calor hicieron que el cruzar la calle les resultase demasiado corto—. Hace que todo parezca distinto, ¿verdad? —dijo mientras subían los peldaños y las frías paredes de la comisaría les encerraban.

Drayton se sentó a un lado del despacho y Kirkpatrick al otro. Parecían extraños, indiferentes, ligeramente antagonistas, como si esperasen un tren. Kirkpatrick levantó la vista, su boca se movía en una contracción nerviosa.

—Creí que no vendrían nunca —le dijo a Wexford con desesperación—. Si le digo lo que estaba haciendo en Stowerton usted pensará que estoy loco.

Mejor un loco que un asesino, pensó Wexford. Acercó una silla.

—Póngame a prueba.

—Ella no quiso salir conmigo —masculló Kirkpatrick— por culpa de ese maldito coche. No me creí que fuese a ir a aquella fiesta y por eso —dijo desafiante— fui a Stowerton para seguirla. Llegué allí a las ocho y esperé durante horas. No fue. Cielos, sólo estuve allí sentado y esperé, y cuando vi que no venía supe que me había mentado. Suponía que había encontrado a alguien más rico, más joven, más fuerte... ¡Oh, maldita sea! —Tosió fuerte—. Eso fue todo lo que hice —dijo—: esperar. —Levantó la mirada hacia Burden—. Cuando me encontró usted ayer por la mañana en la casa se lo iba a decir. ¡Iba a preguntarle quién se creía que era para engañarme!

Negro a contraluz, Drayton miraba con desdén. ¿Qué estaría pensando?, se preguntaba Wexford. ¿Que él, con su oscuro aire de virilidad, un aire que hoy era casi insolente, no podría nunca caer tan bajo?

—Oscureció —dijo Kirkpatrick—. Aparqué mi coche en el lado de Cawthorne, debajo de un árbol. Allí estaban armando un escándalo increíble, gritando y poniendo música. Ella no fue. La única persona que salió fue un borracho recitando a Omar Jayyám. Estuve allí tres horas... bueno, bastante más...

Wexford se acercó a la mesa, juntó las manos y apoyó las muñecas en el palo de rosa.

—Señor Kirkpatrick —le dijo gravemente— esa historia puede ser cierta, pero tiene usted que darse cuenta de que me resulta un poco incompleta. ¿Puede usted nombrar a alguien que pueda ayudar a que la comprobemos?

Kirkpatrick dijo amargamente:

—Eso es asunto mío, ¿no? Ustedes han hecho su trabajo. Nunca he oído que la policía busque testigos para refutar su propio caso.

—Entonces tiene usted mucho que aprender. No estamos aquí para hacer «casos», sino para que se haga justicia.

Wexford hizo una pausa. Tres horas, pensó. Eso cubría el tiempo de llegada a la casa de Ruby, la hora en la que la vecina oyó el

estrépito, la hora en que dos personas salieron tambaleándose de la casa.

—Debió usted ver a los invitados de la fiesta que llegaban. ¿No le vieron ellos a usted?

—Aparqué el coche justo al volver la esquina, hasta que se hizo tarde, cerca de la lavandería. —Puso cara de mal humor—. Me vio aquella chica —dijo.

—¿Qué chica?

—La de la tienda de Grover.

—La vio usted a las siete cuando compró el diario de la tarde —dijo Wexford, intentando no perder la paciencia—. Lo que usted hiciese a las siete no tiene importancia.

Un rubor embarazoso subió al rostro de Kirkpatrick.

—La vi de nuevo —dijo—. En Stowerton.

—No lo mencionó usted antes. —Esta vez su paciencia estaba llegando al límite y pronunció cada una de las palabras con irritación.

—Estoy harto de que me hagan parecer tonto —dijo Kirkpatrick con resentimiento—. Harto. Si salgo de esto voy a dejar mi trabajo. Quizás alguien tiene que vender jabón y polvos y barras de labios, pero no yo. Prefiero no tener trabajo. —Y apretando los puños dijo —: Si salgo de esto.

—La chica —dijo Wexford—. ¿Dónde vio usted a la chica?

—Yo estaba calle abajo, en la parte posterior de la lavandería. Ella iba en un coche y se paró en el semáforo. Yo estaba de pie al lado de mi coche. No me pregunte qué hora era. No lo sé. —Inspiró profundamente—. Me miró y se rió. Pero no se acordará. Para ella sólo era una broma, un cliente que la había hecho salir tarde. Me vio al lado de esa cosa y aprovechó para reírse. ¡Lipdew! Seguro que piensa en mí y se ríe cada vez que se lava el...

La cara de Drayton se había puesto blanca y dio un paso adelante, cerrando los puños. Wexford interrumpió rápidamente para evitar la última palabra, la palabra que podía haber sido inocente u obscena.

—En tal caso —dijo—, ella se acordará, ¿no es así?

EL SOL ES UN GRAN CURATIVO, especialmente cuando es el primer sol de primavera. Paradójicamente, enfrió la cólera de Drayton. Al cruzar la calle, ya era de nuevo dueño de sí mismo y podía pensar con calma e incluso irónicamente en Kirkpatrick. Aquel hombre era un patán, un poca cosa con un trabajo de maricones, señalado y ridiculizado por las mujeres. Tenía un coche rosa y malva y vendía cosméticos por las casas. Algún día, un plutócrata del perfume le haría disfrazarse de arlequín con una borla en la cabeza, para ir llamando a las puertas regalando jabón a cualquier ama de casa que pudiera entregarle un cupón y cantar un slogan. Era una marioneta y un esclavo.

La tienda estaba vacía. La hora de comer debía de ser un momento de calma. La campanilla sonó mucho porque cerró despacio la puerta. La luz del sol hacía que la tienda pareciese más asfixiante que nunca. En sus rayos colgaban y bailaban motas de polvo. Permaneció escuchando el horrible estruendo que su llamada había provocado arriba, ruido de pies que corrían, el estruendo de una tapa de cacerola al caer, y una voz grave y seca que gritaba:

—Baja a la tienda, Lin, por el amor de Dios.

Entró corriendo, con un paño de cocina en la mano. Cuando le vio puso cara de preocupación y parecía de mal humor.

—Llegas pronto —le dijo—. Con horas de antelación.

Luego sonrió y había algo en sus ojos que él no estaba seguro de que le gustase, una mirada de conquista y de complacencia. Supuso que ella creía que él estaba impaciente por estar juntos. Su cita era para la noche y había ido a la una y media. Eso era lo que siempre querían, debilitarte, malearte con sus largas y delicadas manos. Luego te daban una patada. Mira a Kirkpatrick.

—No puedo salir —dijo—. Tengo que atender la tienda.

—Puedes venir adonde voy a llevarte —dijo Drayton ásperamente. Olvidó su ira por las palabras de Kirkpatrick, la pasión de la noche anterior, la ternura que había comenzado. ¿Qué era ella, después de todo? Una dependienta, ¡y de qué tienda! Una tendera asustada de su padre, una fregona con un paño de cocina —. A la comisaría de policía —le dijo.

Puso unos ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo, o qué?

Él había oído historias sobre Grover, sobre las cosas que vendía por encima del mostrador, y por debajo.

—No tiene nada que ver con tu padre —le dijo.

—¿Y para qué me quieren? ¿Es por el anuncio?

—En cierto modo —dijo—. Mira, no es nada, sólo pura rutina.

—Mark —le dijo—, Mark, intentabas asustarme.

El sol le daba en todo el cuerpo, como un río de oro. Sólo es algo físico, pensó, sólo un deseo, un deseo más fuerte que lo normal. Repite lo de ayer noche lo bastante a menudo y se te pasará. Ella fue hacia él, sonriendo, algo nerviosa.

—Ya sé que no era tu intención, pero no tienes que asustarme.

La sonrisa le molestó. Se quedó completamente quieto, con el sol entre ellos, como una espada. La deseaba tanto que le exigió emplear todas sus fuerzas para volverse y decir:

—Vamos. Dile a tus padres que no vas a tardar mucho.

Se fue durante dos minutos, dejando tras ella un perfume fresco y dulce para anular el olor de las cosas viejas y gastadas. Dio una vuelta por la tienda intentando encontrar cosas que mirar que no fuesen baratas, ni chabacanas, ni sórdidas. Cuando ella volvió se

dio cuenta de que ni se había cambiado de ropa ni se había maquillado. Esto le complació y le irritó a la vez. Parecía implicar una arrogancia, una indiferencia desconsiderada hacia la opinión de la otra gente, igual a la suya propia. Él no quería tener cosas en común. Bastaba con que se desearan el uno al otro y encontrasen satisfacción mutua en el plano que él sobreentendía.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó, y cuando lo hubo dicho se dio cuenta de que era un tópico tonto.

Ella se rió.

—¿Querías realmente preguntar eso o estabas bromeando?

—Era lo que quería decir. —¡Maldita sea, le leía el pensamiento!

—Está bien —le contestó—. No, no lo está. Dice que tiene un dolor muy agudo. No se puede decir, con lo que tiene. No es como si hubiera algo que enseñar.

—Me parece que es un negrero —le dijo él.

—Todos son negreros. Mejor que sea tu propio padre que cualquier otro hombre.

En la puerta se detuvo tomando el sol, estirando todo el cuerpo como un largo y dorado animal.

—Cuando me interroguen —le preguntó—, ¿tú estarás allí, verdad?

—Sí, estaré allí.

Cerró la puerta tras ellos.

—No hagas eso —le dijo— o querré hacer lo que hice anoche.

—Podría uno desearlo como un loco, pensó, y reírse encima. Uno podría con esta chica. ¡Dios mío!, pensó, ¡Dios mío!

Entre aquellos dos, pensó Wexford, había algo. Sin duda Drayton había hablado con ella por el camino. Sólo eso podría explicar la mirada que le había lanzado antes de sentarse, una mirada que parecía estar pidiendo permiso. Bueno, siempre había creído que Drayton era enamorado y esta chica era bastante bonita. La conocía desde que era una niña, pero le parecía que nunca antes se

había dado cuenta de la exquisita forma de su cabeza, la particular gracia virginal con la que se movía.

—Ahora, señorita Grover —le dijo—, sólo quiero que conteste usted a unas cuantas preguntas de rutina.

Ella le sonrió débilmente. No tendría que permitírseles tener ese aspecto, pensó con ironía, tan recatadas, tan perfectas y tan intactas.

—Creo que usted conoce a un tal señor Kirkpatrick. Es un cliente suyo.

—¿Sí?

Drayton estaba sentado detrás de su silla y ella levantó la vista hacia él, quizás para tranquilizarse. Wexford estaba ligeramente irritado. ¿Quién se creía Drayton que era? ¿Su abogado?

—Si no reconoce usted su nombre, quizás conozca su coche. Probablemente lo ha visto fuera ahora.

—¿Un coche muy divertido con flores? —Wexford asintió—. Oh, sí que lo conozco.

—Muy bien. Ahora quiero que piense usted en el pasado martes por la noche. ¿Fue usted a Stowerton aquella tarde?

—Sí —contestó rápidamente—. Siempre voy los martes. Llevo la ropa a la lavandería en el coche de papá. —Hizo una pausa y puso cara de abatimiento—. Papá está enfermo y mamá va a una partida de whist casi todas las noches.

¿Por qué quiere explotar mi lástima?, pensó Wexford. Un indicio de tiranía parecía estar afectando a Drayton. Su oscuro rostro parecía enojado y su boca se había puesto tirante.

—Está bien, Drayton —le dijo en tono amistoso—, ya no le necesitaré.

Cuando estuvieron solos ella dijo antes de que él tuviese tiempo de preguntarle:

—¿Me vio el señor como se llame? Yo le vi.

—¿Está usted segura?

—Ya lo creo. Le conozco. Un poco antes le había vendido un diario de la tarde.

—El coche que usted identificó, señorita Grover, ¿no sería sólo un coche vacío?

Se llevó una mano a la cabeza para alisarse un mechón de cabello suave y brillante.

—Yo no conocía el coche. Tenía otro. —Soltó una risita nerviosa—. Cuando le vi con él y supe que era suyo, me hizo reír. Se tiene en tan alta consideración... y luego con ese coche...

Wexford la miró. Estaba lejos de encontrarse cómoda. Dependía tanto de su respuesta a la siguiente pregunta, a la pregunta importante. La suerte de Kirkpatrick dependía de ella. Si él hubiese mentido...

—¿Qué hora era? —le preguntó.

—Tarde —dijo con firmeza. Sus labios eran dos pétalos de flor de almendro, sus dientes eran perfectos. Era una pena que los enseñase con tan poca frecuencia—. Había ido a la lavandería y volvía a casa. Debían ser pasadas las nueve y cuarto. —Él suspiró para sí. Quienquiera que hubiese estado en casa de Ruby con toda seguridad había estado allí a las nueve y cuarto—. Me paré en el semáforo —dijo virtuosamente. Dios, pensó, es como una niña, no hace distinciones entre mí y un agente de tráfico. ¿Esperaba que él la felicitara?—. Él había aparcado el coche cerca del garaje...

—¿Del de Cawthorne?

Asintió con fuerza.

—Le vi en el coche. Sé que era él.

—¿Está usted segura de la hora?

Se había dado cuenta de que no llevaba reloj en la fina muñeca.

—Acababa de salir de la lavandería y había visto el reloj.

No podía hacer nada más. Quizás era todo verdad. No tenían ningún cadáver ni ninguna prueba real contra Kirkpatrick después de esto. Un impulso paternal le llevó a sonreírle y a decirle:

—Muy bien, señorita Grover, ya se puede ir. El señor Kirkpatrick debería estarle agradecido.

Por un momento creyó que había dado en el blanco, luego no estuvo seguro. La mirada de sus grandes ojos grises era difícil de

interpretar. Creyó que podría ser de felicidad por el alivio de que se hubiera terminado el interrogatorio. Su partida pareció privar a la oficina de algo de su luminosidad, aunque el sol aún brillaba. Su fragancia permanecía, un perfume que era demasiado añejo para su inocencia.

—Esa chica ha sido sobornada —dijo Burden coléricamente.

—Pudiera ser que tuviera usted razón.

—Nunca debimos haber dejado salir a Kirkpatrick ayer por la tarde.

Wexford suspiró.

—¿Y qué teníamos para retenerle, Mike? Estoy de acuerdo en que probablemente ideó esta coartada entre ayer por la tarde y esta mañana. Casi me atrevo a decir que se fue directo a Grover cuando se marchó de aquí. Esa chica no estaba tranquila.

—Muéstreme un Grover que no hiciera cualquier cosa por dinero —dijo Burden—. A tal padre, tal hija.

—Pobre criatura. No es una gran vida para ella, ¿verdad? Encerrada todo el día en aquel agujero inmundo y acarreando la colada por las noches porque su madre está jugando al whist.

Burden le miró con inquietud. La expresión del rostro de su jefe era tolerante, casi tierna, y le desconcertaba. Si hubiese sabido que Wexford era un esposo casi tan amoroso como él, hubiese creído... pero no, había límites.

—Si él estaba delante de Cawthorne, señor —dijo—, y si estaba allí a las nueve y media, está libre de sospecha y estamos perdiendo el tiempo con él. Pero si la chica miente y lo hizo él, pudo haberse desembarazado del cuerpo de Anita prácticamente en cualquier sitio desde aquí hasta la frontera escocesa. Podría estar tirada en una cuneta en cualquier lugar que se le ocurra en media docena de condados.

—Y donde esté el cuerpo estará también el arma.

—O pudo haber vuelto a un sitio que conociese y haberse deshecho de ella en la parte más espesa de esos pinares de Cheriton Forest.

—Pero hasta que sepamos algo más, Mike, buscar ese cuerpo es imposible, representa una total pérdida de tiempo.

—No me importaría preguntarle a Kirkpatrick sobre eso —dijo Burden con ferocidad repentina—. Preguntarle en presencia de su mujer.

—No. De momento vamos a dejarle descansar. La pregunta crucial es, ¿sobornó a esa chica? —Wexford sonrió intencionadamente—. Espero que se sienta inclinada a confiar en Drayton.

—¿En Drayton?

—Es atractivo para el sexo opuesto, ¿no cree? Esa mirada triste y resentida las seduce siempre.

Los ojillos centelleantes de Wexford lanzaron una mirada cruel.

—A menos que le guste a usted ese papel. Perdone, me olvidaba de que a su mujer no le gustaría. Martin y yo no somos precisamente adecuados para pavonearnos delante de una ninfa saltarina y juguetona...

—Será mejor que hable con él entonces.

—No es necesario. O mucho me equivoco, o es algo que podemos confiar con toda tranquilidad a la madre naturaleza.

EL ENCENDEDOR había estado al sol sobre su mesa y cuando Wexford lo cogió lo notó caliente. Los zarcillos y las hojas del dibujo de la vid brillaban suavemente.

—Griswold ha venido a hablar conmigo —dijo. A la mención del nombre del jefe de policía Burden puso una cara agria—. Según él, no va a permitir que esto se convierta en la investigación de un asesinato. Pruebas no concluyentes y todo eso. Tenemos un par de días más para investigar por ahí y eso es todo.

Burden dijo amargamente:

—¿Así que hemos registrado toda la casa de arriba abajo sólo para tener a Monkey Matthews encerrado por unos cuantos meses más?

—La mancha de la alfombra era fruto de la imaginación de Ruby, Anita Margolis está de vacaciones, la pareja que iba dando tumbos por el camino estaba borracha y Kirkpatrick simplemente tiene miedo de su esposa. —Wexford hizo una pausa, moviendo el encendedor de arriba abajo pensativamente—. Cito a los que mandan —dijo.

—Martin está vigilando la casa de Kirkpatrick —dijo Burden—. Hoy no ha ido a trabajar. Drayton seguramente seguirá rondando a esa chica. ¿Les digo que lo den por terminado, señor?

—¿Y qué otra cosa tienen que hacer? Todo parece tranquilo. En cuanto a las otras preguntas que me gustaría aclarar, Griswold no está interesado y, de todos modos, no veo que podamos encontrar las respuestas en dos días.

En silencio, Burden alcanzó el encendedor con la mano y lo contempló, frunciendo sus estrechos labios. Luego dijo:

—Me pregunto si son las mismas preguntas que yo me hago. ¿Quién le dio el encendedor? ¿Fue vendido aquí? ¿Quién era el borracho que había salido de Cawthorne, el hombre que habló con Kirkpatrick?

Wexford abrió el cajón de su mesa y sacó su ejemplar del *Weekend Telegraph*.

—¿Recuerda usted este trozo? —preguntó—. ¿Lo de que ella rompió el compromiso con Richard Fairfax? Me apuesto algo a que era él. La señora Cawthorne dijo que se fue de la fiesta sobre las once y Cawthorne dijo que dejó una copa de coñac en uno de los postes de gasóleo.

—Muy poético —dijo Burden melancólicamente.

—Pues recuerde ahora lo que dije sobre Goering. —Wexford sonrió ante el desconcierto del inspector—. Según Kirkpatrick, estaba recitando versos de Omar Jayyám. A mí también me gustaba mucho el Jayyám de antes. Me pregunto qué recitaría.

«A menudo me pregunto qué compran los vinateros.

¿Algo la mitad de precioso que las mercancías que venden?».

—O quizás se dispersó y asesinó con su espada encantada.

Burden se tomó en serio esto último.

—No puede haber hecho eso —dijo—. Llegó a casa de Cawthorne a las ocho y no se fue hasta las once.

—Lo sé. Estaba bromeando. De todos modos, Griswold dice que no descubramos a nuevos sospechosos sin un indicio seguro. Esa es la directriz que me han dado y tengo que atenerme a ella.

—No obstante, no creo que pudiera haber ninguna objeción a que fuese a preguntar a algunos joyeros, ¿o sí? Tendríamos una pista segura si alguien recordara habérselo vendido a Kirkpatrick o al mismo Margolis...

Burden se metió el encendedor en el bolsillo. La cara de Wexford tenía una mirada distraída, preocupada, pero no desalentadora, así que dijo de pronto:

—Hoy cierran temprano. Más vale que salga pitando antes de que cierren las tiendas.

Una vez solo, el inspector jefe se sentó buscando en su mente un pareado que fuese particularmente significativo. Cuando lo encontró, se rió entre dientes.

«¿Qué antorcha tiene el destino para guiar
a sus pequeños tropezando en la oscuridad?».

Tenía que haber una respuesta. Por fin le había venido a la cabeza, pero no inspiraba.

—Una comprensión ciega, respondió el cielo —dijo en voz alta a la escultura de cristal. Algo así era lo que ellos necesitaban, pensó.

Kirkpatrick estaba apoyado sobre el capó de su coche, que había aparcado en la parte delantera del Olive and Dove, vigilando la entrada de la tienda de Grover. Desde la hora del desayuno el sargento detective Martin había estado observando su casa y su llamativo coche. La señora Kirkpatrick había ido a comprar con los niños y justo cuando Martin, desde su lugar estratégico bajo el perímetro de los árboles de Cheriton Forest, iba a abandonar toda esperanza, había salido él vendedor y se había dirigido hacia Kingsmarkham. Seguirle había sido fácil. El coche era una presa a la que ni siquiera el cruzar de un autobús, o semáforos hostiles que se ponían rojos en el momento inadecuado, podían proteger durante mucho rato.

Era una mañana cálida, el aire era suave y tenía una ligera fragancia a promesa de verano. Había una débil neblina sobre Kingsmarkham, que el sol teñía de oro. Alguien salió de la floristería para poner una caja de tiesos tulipanes color púrpura en el puesto de afuera.

Kirkpatrick había comenzado a limpiar los cristales de unas gafas de sol en la solapa de su chaqueta deportiva. Después fue paseando hasta el borde de la acera. Martin cruzó la calle antes que él, mezclándose con los compradores. En lugar de dirigirse directamente a la papelería, Kirkpatrick vaciló delante de la floristería, mirando unas violetas húmedas y aterciopeladas, jacintos en tiestos, narcisos, que ahora eran baratos porque abundaban. Sus ojos miraron hacia la pared del callejón a la que no llegaba nunca el sol, pero volvió de prisa la cabeza y giró rápidamente por York Street. Martin tardó quizás unos quince segundos en decidirse. Sólo estaba a un paso de Grover. La campanilla sonó cuando abrió la puerta.

—Dígame —dijo Linda Grover entrando por la puerta de atrás.

Parpadeando para acostumbrarse a la oscuridad, Martin dijo distraídamente:

—Sólo estoy mirando.

La conocía de oídas, pero estaba seguro de que ella no le conocía.

—Quiero una postal de felicitación —dijo.

Se encogió de hombros con indiferencia y cogió una revista. Martin deambulaba por las profundidades de la tienda, y cada vez que sonaba la campanilla levantaba la vista del puesto de las postales. Entró un hombre a comprar cigarros, y una mujer con un pekinés que iba olfateando las cajas del suelo. Su propietaria pasó por el puesto de las postales para hojear los gastados libros de la biblioteca de préstamo de Grover. Martin bendijo su llegada. Una persona dando vueltas por las sombras era sospechosa, dos pasaban inadvertidas. Esperó que le tomase un buen rato escoger el libro. El perro metió la cabeza por debajo de la pernera de su pantalón y tocó la carne desnuda con su húmedo hocico.

Eran los únicos clientes hasta que, al cabo de cinco minutos, Alan Kirkpatrick entró en la tienda con un paquete envuelto en papel dorado y rojo bajo el brazo.

Rojo y dorado eran los colores del comercio de Joy Jewels. Una alfombra escarlata cubría el suelo, torsos de *papier maché* dorado se erguían sobre plintos rojos y cada una de las figuras tenía tantos brazos como algunas diosas orientales. Sus dedos largos y delgados estaban cargados de brillantes collares de piedras de imitación. Esquisto y cuarzo y otras piedras preciosas que quizás no eran más que cristal diestramente cortado que atraían y refractaban la parpadeante luz solar. Sobre el mostrador había un rollo de papel para envolver, de un rojo brillante estampado con hojas doradas. El dependiente estaba guardando las tijeras cuando entró Burden y le puso delante el encendedor.

—No vendemos encendedores. De todos modos, dudo que alguien de por aquí tenga algo así.

Burden asintió. Ya había recibido la misma respuesta en otras cuatro joyerías.

—Es una obra de arte —dijo el dependiente, y sonrió como sonríe la gente cuando le enseñan algo hermoso y poco común—. Hace unos ocho o nueve años, podría haber salido de esta misma casa.

Ocho o nueve años antes Anita Margolis era poco más que una niña.

—¿Cómo salido? —preguntó Burden sin demasiado interés.

—Antes de que ocupásemos el sitio de Scatcherd. Se decía que eran los mejores joyeros entre Londres y Brighton. El viejo señor Scatcherd aún vive arriba. Si quiere usted hablar con él...

—Me temo que hace demasiado tiempo —le cortó Burden—. Sería una pérdida de tiempo para ambos.

Demasiado tiempo. Era el mes de abril y en Navidades Anita Margolis encendía los cigarrillos con cerillas.

Subió por York Street andando bajo los plátanos. El sol brumoso proyectaba sus rayos sobre las cortezas con manchas grises y amarillas y las diminutas hojas nuevas formaban con su sombra dibujos sobre la acera. La primera cosa que vio cuando llegó a High Street fue el coche de Kirkpatrick frente al Olive and Dove. Si Martin le había perdido... Pero no. Ahí estaba el Ford del sargento pisando el final de la raya amarilla. Burden se detuvo sobre el puente de Kingsbrook, haciendo tiempo mientras miraba los cisnes, un macho y una hembra, unidos el uno al otro y a su río. El agua oscura saltaba suavemente sobre piedras redondas y jaspeadas. Burden esperaba.

La chica puso cara de mal humor cuando vio a Kirkpatrick. Le miró de arriba abajo y cerró la revista señalando infantilmente el punto poniendo un dedo entre las páginas.

—Dígame.

—Pasaba por aquí —dijo Kirkpatrick sintiéndose violento—, y pensé entrar para darle las gracias.

Martin escogió una postal de cumpleaños. Puso una expresión extravagante, ligeramente sentimental, para que la mujer del pekinés pensara que estaba admirando el verso.

—Esto es para usted, como muestra de mi gratitud.

Kirkpatrick deslizó el paquete entre los periódicos y la bandeja de los bombones.

—No quiero sus regalos —dijo la chica fríamente—. No hice nada. Yo realmente le vi.

Sus grandes ojos grises tenían una expresión asustada.

Kirkpatrick se inclinó hacia ella, con sus morenos rizos casi tocando la rubia cabeza.

—Sí, claro —dijo insinuantemente—, me vio usted, pero el caso es que...

Ella le interrumpió con sequedad:

—Se terminó, ya está hecho. No volverán a molestarme más.

—¿Ni siquiera quiere usted mirar dentro de la caja?

Ella lo rechazó, e inclinó la cabeza como si fuera una flor de primavera en un tallo delicado. Kirkpatrick le quitó el papel rojo y dorado, el papel de seda, y de una caja rellena de algodón rosa sacó un collar de cuentas brillantes. Eran piedrecitas de facetas metálicas con los colores del arco iris. Diamantes de imitación, pensó Martin.

—Désele a su esposa —dijo la chica. Se buscó por el cuello del suéter hasta que algo plateado salió por entre sus dedos delgados—. No lo quiero. Tengo joyas auténticas.

La boca de Kirkpatrick se crispó. Se metió de cualquier manera el collar en un bolsillo y la masa de papel arrugado en el otro. Cuando se fue, cerrando la puerta de golpe tras él, Martin se dirigió a la chica, con la postal de cumpleaños en la mano.

Ella leyó lo que ponía.

—¿«Mi querida abuelita»? —dijo con sorna y él imaginó que se estaba fijando en las canas que tenía en el pelo—. ¿Está usted seguro de que es ésta la que quiere?

Él asintió con la cabeza y pagó los nueve peniques. Ella le siguió con la mirada y cuando él se volvió ella estaba medio sonriéndose. En el puente se encontró con Burden.

—¿Y esto qué es? —preguntó el inspector mirando la postal con el mismo aire de burla. Drayton, pensó de mala gana, habría sido más sutil. Fijó la mirada en el lecho del río y en el arco de piedra que se reflejaba de color marrón y ámbar, mientras Martin le explicaba lo que había oído.

—Le ofreció un collar —dijo Martin—. Una cosa muy llamativa envuelta en un papel rojo y dorado.

—Me pregunto —dijo Burden pensativamente—, me pregunto si siempre compra en Joy Jewels, si compró allí un encendedor hace muchos años cuando era de Scatterd...

—¿Y lo hizo grabar recientemente para esa chica?

—Podría ser.

Burden miró a Kirkpatrick sentado al volante de su coche. En aquel momento salió y entró en el bar Olive and Dove.

—Ahí va su hombre —le dijo a Martin—, a ahogar sus penas. Nunca se sabe, cuando haya cobrado el ánimo suficiente quizás vaya a ofrecerle sus baratijas al inspector jefe. Con toda seguridad no se las va a dar a su mujer.

La niebla había empezado a levantarse y se estaba realmente caliente al sol. Burden se quitó la gabardina y se la colgó del brazo. Haría un último intento para averiguar de dónde procedía el encendedor, haría una última pesquisa, y si no daba resultado, lo dejaría correr e iría a buscar a Wexford para comer en el Carousel. Pero ¿valía la pena?, ¿existía la más remota posibilidad? Podría tomarse primero una taza de té y luego ya estarían sirviendo comidas en el Carousel. Se le ocurrió que había un sitio pequeño, a no más de cien metros del puente, un café pequeño en el que servían un té bien fuerte y pastas a todas horas. Cortó por el camino entre las casas y salió a Kingsbrook Road. Estaba justo al doblar la esquina, en la planta baja de una de las casas georgianas.

Era extraño lo espesa que parecía la niebla a este lado de la ciudad, también en lo alto, y de un intenso amarillo ocre. Pasó por delante de las enormes casas y se detuvo en la cresta del montecillo.

A través de las nubes, que ahora veía que no eran de niebla, sino de polvo de yeso, vio el cartel de un contratista: Derribos Doherty. ¡Lo que se levanta debe derribarse! Detrás, donde había estado el bloque que había alojado el café, había un montón de escombros procedentes de las paredes, techos, suelos y fachada. Entre los restos de lo que había sido una elegante obra de sillería, había una cabaña de madera en cuyo umbral estaban sentados tres obreros comiendo bocadillos.

Burden se encogió de hombros y se fue. La vieja ciudad iba desapareciendo, gradual y cruelmente. La belleza y la gracia no eran prácticas. Tiraban los edificios antiguos y levantaban otros nuevos, espléndidos, como la comisaría de policía. Los edificios

nuevos necesitaban desagües nuevos y nuevas instalaciones eléctricas, y levantar las calles mataba a los árboles viejos. Tiendas nuevas reemplazaban a las viejas, piedras falsas y diosas doradas a los mejores joyeros entre Londres y Brighton... Aquello le hizo recordar. No servía de nada perder el tiempo lamentando el pasado. Si no podía tomar té, no iba a retrasar su almuerzo. Pero antes haría una pesquisa más.

El señor Scatcherd le recordó a Burden a un loro viejo y simpático. La nariz, grande y en forma de pico, daba sobre una boca cordial, y la impresión pajaril era rematada por un chubasquero amarillo brillante y unos pantalones holgados y peludos que evocaban el plumaje. Las habitaciones de encima de la tienda podían haber sido una percha o un nido de águilas, de tan bien ventiladas y altas, y las ventanas daban sobre las copas de los árboles que susurraban y verdeaban.

Le hicieron pasar a un salón que aparentemente no había cambiado desde que lo amueblaran allá por los años ochenta. Pero en lugar de los apagados marrones y rojos que se asocian con el siglo XIX, aquí la felpa y el terciopelo eran de color verde loro, castaño rojizo brillante y azul. Una araña que colgaba del techo lanzaba destellos al resplandor del sol, como si fuera un puñado de diamantes esparcidos y suspendidos en el espacio. Gruesos cojines con borlas doradas tenían piezas de seda jaspeada de un verde brillante. Allí sí que había piezas, pensó Burden mientras se sentaba en una silla de brocado con brazos, por las que Cawthorne daría sus azules ojos para poseerlas.

—Normalmente me tomo una copa de madeira y unas pastas sobre esta hora —dijo el señor Scatcherd—. ¿Querría usted hacerme el honor de unírseme?

—Es muy amable por su parte —dijo Burden. Lo primero no lo había probado nunca, y todavía lamentaba los estragos que le

habían privado a él de su té y a la ciudad de su gloria—. Me gustaría.

Una sonrisa dulce le dijo que había hecho bien en aceptar.

—Justo del tono de un granate —dijo el viejo joyero cuando trajo el vino en una bandeja de laca japonesa—. No de un rubí.

En su voz, bastante aflautada, había un tono severo, de resuelta didáctica.

—Un rubí es totalmente distinto. ¿Qué ha traído usted para que yo lo vea?

—Esto.

La mano que lo cogió era grisácea y parecida a una garra, con las uñas largas, pero escrupulosamente limpias.

—¿Podría ser de por aquí?, ¿o sólo se pueden conseguir cosas así en Londres?

El señor Scatcherd no le estaba escuchando. Había llevado el encendedor cerca de la ventana y movía la cabeza mientras pegaba su anciano ojo a una lente de bolsillo.

—«*Les grappes de ma vigne*» —dijo por fin. Burden se enderezó con ansiedad—. Ése es el nombre del grabado. Las uvas de mi vid. De Baudelaire, claro. Quizás no conoce usted el poema. Es muy apropiado como regalo de un amante. —Sonrió con placer, dándole la vuelta al encendedor—. Y era el regalo de un amante —dijo mientras leía la inscripción—. Un bonito recuerdo para una señora.

Burden no tenía ni idea de lo que quería decirle.

—¿Lo conoce? —le preguntó—. ¿Lo había visto usted antes?

—Hace varios años.

La araña emitió unos destellos en forma de prisma de color, rosa, violeta y verde sobre las paredes.

—Siete, ocho años... —El señor Scatcherd se quitó la lente y sonrió con satisfacción. Las luces del arco iris parpadeaban sobre su cabeza calva—. Conozco el grabado —dijo— y me acuerdo muy bien de la inscripción.

—¡Pero ese grabado ha sido hecho recientemente!

—Oh, no. Antes de que yo me retirase. Antes de que lo cogiese Joy Jewels.

Una sonrisa de menosprecio burlón apareció en su boca e hizo que sus ojos brillasen al pronunciar el nombre.

—Mi querido inspector —dijo—. Yo tengo que saberlo, porque yo lo vendí.

—¿A QUIÉN SE LO VENDIÓ? ¿A Kirkpatrick?

Burden colgó su gabardina en la percha de la oficina y decidió prescindir de ella durante el resto del día. Echó un vistazo a los informes del laboratorio que Wexford estaba examinando y dijo:

—No lo entiendo. El viejo Scatcherd no ha vendido nada desde hace más de siete años y entonces Anita no estaba aquí, y probablemente ni siquiera conocía que existía un lugar llamado Kingsmarkham. Kirkpatrick tampoco estaba aquí. Esas casas donde él vive hace sólo un año que están hechas. Además, Scatcherd tiene una fantástica memoria para un hombre de su edad y nunca ha tenido ningún cliente llamado Kirkpatrick.

—Bueno Mike —dijo Wexford lanzando una mirada de repulsión a sus informes—, ¿vamos a poder saber quién compró ese condenado encendedor?

—Scatcherd lo está buscando en sus libros. Dice que le llevará un par de horas. Pero, sabe usted, estoy empezando a pensar que Anita lo encontró, lo cogió en la calle y se lo guardó porque la inscripción era apropiada.

—¡Encontrarlo! —vociferó Wexford—. ¿Quiere usted decir que alguien lo perdió y Anita lo encontró y luego ella lo volvió a perder en casa de Ruby? No sea tan estúpido. No es una llave ni un paraguas. Es un objeto valioso y creo que es la clave de todo esto. Si lo

perdieron, ¿por qué no nos denunciaron la pérdida? No, vuelva usted con el viejo Scatcherd y ayúdele con sus ojos jóvenes. —A Burden pareció gustarle que se lo ordenase, tal como Wexford había supuesto—. Nunca se sabe lo que se puede descubrir —dijo—. Cawthorne puede haberlo comprado para ella o el mismo Margolis, o en cualquier caso alguien que tiene un coche verde. En todo esto debemos recordar que a pesar de su extraño comportamiento, Kirkpatrick, no tiene ni ha tenido nunca un coche verde.

Cuando Burden se hubo marchado volvió a leer cuidadosamente los informes del laboratorio. En todos sus años de experiencia, jamás se había encontrado con algo tan negativo. La evidencia que proporcionaba la alfombra hubiese sido satisfactoria sólo para los fabricantes de los detergentes favoritos de Ruby. Las huellas dactilares del coche de Anita Margolis correspondían a las halladas en su habitación. Eran suyas y sólo suyas. El abrigo de ocelote todavía daba menos información. Un analista había sugerido que el aroma con el que estaba perfumado podía ser el Chant d'Arômes de Guerlain. El mismo Wexford, que entendía de perfumes, se lo podía haber dicho. En un bolsillo había una hoja arrugada de cupones. Probablemente había puesto gasolina en Cawthorne. Wexford suspiró. ¿Quién había devuelto aquel coche a la una de la mañana y dónde había estado toda la noche? ¿Por qué su asesino, Kirkpatrick u otro, había dado el nombre de Geoff Smith cuando hubiese sido mucho más natural y lo que se esperaba de él, que permaneciese en el anonimato?

Un montón de gruesos libros, algunos de ellos antiguos y con bordes de tafilete verde oscuro, estaban apilados a los pies del señor Scatcherd. Burden pasó por encima y se sentó en la silla de brocado.

—He acabado de mirar del todo los tres últimos —dijo el señor Scatcherd no mostrando ningún indicio de que se le acabase la paciencia—. Eso nos lleva directamente a 1958.

Se había colocado un par de gafas de montura dorada sobre su nariz de loro y miraba por encima de ellas, sonriendo agradablemente.

Burden se encogió de hombros. No lo entendía. Nueve años antes Anita Margolis tenía catorce. ¿Regalaban los hombres valiosos encendedores de oro, o cualquier tipo de encendedor, a niñas de catorce años? En su mundo no. Fuera como fuese, ahí era donde se encontraba, sumido en una confusión casi de pesadilla. El encendedor había sido vendido en Kingsmarkham y en Kingsmarkham había vivido el receptor y había encontrado la muerte. Parecía sencillo a simple vista, a no ser por las edades y las fechas y por un sinnúmero de hechos confusos...

—Creí que era nuevo —dijo.

—Oh, no. Yo conocí al artista que lo hizo. Ahora está muerto, pero en su tiempo fue un excelente orfebre. Se llamaba Benjamin Marks, pero cuando le llamaba Ben era en otro maestro en el que pensaba. Quizás se imagina usted a quién me refiero. —Burden le miró sin expresión—. Cellini, inspector —dijo el señor Scatcherd casi con reverencia—. El gran Benvenuto. Mi Ben también era un naturalista a su manera. Siempre buscaba su inspiración en la naturaleza. Recuerdo una rosa clásica, diseñada para una polvera de señora. Se podían ver los sépalos en los cálices de cada florecita. Él hizo esto y la inscripción. Lo hizo a petición de un caballero...

—¿Pero a petición de quién, señor Scatcherd? Hasta que no lo sepa no podré ir más allá.

—Lo encontraremos. Ayuda a mi memoria el hablar de ello. —El señor Scatcherd volvía las hojas gruesas de filigrana, pasando una uña larga por los márgenes—. Ahora estamos llegando al final de 1958. ¿Sabe usted?, cada vez que llego al final de un libro me parece que me estoy acercando. Tengo un vago recuerdo de las Navidades y me parece recordar que vendí al —mismo tiempo un precioso anillo.

La última página. Burden podía ver una fecha de diciembre escrita en su parte superior. Tenía la salvaje sensación de que si la venta no constaba en este libro o en el siguiente, el señor Scatcherd seguiría buscando, durante horas, o quizás días, hasta que llegase a la primera anotación hecha por su padre en 1886.

El joyero le miró sonriente, pero lo había estado haciendo continuamente y Burden no encontraba ningún signo especial de placer en su rostro arrugado.

—Ah, sí, aquí está —murmuró—. El anillo que le mencioné. Un aro de diamantes y zafiros para el señor Rogers de Pomfret Hall. Para su esposa, sin duda, o para su pobre hija. Estaba loca, si recuerdo bien.

Asintiendo sensatamente, continuó buscando.

—No fue el mismo día, estoy seguro. Quizás al día siguiente... Ahora, inspector, estamos llegando a alguna parte.

Una oleada de esperanza le invadió de nuevo; Burden se levantó para cogerle el libro, pero el señor Scatcherd lo agarraba fuertemente.

—Aquí está —dijo otra vez, pero esta vez con un tono de tranquilo triunfo—. Pedido de un encendedor de oro: «*Les grappes de ma vigne*», Benjamín Marks; inscripción: «Para Ann que ilumina mi vida». Me temo que no le será de mucha ayuda. Un nombre tan corriente. Pero hay una dirección.

Burden estaba insoportablemente intrigado.

—¿Qué nombre? —preguntó nervioso.

—Smith. Se vendió el 15 de diciembre de 1958 a un tal señor Geoffrey Smith.

No cabía duda de que Drayton se estaba tomando en serio su deber, pensó Wexford cuando entró en el café Carousel para comer. Detrás del lugar donde se dividía la sala se podía ver un chaquetón con capucha sobre el respaldo de una silla y con una de las mangas enganchada en las hojas carnosas de una planta de plástico. La

espalda de Drayton estaba contra la puerta, pero sus hombros expresaban una intensa concentración. Parecía estar en animada, por no decir amorosa, conversación con su compañera, porque sus rostros estaban juntos. A Wexford le proporcionaba una considerable diversión ver a Drayton levantar la mano para coger la blanca barbilla de la chica y contemplar su sonrisa delicada y tentadora. Ellos no le habían visto. Desde luego, pensó, no sería demasiado decir que sólo tenían ojos el uno para el otro. Un poco forzado en la chica, pensó, y se estaba preguntando cuánta más de esta simulada atención sería necesaria cuando Burden le encontró.

—¿Qué va a tomar usted?

—Guisado de cordero —dijo Wexford—. Debe de hacer diez minutos que lo pedí. —Sonrió—. Parece que hayan tenido que salir a matar al cordero.

—Le he encontrado —le explicó Burden, y mientras lo hacía, la expresión del inspector jefe pasó del interés a la más severa incredulidad.

Burden dijo a modo de disculpa.

—Usted mismo lo dijo, señor, hay gente que realmente se llama Smith.

—Aquello fue una broma —gruñó Wexford—. ¿Dónde vive?

—En Sewingbury.

El guisado de cordero llegó y Burden pidió otro para él.

—No entiendo por qué no está en el censo electoral. No puede de ninguna manera ser menor de edad.

—No, a menos que se trate de un niño que le comprase un encendedor a una niña. —Wexford se llevó un tenedor lleno de guisado a la boca e hizo una mueca—. Me gustaría que nuestro laboratorio analizase estas patatas —dijo—. Si no me equivoco han estado empaquetadas desde que las sacaron de la tierra. —Apartó a un extremo de la mesa el bol de ensalada de pimiento verde que el Carousel servía con todo—. Smith podría ser un extranjero que se hubiera cambiado el nombre, pero que no llegara a naturalizarse.

Burden reflexionaba, pero le daba la impresión de que sería capaz de pensar mejor con el estómago lleno. Las patatas podrían no ser muy buenas, pero se veían doradas y crujientes y el sabroso olor le abría el apetito.

—Siempre hemos dado por hecho que Smith era un seudónimo —dijo, animándose cuando le pusieron delante el humeante plato—. Ahora de repente parece como si todo fuera a ser una cosa fácil. ¿Qué le parece esto? Smith conocía a Anita desde hace años y la amistad se renovó cuando ella y Margolis vinieron a vivir aquí. Reservó la habitación el sábado y fue casa de Ruby con su coche negro, que vendió al día siguiente, o el lunes, y lo cambió por otro nuevo de color verde. Pero cuando le dio el nombre a Ruby no tenía ni idea de que tendría algo que ocultar. Atacar a Anita era la última cosa que pudiera planear. —Cuando Wexford asintió, siguió con más confianza—. Ella anuló su cita con Kirkpatrick, no por el coche, sino porque estaba harta de él y porque se había comprometido con Smith. Se encontró con Smith en alguna parte, aparcó su propio coche y fue hasta Stowerton con él en su coche. Se pelearon en la habitación de Ruby, muy probablemente por Kirkpatrick, y él la atacó con una navaja o una cuchilla. Consiguió sacarla de la casa y meterla en el coche, pero ella murió y él arrojó su cuerpo o lo escondió en su casa en Sewingbury. Después, cuando ya no había gente por la calle, recogió el coche de ella y lo devolvió a Pump Lane.

—¿Quién sabe? —Wexford apartó su plato vacío—. Encaja. Kirkpatrick aparece en todo esto sólo como un rival y todas sus preocupaciones están realmente ocasionadas por el miedo a la venganza de su esposa.

Fue en aquel momento cuando Burden, al ir a buscar la pimienta, vio a Drayton.

—Así que podemos cortar de raíz ese pequeño amorío —dijo.

—Antes de que se entusiasme demasiado, ¿verdad? —Wexford se levantó—. Sí, de momento aceptaremos la historia de Kirkpatrick. No creo que Griswold considere a Smith como un nuevo

sospechoso, ¿no le parece? —Drayton parecía absorto, casi extasiado—. No quiero que mis jóvenes estén liados amorosamente con ningún Grover, a menos que sea por asunto de trabajo.

Se dirigió hacia la caja para pagar la cuenta y se arrodilló para atarse el cordón del zapato. Por debajo del mantel vio una pierna larga y desnuda apretada contra la rodilla de Drayton. Tonteando, dijo para sí. Cogió el cambio y acercándose a los dos en el rincón, tosió ligeramente. Drayton levantó el rostro y en lugar de encontrar fría eficiencia, Wexford vio un arrobamiento ensoñador.

—¿Qué le parece una visita a Sewingbury, Drayton?

El muchacho se había puesto en pie antes de que acabase de pronunciar las palabras y se puso la máscara una vez más.

—Ahora mismo voy, señor.

—Termine su café.

¡Por Dios que aquella chica era una belleza! De la clase que florecía durante media docena de años y después se marchitaba como la paja antes de cumplir los treinta, de la clase de oro que se convertía en polvo.

El piso de Geoffrey Smith era uno de los cuatro de una reformada mansión al otro lado de Sewingbury, una bonita casa georgiana construida quizás en el mismo tiempo que el convento de Santa Catalina, que estaba en la parte de atrás. Una escalera majestuosa les llevó hasta una galería. La pared frente a ellos había tenido anteriormente varias puertas, pero habían sido tapiadas y ahora sólo quedaban dos, las entradas de los pisos uno y dos. El número dos estaba a la izquierda. Wexford llamó al timbre.

La magnificencia del lugar no encajaba con la teoría de Burden de una navaja o una cuchilla de afeitar. Por otro lado, un cliente del señor Scatcherd podía muy bien vivir aquí. De cualquier modo, Burden no estaba preparado para el grandioso espacio que se mostró ante ellos cuando la puerta se abrió, y por un momento no miró a la mujer que estaba en el umbral, sino al enorme aposento

que se veía detrás de ella, que daba a otro igual de grande y que por fin terminaba en un par de ventanas inmensas. Se parecía más a una galería pictórica, a no ser por las paredes desnudas, que a un piso. La luz entraba por los ventanales formando dos enormes rectángulos idénticos y ella estaba en la zona oscura que los dividía.

En cuanto se encontró con sus ojos Burden supo que la había visto antes. Era la mujer que había intentado vender sus joyas a Knobby Clark.

—¿La señora Smith? —preguntó Wexford.

Burden no esperaba que les recibiese bien, pero su reacción le dejó atónito. En sus ojos había sobresalto y horror. Analizándolo, pensó que era como si hubiese sido torturada durante años y luego, justo cuando había llegado un respiro, alguien la hubiese amenazado con una renovación del tormento.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo pronunciando cada una de las palabras lentamente y por separado.

—Le he preguntado si es usted la señora Smith, la señora de Geoffrey Smith.

Su rostro cansado, que una vez había sido bonito, se endureció.

—Por favor, váyanse —dijo secamente.

Wexford le lanzó una de sus duras e implacables miradas y le enseñó su credencial. Raramente provocaba una respuesta tan gratificante. La mirada dura se desvaneció con un suspiro de alivio. Sonrió con ironía, y luego se rió.

—Será mejor que pasen.

De pronto se había vuelto cordial, la distinguida criatura que Burden había visto en la tienda de Knobby Clark.

—No se me ocurre qué pueden ustedes querer —dijo. Estaba seguro de que no le había reconocido—. Pero evidentemente no corro peligro con ustedes. Quiero decir que, bueno, antes de saber quiénes eran pensé que eran unos tipos muy extraños como para que una mujer sola les dejara entrar en su casa.

Una excusa muy débil para tal exhibición de disgusto y de horror. A pesar del sol, dentro del piso hacía frío. En invierno debía de ser

insoponible. No pudieron ver ni seña de un radiador mientras pasaban por la primera habitación grande y llegaban al lugar en donde estaban los ventanales. La doble puerta de color marfil, con la pintura saltada en las molduras, se cerró tras ellos. El mobiliario era demasiado pequeño y demasiado nuevo, pero no lo suficientemente nuevo como para ser elegante. No se había intentado conseguir armonía entre el mobiliario y un decorado noble. Las elegantes y relucientes ventanas se alzaban y brillaban entre trozos escasos de algodón floreado, como mujeres de mundo venidas a menos.

—Me gustaría ver al señor Smith. ¿Cuándo espera usted que vuelva?

—A mí también me gustaría verle.

En aquel momento su rostro moreno estaba iluminado por una tristeza curiosa, medio divertida. Las gafas se movieron en su nariz chata. Desde que supo quiénes eran todo su miedo había desaparecido y parecía una mujer infinitamente capaz de reírse, y muy particularmente de sí misma.

—Geoffrey se divorció de mí hace cinco años —dijo.

—¿Sabe usted dónde está ahora, señora Smith?

—Señora Smith no, señora Anstey. Noreen Anstey. Me volví a casar. —Le dirigió a Wexford una mirada sabia y experimentada, una mirada con una gran y quizás desagradable experiencia—. ¿Pueden ustedes decirme lo que quieren de él?

—Investigaciones de rutina, señora Anstey.

Era la última mujer en el mundo que pudiera creerse eso, pensó. Sus ojos se llenaron de reproche.

—Debe de ser algo muy leve —dijo, con una amable sonrisa burlona que hacía aparecer arrugas alrededor de sus ojos—. Geoff es una de las personas más honestas que conozco. ¿No creen ustedes que parece honesto?

Wexford estaba ansioso por ver la fotografía, y cuando se la dio, un gran retrato de estudio, casi se la arrancó de las manos. Un rostro moreno y agradable, de pelo negro, con una pipa en la boca.

El inspector jefe era un zorro demasiado viejo para entrar en el juego de dar opiniones con respecto a la honestidad sólo por la apariencia. Todavía la estaba examinando cuando Burden dijo:

—¿Ha visto usted esto antes? —y puso el encendedor en sus manos. Temblaron un poco al cogerlo y dio un suspiro de satisfacción mientras lo acercaba a su cara.

—¡Mi encendedor! —Él siguió mirándola—. ¡Creí que lo había perdido para siempre! —Intentó encenderlo y alzó los hombros con el rostro todavía radiante—. ¿Dónde lo han encontrado? ¡Es maravilloso! ¿Les apetece una taza de té? Permítanme que les prepare un poco de té.

Se sentó en el borde de la silla y a Wexford le recordó a una niña en la mañana de Navidad. La fotografía de Smith estaba en su falda y el encendedor en su mano. Él había calculado que tendría unos treinta y ocho o treinta y nueve años, pero de repente se la veía mucho más joven. Llevaba un anillo de casada en cada mano. Uno estaba grabado con dibujos parecidos al del encendedor que sostenía, el otro parecía más una anilla de cortina de Woolworth.

—Aclaremos esto ahora —dijo Wexford—. ¿Es suyo este encendedor? Dijo usted que se llamaba Noreen.

—Y así es. —Estaba seguro de que podía creerla. Cada una de las palabras tenía el sonido limpio de la sinceridad—. Noreen Ann Anstey. Siempre me llamaban Ann. Al principio mi nombre era Ann Greystock y estaba bien, luego Ann Smith, que es soso, pero no está tan mal, pero ¿llamarse Ann Anstey? Suena fatal, es como tartamudear. Por eso uso mi primer nombre.

—¿Le regaló el encendedor su primer marido? —preguntó Burden.

—Para Navidad. Veamos... debió de ser en 1958. —Dudó un instante y sonrió con tristeza—. Nos llevábamos muy bien en aquellas fechas. Yo iluminaba su vida.

—¿Cómo lo perdió?

—¿Y cómo pierde uno las cosas? Fue en noviembre pasado. Tenía un bolso con un cierre defectuoso. Siempre lo llevaba conmigo aunque ahora no puedo permitirme el fumar.

Wexford dirigió una rápida mirada al mobiliario gastado y escaso y luego sintió haberlo hecho. A ella se le escapaban pocas cosas y ahora se sentía herida.

Con un ligero enojo continuó:

—Un día el encendedor estaba allí y al siguiente ya no estaba. Había perdido una gargantilla de plata la semana anterior. De la misma forma. Algunos no aprendemos nunca.

Acarició el encendedor amorosamente y se encontró con la mirada crítica de Burden.

—Ya sé que es valioso —dijo rápidamente—. Todo lo que Geoff me regalaba era muy valioso. No es rico, pero es la generosidad personificada. Yo era su esposa y nada era lo bastante bueno para mí. He vendido la mayor parte de las demás cosas... —Hizo una pausa y le miró de nuevo y él se dio cuenta de que estaba recordando su encuentro—. He tenido que hacerlo —dijo— soy profesora en el colegio de Santa Catalina, pero no me las arreglo muy bien. No sé por qué me quedé con esto. —Levantó los hombros con un gesto de alguien que lo lamenta, pero que considera el lamento como una pérdida de tiempo—. Quizás porque era tan íntimo... —Su repentina sonrisa fue un arranque filosófico—. Bueno, es bonito haber sido amada y recordarlo cuando ya ha pasado.

Usted no lo perdió, pensó Wexford. No fuerce demasiado mi credulidad. Usted puede haberlo perdido y Anita Margolis puede haberlo perdido, pero no lo perdieron las dos y menos con seis meses de diferencia.

—Señora Anstey —dijo—, como su esposa divorciada, usted debe saber dónde está el señor Smith ahora.

—Nunca me pasó... ¿cómo se llama?... una pensión alimenticia. Para mí era suficiente que nos dejase el piso para vivir. —Se mordió el labio inferior con sus pequeños y blancos dientes—. ¡Ah!, ya sé para qué le quieren. Por alguna cuestión de impuestos porque es

contable. Bueno, si alguien ha estado defraudando impuestos no tiene nada que ver con Geoff.

—¿Dónde podemos encontrarle?

—En el lugar de donde vienen, Kingsmarkham. —Wexford escuchaba con incredulidad, recordando las visitas que habían hecho a todos los Geoff Smith de la zona—. En Kingsbrook Road, número veintidós, en la Old Kingsbrook Road. Vivía en Kingsmarkham antes de que nos casáramos y después del divorcio volvió allí.

—¿Le ha oído usted hablar alguna vez de una tal señorita Anita Margolis?

La mención del nombre de otra mujer no le gustó. Lo pudo ver por la forma en que se disipó la anhelante sonrisa y por cómo apretaba las manos. Pero ella tenía respuesta, un antídoto, pensó, para cada insinuación venenosa.

—¿Es la chica que ha estado defraudando impuestos?

—Señora Anstey, ¿tiene una llave de este piso su ex esposo?

Arrugó aún más el ceño. Sus ojos eran color madera de teca, pero brillaban llenos de vida. No importaría lo que llevase puesto, pensó Wexford, uno no se daría nunca cuenta. Su personalidad, su vitalidad, «Para Ann que ilumina mi vida», hacían de su ropa algo que se ponía para mantener el calor. Por primera vez la miró: un jersey y una vieja falda plisada.

—¿Una llave? —dijo—. No me sorprendería. Si la tiene, no la utiliza. A veces... —Le miró por debajo de las pestañas, pero no con coquetería, no con artificio, más bien como si dudase de que pudiera entender—, a veces desearía que lo hiciera —dijo—. No importa arruinar la vida de otro. A mí no me importa. Contrariamente a la opinión general, hay mucho consuelo en saber que uno recibe lo que realmente se merece. Geoff se merecía lo mejor y ha recibido una patada en los dientes. Me gustaría saber que las cosas le han ido mejor a él, eso es todo.

Se había quedado ensimismada y ahora parecía recordar en qué compañía se encontraba.

—Deben ustedes creer que estoy loca por hablarles así. Lo siento. Cuando se está mucho tiempo solo uno se vuelve locuaz con los visitantes. ¿Están ustedes seguros de que no les apetece tomar té?

—Totalmente, gracias.

—Cuando le vean —dijo—, pueden darle... recuerdos de mi parte. Sin embargo, quizás ustedes no dan recados y quizás él haya olvidado el pasado.

Su cara estaba llena de pequeñas arrugas, un mapa de la experiencia, y no todas aquellas arrugas, pensó Wexford, podían dejar de tenerse en cuenta.

—Para Ann que arruinó mi vida —dijo Burden cuando estuvieron en el coche—. ¿Que debió de hacer, volver y afanar el encendedor porque encontró a una chica que podía apreciarlo?

—No nos pongamos sentimentales con él, ¿quiere? Ya se echó a perder lo bastante él sólo, además de a la chica a quien se lo dio. Supongo que recordó que una vez le había hecho un regalo a su mujer que era muy apropiado como regalo para otra Ann. No es tan generoso ni tan noble, si volvió a hurtadillas al piso de su ex mujer y lo robó.

—De todas formas, no tenemos que preocuparnos de que se lo diera a Anita Margolis hace nueve años. No necesita habérselo dado hasta hace unos meses. Probablemente ni siquiera la conoció hasta entonces.

—Sí, es muy probable —dijo Wexford—. Yo seguiría con ese planteamiento. ¿Y usted, Drayton?

A Burden le ofendió que se hubiese tenido a Drayton en consideración para consultarle.

—Me atrevería a decir que la mató con una de esas navajas de la tienda de Grover —dijo ásperamente.

La espalda de Drayton se puso, si acaso, algo más rígida. Divertido, Wexford se aclaró la garganta.

—Coja la Stowerton Road —le dijo a Drayton—. Le vamos a enseñar esta foto a Ruby Branch.

La miró y Wexford supo que era inútil. Había pasado demasiado tiempo, y le habían enseñado demasiadas caras. La rueda de identificación que hubiese debido arreglar las cosas, sólo sirvió para intranquilizarla a ella. Le devolvió la fotografía a Wexford sacudiendo sus rizos pelirrojos y dijo:

—¿Cuántos más de ustedes van a venir a verme?

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

Ruby se movió en el sofá azul y rojo y se quedó mirando rencorosa el piso sin alfombra.

—Un tipo llamado Martin —dijo— se acaba de ir hace sólo diez minutos. Es uno de los suyos, ¿no?

Wexford asintió, perplejo.

—Primero llega ese enorme coche, rosa y malva lleno de letreros y sale el tipo ése...

—¿Qué tipo? —No podía ser Martin, pensó. ¿Qué demonios estaba pasando?

—No, no. Aquel muchacho de la corbata roja de la rueda de identificación. En cuanto vi su coche me acordé de dónde le había visto antes. Le vi dos veces aquel martes por la noche. Estaba fuera de Cawthorne cuando pasé a las ocho y diez y le volví a ver a las once, sentado en el coche, mirando fijamente a todo el mundo, como si se estuviera volviendo loco. Pero le acabo de decir todo eso a ese Martin ahora mismo.

Todo lo que Wexford podía hacer era reprimir la risa que se le venía a la boca. La cara maquillada de Ruby estaba roja de indignación. Intentando parecer severo Wexford dijo:

—¿No estarás diciendo todo esto porque el señor Kirkpatrick te lo pidió, verdad? ¿No te habrá tentado un elegante collar de piedras de imitación?

—¿A mí? —Ruby se levantó con aire virtuoso—. Yo no he hablado nunca con él. Estaba saliendo de ese ridículo coche cuando llegó su hombre. Se volvió a meter en el coche a toda prisa y se fue pitando calle abajo. Ese Martin —dijo muy dolida— fue un maleducado conmigo. Algunos lo llamarían amenazador...

—Y otros —dijo Wexford— lo llamarían salvador de barcos frágiles de sus más bajos instintos.

En el cruce de Stowerton no se veía a Cawthorne por ninguna parte, pero su mujer, enseñando las huesudas rodillas y con unos pendientes grandes como bolas de un árbol de Navidad colgándole por debajo de sus rizos amarillos, se había sentado en un poste de gasóleo para coquetear con un mozo. En la lavandería, las lavadoras aún giraban.

—Se puede usted considerar relevado del servicio de la lavandería esta noche, Drayton —le dijo Wexford riendo entre dientes.

—¿Cómo dice, señor?

—La señorita Grover siempre viene por aquí a hacer su colada los martes, ¿no es así?

—Oh sí, señor. Ya veo lo que quiere usted decir.

No tenía por qué ruborizarse tanto, pensó Wexford. El rojo intenso le había llegado hasta la nuca.

—Kirkpatrick dice la verdad —dijo—. Sus sobornos cayeron en terreno baldío.

La metáfora parecía poco apropiada y añadió rápidamente:

—Esas dos mujeres le vieron realmente frente a Cawthorne. Sólo es un tonto al que no se le puede dejar solo. Es de un proceso de divorcio de lo que tiene miedo, no de la cárcel.

—¿Directos a Old Kingsbrook Road, señor? —preguntó fríamente Drayton.

—El número veintidós está en este lado.

Al pasar por delante de la iglesia metodista, Wexford se inclinó, notando un peso tremendo en la boca del estómago. Se lo había temido cuando la señora Anstey le dio la dirección, lo temió y rechazó ese temor, por considerar que estaba sacando conclusiones demasiado rápidamente.

—Mira eso, Mike.

—Como si hubiese caído una bomba —dijo Burden desanimado.

—Ya lo sé. Yo también me siento así. Unas casas georgianas tan bonitas y todo el bloque está casi derribado.

Salió del coche y Burden le siguió. A la luz suave de la tarde, el único muro restante les miraba fijamente. Lo que se veía era la parte interior, empapelada en verde en la parte superior y el suelo, de un pétreo color rosa. A más de tres metros de la parte de arriba había un hogar colgado todavía del yeso y de los ladrillos desnudos donde el yeso se había desprendido. Un gran cable lo rodeaba y estaba a su vez atado a un tractor, que iba saltando por entre el polvo. A través de las nubes color ocre podían ver un tablón pintado que decía: Derribos Doherty, y debajo el eslogan: «Para construir hay que derribar».

Burden vio el número en lo que quedaba de la puerta, veintidós. Su mirada fue desconsoladamente desde el muro hasta el cable y desde el cable hasta el tractor. Luego hizo una seña con la cabeza al conductor del tractor.

—Policía —dijo Burden cortante a una cara agresiva.

—Vale, vale. Tengo que hacer mi trabajo, igual que todo el mundo. ¿Qué quería usted?

Burden miró hacia adelante, al número de la puerta.

—Aquí vivía un contable, un hombre llamado Smith. ¿Sabe usted dónde se fue?

—Adonde no podrán encontrarle. —Hizo una sonrisa desagradable—. Bajo tierra.

—¿Volverá?

—Está muerto —dijo el conductor del tractor, frotándose las manos llenas de polvo.

—NO PUEDE ESTAR MUERTO —dijo Burden estupefacto.

—¿No? Sólo le estoy diciendo lo que me dijo la vieja del salón de té.

Dirigiendo la cabeza hacia donde había estado una gran cafetería, el obrero buscó en el bolsillo un enorme y sucio pañuelo y se sonó la nariz.

—Fue antes de que le derribaran el establecimiento. Pobre señor Smith, decía, no hubiera podido soportar el ver cómo derribaban la casa. Todo lo que le quedó cuando su mujer le hizo aquella marranada y se quedó solo.

—¿De qué murió? ¿Se le partió el corazón?

—Tuvo algo que ver con el corazón. La vieja se lo podría decir mejor que yo.

—¿No sabe usted cuándo murió? —interpuso Wexford.

—Hace un año, quizás dieciocho meses... Desde entonces la casa estuvo vacía y hecha un verdadero asco.

Burden sabía lo cierto que era eso. Donde ahora había escombros, se había sentado a menudo a tomar el te, y al salir había pasado por delante de ventanas cerradas.

—Hay una funeraria en la esquina. Ellos sabrán. Supongo que siempre se va a la más cercana.

El hombre volvió a su tractor y, resoplando fuerte como si estuviese determinado a mover la pared por su solo esfuerzo, movió el vehículo hacia adelante por sobre montones de tierra llena de ladrillos. Burden se dirigió hacia la funeraria. El cable estaba tenso. Wexford se quedó mirándolo y escuchando los crujidos de la argamasa al desmenuzarse hasta que volvió el inspector.

—Está muerto realmente —dijo Burden abriéndose paso entre los escombros—. El mes de febrero pasado hizo doce meses que murió. Recuerdan el funeral. No había nadie excepto aquella vieja y una chica que mecanografiaba para Smith. Nuestro principal sospechoso está en una tumba en el cementerio de Stowerton.

—¿De qué murió?

—Coronaria —dijo Burden—. Tenía cuarenta y dos años.

Un temblor sordo y crujiente, como el primer ruido que precede a un terremoto, le hizo mirar atrás. En la pared de la casa de Smith había aparecido una grieta, que iba desde el papel verde hasta el rosa. Desde el centro de esa hendidura empezó a salir polvo de cemento marrón, que caía por el irregular ladrillo.

—Tal como lo veo, señor —dijo—, el asunto de Geoff Smith es una coincidencia. Tenemos que olvidarle y empezar de nuevo.

—¿Coincidencia? No, Mike, no lo creo. No tiene el brazo tan largo. Un hombre llega a casa de Ruby y dice que es Geoff Smith y después de que se haya ido se encuentra en la casa un encendedor que un hombre llamado Geoff Smith había comprado ocho años antes. Sabemos esas cosas, aunque no sepamos nada más, y no podemos dejarlas de lado. Fue en Stowerton y un hombre llamado Geoff Smith había vivido en la ciudad de al lado, conocía el sitio como usted y yo lo conocemos. Ese hombre está muerto, estaba muerto cuando el encendedor desapareció del piso de la señora Anstey, estaba muerto antes de que Anita viniese a vivir aquí y absolutamente muerto el martes pasado. Pero negar que haya tenido conexión alguna con el caso debido a la coincidencia es un disparate. De esa forma miente la locura.

—Luego la señora Anstey miente. Ella le vendió a Anita el encendedor (admite que ha vendido muchas cosas) y le contó al mismo tiempo todo sobre su primer marido. Eso no sería coincidencia, sería su comportamiento normal. Anita dijo a su amigo el nombre y se le quedó en el subconsciente.

—¿Y por qué iba a mentir? —se burló Wexford—. ¿Para qué? Mike, ¿realmente te dio la impresión de que fuera una mentirosa?

Burden movió la cabeza, dudando, y empezó a seguir al inspector jefe hacia donde estaban esperándoles Drayton y el coche.

—No la creo cuando dice que perdió el encendedor, de ningún modo —contestó.

—No, pero ella cree que lo perdió —respondió Wexford rápidamente—. La verdad es que alguien lo robó. ¿Quién? ¿Un antiguo compañero de Smith? Usted sabe lo que vamos a tener que hacer, ¿verdad? Cada uno de los amigos de Smith, cada uno de los amigos de la señora Anstey y todas las relaciones de Anita tendrán que ser investigadas para ver si existe la menor conexión entre ellos.

Un grito que venía de atrás les hizo apretar el paso.

—¡Apártense!

El tractor dio el tirón final y con un retumbar que creció hasta convertirse en un estruendo, el cable cortó la pared, como la cortadora de un tendero cortaría un queso. Después todo desapareció tras una enorme nube amarilla. En el lugar donde había estado la casa, ahora no había más que una columna de humo de color marrón a través de la que se podía ver el cielo de un azul límpido.

—Lo último que quedaba de Geoffrey Smith —dijo, Wexford—. Vamos. Quiero tomar el té.

Aquello no tenía futuro, pensó Drayton. En sus ambiciones no había lugar para una chica como Linda Grover. En su escalera no había ni

siquiera un peldaño de sobra para soportar el peso de ella. Ahora, recordando los días pasados, vio que era culpable de haberse asociado con una chica cuyo padre era mal visto por sus oficiales superiores, que era censurable el haber salido con ella, y terriblemente temerario el haberse convertido en su amante. La palabra, con sus asociaciones eróticas e insinuantes le hizo estremecerse, y no era por su futuro ni por su carrera.

Parecía que ella era sobornable, corruptible. Él sólo sabía que ella, como su ambiente, eran corruptores. Y Wexford también lo sabía. Wexford le había dicho, aunque sin saber lo que su prohibición conllevaba, que la dejase sola. Ésta era su oportunidad, obedecer, someterse, y en este sometimiento oponer a su hechizo una resistencia sancionada por la autoridad.

Cogió su abrigo de capucha y se dirigió hacia los peldaños de la comisaría de policía. La tarde era demasiado cálida para ponérselo. Cawthorne se quedaría esa noche sin el importe del alquiler de su automóvil. Drayton se dirigió a la biblioteca donde cogió un libro sobre psicología anormal.

Eran las siete cuando salió y estaban cerrando la biblioteca.

Grover estaría también cerrado y estaría seguro si volvía a su alojamiento por la High Street. El autobús de Stowerton a Forby llegó cuando se estaba acercando a la parada y sintió el extraño impulso de subir y de que le llevasen lejos, a las profundidades anónimas del campo. En lugar de la concentración intelectual que exigiría la psicología anormal, quería perderse y perder su identidad, quería sumirse en el olvido en el aire calmado y cálido. Pero incluso mientras lo pensaba, se dio cuenta, con un repentino convencimiento que era casi horror, de que no podría escapar así, que el ancho y verde mundo no era lo bastante grande para él y para ella a menos que estuviesen juntos. Se quedó frío y empezó a darse prisa, como un hombre que acelera el paso para estimular la circulación en un día frío.

Luego la vio. Estaba bajando del autobús de Stowerton y un hombre joven y apuesto le estaba ayudando a bajar un carrito lleno

de ropa lavada. Drayton la vio sonreír cuando le dio las gracias y le pareció que su sonrisa era más coqueta y más seductora que ninguna de las que le había dedicado. Los celos le golpearon como un puñetazo en el estómago.

Era imposible evitarlo. Había perdido la voluntad y el deseo de hacerlo. Las palabras de Wexford, aquella broma adecuada sobre el servicio de la lavandería, las recordaba como podía recordar un sermón tan aburrido y falso que hiciera dormir. Pero ahora estaba despierto, descuidadamente temerario.

—¿Le llevo el carrito, señorita? ¿O debería decir si se lo empujo?

Ella sonrió, una sombra de la mirada que le había dedicado, al hombre del autobús. Era suficiente. Las cadenas volvían. A él le parecía sentir su tacto frío y envolvente.

—Mi jefe dijo que esta noche sería lavandero —dijo, y sabía que estaba cotorreando tontamente, galanteando de nuevo, como hacía cada vez que se encontraban—. Tenía razón. ¿Quién se encarga de la tienda?

—Tu jefe piensa mucho en ti —dijo y él detectó la nota de propiedad, el tono de satisfacción—. Lo he podido ver hoy en el café.

Su rostro se ensombreció.

—Papá se ha levantado —dijo—. Está muy mal de la espalda, pero dice que no puede confiar en nosotras para llevar el negocio.

Drayton sintió un curioso deseo de ver al padre. Suspiró para sus adentros. No era así como se había imaginado un encuentro tan crucial y significativo, ni en esas circunstancias ni en aquel lugar. De aquí a diez años, pensó, y con una chica educada, un padre muy erudito con un título, perlas alrededor del cuello de la madre; una casa de campo con revestimientos de madera, con jardines y quizás un patio de caballos. Ella abrió la puerta de la tienda y el viejo olor salió a su encuentro.

Grover estaba detrás del mostrador, recogiendo caramelos que alguien había tirado. Tenía las manos sucias y había manchas de

moho en el pote que sostenía. Drayton esperaba que fuese mayor. El hombre no parecía tener más de cuarenta años, si los tenía. No había canas en su cabello oscuro y mate y las señales de la edad sólo se percibían en los músculos de su cara, tensos de dolor. Cuando vio a su hija dejó el pote y le dio un golpecito con la mano en la parte inferior de la espalda.

—Tu mamá acaba de irse a su partida de whist —dijo, y Drayton encontró horrible su voz—. Quiere que planches la ropa esta noche.

Hablaba con su hija como si estuviera sola con él y la miró malhumorado.

—Tendrías que estar en la cama —dijo Linda.

—¿Y dejar que el negocio se arruine? Vaya un desorden en el que tienes estos libros.

Aunque él era moreno y ella rubia, el parecido entre padre e hija era tan fuerte que Drayton tuvo que apartar deliberadamente la vista para dejar de mirar fijamente. Pensó que si el hombre sonreía gritaría angustiado. Pero había pocas probabilidades de que Grover sonriera.

—Ya no voy a tomarme más las cosas con tranquilidad —dijo—. Ya lo veo. Volveré mañana al molino.

Salió de detrás del mostrador como si fuese a saltar sobre ella y, realmente, sus movimientos, encorvado como iba, sugerían hasta cierto punto los de un animal lisiado y acorralado.

—Luego sacaré el coche —murmuró—. Supongo que no lo habrás limpiado desde que me puse enfermo.

—El doctor tendrá algo que decir respecto a eso —dijo ella y Drayton notó el cansancio en su voz—. ¿Por qué no te vuelves a la cama? Estoy aquí. Me las arreglaré.

Le cogió por el brazo como si realmente fuese la criatura anciana y deshecha que Drayton había imaginado. Solo en la tienda se sintió desolado. Ése no era lugar para él, y como siempre que estaba allí, sintió la necesidad de lavarse las manos. Quizás ella olvidase que estaba allí, ahogada como siempre estaba por sus deberes domésticos, y le dejase entre las sospechosas revistas... ¿y las

navajas escondidas?, hasta que llegase la noche y se intensificase aquella oscuridad. Porque sabía que era un prisionero y que no se podía marchar sin ella.

Le pareció que había pasado una eternidad hasta que ella volvió, y cuando lo hizo, notó que su rostro revelaba Dios sabría qué clase de esclavitud, un abandono a su deseo al límite de sus fuerzas.

—He tenido que tender la ropa —dijo—. No se secará esta noche. Tendría que haberla llevado por la tarde como lo hice la semana pasada.

Cuando ella se acercó a él, puso las manos en su rostro, tocándolo como podría hacerlo un ciego.

—¿No hay coche esta noche? —le preguntó ella. Él negó con la cabeza—. Cogeremos el de papá —dijo ella.

—No —dijo él—. Pasearemos.

Sabía que ella conducía, se lo había dicho a Wexford. Perdería totalmente el débil poder que aún le quedaba si permitía que ella le llevase por el campo en el coche de su padre.

—Entonces mañana —dijo y le miró largamente a los ojos—. Prométeme que mañana sí, Mark, antes de que papá se levante y... lo requise.

Pensó que en aquel momento le hubiese prometido su propia vida si se lo hubiese pedido.

—Cuídame —le pidió, con una voz repentinamente angustiada. Arriba pudo oír que el hombre lesionado se movía—. Oh, Mark, Mark...

El río les atraía con su camino tranquilo y resguardado.

Drayton la cogió entre sus brazos en el lugar en el que había visto que aquel otro hombre la besaba, pero lo había olvidado, eso y todo lo demás que hubiese sucedido antes de que se conocieran. Incluso el deseo de una satisfacción física inmediata era menor. Había llegado a una fase en la que su deseo supremo era estar solo con ella en silencio, abrazándola y encerrando su boca con la suya en silencio.

—Creo que tenía razón en llamarle —dijo Burden. Se levantó para dejar que Wexford se sentara a su lado en el asiento de la ventana. Como siempre a aquella hora, el bar Olive and Dove estaba atestado.

—Supongo que no podía esperar hasta mañana —refunfuñó Wexford—. No se siente. Tráigame una cerveza antes de que comience usted a explicarse.

Burden volvió con dos jarras de cerveza.

—Me temo señor que hay mucho ruido y mucha gente aquí.

—Ni la mitad que en casa. Mi hija ha organizado una fiesta.

—No —dijo Burden sonriendo—, ya no se le llama así.

Por detrás de su jarra de cerveza Wexford preguntó malhumorado:

—¿Pues cómo lo llaman ahora?

—Un guateque.

Se cambiaron a un rincón más tranquilo. Wexford levantó el borde de una cortina y miró a la calle. Estaba oscuro y había poca gente fuera. Media docena de jóvenes se entretenían delante de la entrada del aparcamiento del cine, dándose empujones y riéndose.

—Mire todos esos malditos coches verdes —dijo con tono disgustado el inspector jefe—. Por lo que sabemos, está por ahí fuera dando vueltas o en el cine.

—Creo que sé quién es —dijo Burden en voz baja.

—Bueno, no he supuesto que me hubiese hecho venir usted hasta aquí por la cerveza. Oigámoslo.

Burden consideró por un momento el rostro arrugado. Su expresión no era alentadora. Por un momento dudó, y se puso a jugar con la jarra. Aquella idea le había venido, o mejor había cristalizado, después de tres horas de discutirla consigo mismo. Cuando la hubo formulado y catalogado los detalles se había puesto tan nervioso que había tenido que decírselo a alguien. Ese alguien estaba ahora sentado frente a él, irónico y preparado para burlarse.

Evidentemente, el jefe de policía le había convencido de que toda la investigación era pura palabrería. Al igual que se dice que la fría luz de la mañana disipa las fantasías de la noche anterior, así la atmósfera del Olive and Dove, las carcajadas repentinas y la mirada de duda de Wexford, despojaron a su ingeniosa solución de toda lógica y la dejaron solamente con su ingeniosidad. Quizás sería mejor que se bebiera la cerveza y se fuera sin decir una palabra más. Wexford golpeaba los pies con impaciencia. Carraspeando, Burden dijo sin convicción:

—Creo que es el marido de la señora Anstey.

—¿Smith? Dios mío, Mike, ya hemos terminado con eso. Está muerto.

—Smith sí, pero Anstey no lo está, y no tenemos ninguna razón para suponerlo. —Burden bajó la voz porque alguien pasaba cerca de la mesa—. Creo que podría ser Anstey. ¿Le explico porqué?

Wexford enarcó sus peludas cejas.

—Será mejor que sea bueno —le dijo—. No sabemos nada del tipo. Ella apenas le mencionó.

—¿Y no le pareció raro?

—Quizás —dijo Wexford pensativamente—. Quizás fuese raro.

Parecía estar a punto de seguir, pero Burden no quería que le arrebatasen el protagonismo y dijo precipitadamente:

—¿A quién da la impresión de apreciar más, al hombre del que se divorció hace cinco años o al hombre con el que está casada? Ella lamenta ese divorcio, señor, y no le importa decirlo claramente delante de tres extraños que ni siguiera querían saberlo. «Es bonito haber sido amada y recordarlo cuando ya ha pasado», dijo. ¿Son ésas las palabras de una mujer felizmente casada? Y luego estaba lo de estar mucho tiempo sola. Ella es profesora. Una mujer casada con un trabajo no está muy sola. Mas bien apenas podría estar sola.

—¿Cree usted que ella y Anstey se han separado?

—Sí —dijo Burden con decisión. Wexford no pareció tener ganas de reírse y empezó a sentirse más seguro.

—Nosotros no creemos que perdiera el encendedor, pero ella sí. Si no lo perdió, sino que sólo lo dejó por ahí o en su bolso, ¿quién es la persona con más probabilidades de tenerlo en su poder? El marido errante. Es muy probable que Smith se divorciara a causa de Anstey. Eso significa adulterio, y un hombre que lo cometa una vez, podrá cometerlo de nuevo.

—Así habla el severo moralista —dijo Wexford sonriendo—. No sé si seguiría con eso. Lo que usted apunta es, desde luego, que Anstey se lió con Anita y le dio el encendedor. Mike, así expuesto parece correcto, pero no tiene usted ninguna razón consistente para pensar que Anstey la dejó. No olvide que estamos en las vacaciones de Pascua y que una profesora casada estará mucho tiempo sola durante las vacaciones.

—¿Y entonces por qué dice que sólo vive de su salario? —preguntó Burden con aire triunfante—. Es cierto lo que dice de que ha vendido joyas. La vi en la tienda de Knobby Clark.

—Le invito a una copa —dijo Wexford, y se le veía complacido.

—*Whisky* escocés —dijo Burden cuando volvió—. Muy amable. Salud.

—Por la resolución del caso —Wexford levantó el vaso—. ¿Dónde está Anstey ahora?

Burden levantó los hombros.

—En algún sitio de por aquí. Siguiendo con su trabajo, con el que sea.

—Ya que es usted tan inteligente, sin duda podrá decirme por qué un hombre llamado Anstey da el nombre del primer marido de su mujer y se va por ahí con otra chica. No sólo Smith, recuerde, Geoff Smith.

—Eso no se lo puedo decir —respondió Burden menos contento.

—¿O por qué mató a la chica? ¿Cuál era el motivo?

—Cuando sospechamos de Kirkpatrick, dimos por sentado que el motivo eran los celos. Nos olvidamos de las quinientas libras que Anita llevaba en el bolso.

—En tal caso, Mike, ¿por qué no esperó hasta que volvieron al coche, lo condujo hasta un lugar solitario y la mató allí? Uno no mata a una mujer en casa de otra persona y con un método que va dejando huellas acusadoras detrás, cuando lo podría hacer, por ejemplo, en Cheriton Forest. Lo que me hace recordar otra cosa. Ruby y Monkey pensaban que volvería. Porque querían que lo cogiéramos antes de que pudiese volver fue por lo que Monkey me escribió. ¿Por qué no volvió?

—Porque tenía miedo, supongo. Ignoramos dónde está. Por lo que sabemos, hasta podría haberse ido a casa al menos por una temporada.

Burden sacudió la cabeza con pesar.

—No sé —dijo, y añadió repitiéndose—: eso no se lo puedo decir.

—Quizás pueda la señora Anstey. Acábese la bebida. Están cerrando.

Una vez en la calle, Wexford aspiró la suave brisa de abril. El cielo, que había estado claro, se estaba nublando, y unas nubes pasaban por delante de la luna. Llegaron al puente. Del túnel salió un cisne dirigiéndose hacia la farola, y luego hacia las delgadas e idénticas sombras de ambos. Wexford inspeccionó la High Street, casi vacía, las farolas de color nacarado y amarillo y los agujeros oscuros que formaban los callejones sin iluminar.

En lo alto de la pared que se alzaba frente a ellos, una ventana abierta situada a unos sesenta metros dejaba ver a una chica asomándose, con el brazo colgado como si fuera sobre la barandilla de un balcón de escenario. Más abajo, colgado de un soporte, había un farol de hierro, y, medio iluminado por su luz, medio en la sombra aterciopelada, había un hombre que miraba hacia arriba.

—¡Ah, luna de mi deleite —citó quedamente Wexford—, que no conoces menguante...!

Con una acritud que no se molestó en esconder, Burden dijo:

—Se le dijo a Drayton que la dejara en paz —y miró con el ceño fruncido a la luna amarilla, herida por las nubes.

POR LA MAÑANA volvió la lluvia. Por el aspecto del cielo parecía una de aquellas mañanas en las que llueve desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Wexford estaba llamando a Sewingbury y sostenía el auricular del teléfono con la barbilla mientras bajaba la persiana. Estaba escuchando la señal de llamada cuando entró Drayton.

—Está aquí la señora Anstey que desea verle, señor. La hice pasar cuando entré.

Wexford colgó el teléfono.

—Por una vez la montaña ha ido a Mahoma.

—¿La hago pasar?

—Sólo un momento Drayton.

Era una orden, bastante seca y con indicios de reprensión. El joven se paró y se volvió obedientemente.

—¿Se divirtió usted anoche?

Si fuera posible, el rostro de Drayton se convirtió más que nunca en un enigma, secreto, cauteloso, pero no inocente.

—Sí, gracias señor.

La lluvia tamborileaba contra la ventana. Había oscurecido completamente en la oficina como si la noche hubiese caído a las nueve y media de la mañana.

—Supongo que no conoce usted aún mucha gente joven de por aquí.

El comentario requería una cierta cordialidad, pero Wexford lo pronunció en tono amenazador.

—No mucha, señor.

—Es una lástima. Mi hija sí que parece conocer a bastante.

Siempre está organizando... —No, una fiesta no, Burden le había corregido—... reuniones en casa. Es un puñado de gente muy maja, si no le importa a usted el ruido. Y yo diría que no.

Drayton parecía la encarnación del silencio.

—Debe usted unirse a ellos una de estas noches —y le echó una mirada fría e inexpresiva—. Usted solo —le dijo.

—Sí señor, me gustaría.

—Bien. Le diré a Sheila que le llame.

La severidad había desaparecido y en su lugar había cortesía.

—Ahora la señora Anstey —dijo el inspector jefe.

La lluvia le daba una sensación casi de reclusión claustrofóbica, como si estuviera encerrado entre paredes de agua. La podía sentir correr por los alféizares y caer a raudales sobre los desnudos cuerpos de piedra de los murales. Era una lástima, nunca parecía limpiarlos debidamente, sólo dejaba rastros grises sobre los hombros y las caderas. Encendió la luz cuando Burden llegó con la señora Anstey tras él, mojados ambos como criaturas de las profundidades del mar. El paraguas de la señora Anstey le colgaba del brazo y chorreaba agua a sus talones.

—Tenía que venir —dijo—. Fue un impulso. Después de que se hubieron marchado empecé a pensar en qué querrían ustedes decir con lo de la chica que mencionaron. —Su risa sonaba como agua, burbujeante, algo vacilante, sin embargo—. Tomé el primer autobús.

Se quitó su impermeable gris y una horrible capucha de plástico que le cubría el cabello moreno. Había gotas de lluvia en su nariz y la arrugó como un perrito.

—Geoff y una chica. No me gustó. Soy el perro del hortelano, ¿verdad? El hecho es que tengo que verle. Ya he esperado

bastante. Voy ahora allí, pero pensé que debería verles a ustedes primero. —Sin ninguna explicación se rió de nuevo y esta vez su risa sonaba nerviosa—. ¿Tiene una chica? —preguntó, y eso lo explicó.

El primer portador de malas noticias, pensó Wexford, tiene un penoso deber. ¿Cómo fue? Algo en su voz sonó desde aquel momento como un apagado timbre de alarma. No importaba. Sólo el dolor presente importaba. Por primera vez desde que Burden y él hablaron de la muerte de Smith, se dio realmente cuenta de este deber concreto. Tendría que decírselo a ella. El que ella fuese sólo su ex mujer no supondría, estaba seguro, ninguna diferencia.

—¿La tiene? —preguntó de nuevo, y ahora suplicaba.

—No le pude ver señora Anstey.

Ni mentiras ni evasivas. No serían posibles con esta mujer. Burden se había dado la vuelta.

—¿Qué significa eso? Algo malo... —Se levantó, con el gorro de plástico de la cabeza muy estirado entre los dedos—. Está enfermo, está...

—Está muerto.

No importaba lo preparado que uno estuviera, seguía siendo una conmoción. Nunca estaría uno lo suficientemente preparado. Hasta que las palabras fueron pronunciadas, la esperanza era invencible.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Lo siento muchísimo. Fue del corazón, hace algo más de un año. Estoy seguro de que fue rápido.

—¡No puede estar muerto!

Las palabras fueron un eco de las de Burden. No podía estar muerto para Burden porque eso echaba por tierra una teoría; no podía estar muerto para ella porque ella también tenía su teoría, ¿quizás la teoría de rehacer su vida?

—Me temo que sí.

—¡Muerto no!

Wexford escuchó el ligero amago de histeria, el ardiente cable de la descarga eléctrica.

—Por favor, siéntese. Le traeré algo para beber.

Con una especie de horror miró cómo buscaba a tientas detrás suyo la silla en la que se había sentado, cómo la encontraba, le daba un puntapié e iba dando tumbos hasta la pared. Apretó los puños, golpeó la cabeza contra el yeso y luego levantó los puños, golpeando y dando puñetazos sobre la dura superficie.

Wexford dio un paso hacia ella.

—Será mejor que venga una de las mujeres policía —le dijo a Burden.

Ella empezó a gritar ronca y frenéticamente.

La mujer policía le cogió la taza de té y sustituyó el pañuelo empapado por otro suyo, limpio.

—¿Se siente algo mejor ahora?

Noreen Anstey asintió. Tenía la cara roja e hinchada y el pelo, aunque mojado por la lluvia, daba la impresión de estar, como sus mejillas, empapado de lágrimas. Era toda lágrimas, toda dolor.

De repente dijo de forma totalmente coherente:

—Ahora no le podré pedir nunca que me perdone.

Por un instante tuvo el aliento suficiente para decir eso, y luego siguieron los sollozos. Era como sacar sangre de una vena con una bomba.

—No lloraré más.

Los sollozos eran involuntarios. A la larga se calmarían.

—Me iré a la tumba —decía— pensando que él nunca supo que yo lo sentí.

Wexford le hizo una señal a la mujer policía y salió con la taza de té y el pañuelo mojado.

—Él la perdonó —le dijo—. ¿No le dio el piso?

Ella apenas parecía escucharle.

—Murió y ni siquiera lo supe.

Wexford pensó en las dos mujeres que fueron al funeral de Smith, la vecina vieja y la chica que le hacía de mecanógrafa.

—Usted ni siquiera sabe lo que le hice. Hacía ocho años que estábamos casados, la pareja perfecta, la pareja feliz. Eso era lo que todo el mundo decía, y era cierto.

Se oían los sollozos en su garganta.

—Me hacía regalos. Regalos de «no cumpleaños», les llamaba. No podía una tener tantísimos cumpleaños. Envejecería demasiado pronto.

Se tapó los ojos, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

—Vivíamos en una casa y él tenía en ella su oficina. Había un garaje en la puerta de al lado. Lo podía ver desde la ventana. Había dejado de trabajar, era profesora. No tenía necesidad teniendo a Geoff que cuidaba de mí.

Las frases le salían a borbotones, cortas, rabiosas, entrecortadas. Wexford acercó su silla y se sentó mirándose el regazo.

—Ray Anstey trabajaba en el garaje. Yo le miraba. ¿Sabe usted de qué forma se tumban de espaldas con la cabeza hacia atrás? ¡Dios mío! —Se estremeció—. Usted no quiere escuchar todo esto. Será mejor que me vaya.

Sus cosas estaban húmedas todavía, el impermeable, el paraguas que había goteado y había dejado un charco en el suelo como una ampolla. Tocó ligeramente los lados de la silla, buscando su bolso.

—La acompañaremos a casa, señora Anstey —dijo Wexford amablemente—. Pero aún no. ¿Le gustaría descansar un poco? Sólo dos preguntas y luego podrá usted descansar.

—Está muerto. Más allá de su alcance. ¿Por qué querían verle?

—Creo —dijo Wexford pausadamente— que es a su segundo marido a quien queremos ver.

—¿A Ray?

—¿Dónde está, señora Anstey?

—No lo sé —dijo cansadamente—. Hace meses que no le he visto. Me dejó a finales del año pasado.

—Dijo usted que trabajaba en un garaje. ¿Es mecánico?

—Supongo que sí ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sus guantes estaban en el suelo, a su pies. Los cogió y los miró como si fuesen dos cosas muertas y húmedas sacadas del fondo de una charca.

—¿Era a él a quien buscaban desde el principio? —Su rostro palideció e intentó levantarse de la silla—. ¿Era a mi marido a quien buscaban, no a Geoff? —Wexford asintió—. ¿Qué ha hecho? —preguntó con voz ronca.

—Una chica ha desaparecido, probablemente esté muerta...

—La navaja —dijo.

Sus ojos se desenfocaron, Wexford dio un paso hacia ella y la cogió en brazos.

—¿Dónde revisaban el coche de su hermana? —preguntó Burden.

Margolis levantó la cabeza del tardío desayuno, café, zumo de naranja y huevos duros poco apetitosos, con su expresión apática sin remedio.

—En algún garaje —dijo y siguió—. En el de Cawthorne supongo, ¿no?

—Venga, señor Margolis, tiene usted que saberlo. ¿No lleva usted su propio coche a revisión?

—Ann se ocupaba de estas cosas. Cuando necesitaba una revisión, ella se encargaba de que se la hicieran.

El pintor dio la vuelta a las cáscaras de los huevos en las copas como un niño gastando bromas el día de los Inocentes.

—Pasaba algo, sin embargo... —Se pasó los largos dedos por el pelo de tal forma que le quedó como una aureola puntiaguda—. Había algún problema. Me parece recordar que me dijo que iba a otro.

Puso la bandeja sobre el brazo del sofá y se levantó para sacudirse las migas del regazo.

—Quisiera poder acordarme —dijo.

—Se lo llevó a ese tal Ray, señor Margolis —dijo la señora Penistan bruscamente—. Usted sabe que lo hizo, ¿por qué no intenta recobrase? —Levantó los hombros mirando a Burden y volviendo los ojos hacia el cielo—. Está muy desanimado desde que se fue su hermana. No se puede hacer nada con él.

Se puso al lado de Margolis y le echó una mirada larga e irritada. A Burden le recordaba una madre o una niñera llevando a un niño obstinado a tomar el té, especialmente cuando se inclinó sobre él y chasqueando la lengua con desaprobación, le arregló la bata para ocultar las perneras del pijama.

—¿A qué Ray?

—A mí no me lo pregunte, ya sabe usted como era ella con los nombres propios. Todo lo que sé es que hace un par de meses ella llegó y me dijo: «Ya me he cansado de pagar los precios de Russell. Tengo la intención de hacer que Ray me revise los coches». «¿Y quién es Ray?», le pregunté yo, pero ella sólo se rió. «No se preocupe, señora Penistan. Digamos que es un chico muy majo que me tiene en mucha estima. Si le dijese quién es podría perder su empleo».

—¿Venía aquí a arreglar los coches?

—Oh, no, aquí no hubiera tenido los medios.

La señora Penistan examinó el estudio y miró por la ventana como si quisiera indicar que nada de utilidad práctica que pudiera utilizar un ser humano en sus cabales, podría ser encontrado en la casa o en el jardín.

—Siempre se los llevaba a él. Vivía por aquí, ¿sabe? En algún sitio de por aquí. La veía salir, pero siempre me había ido cuando volvía. Él debía estar aquí —y le dio a Margolis con el codo en las costillas—, pero no escucha lo que la gente le dice.

Burden les dejó solos, sentados el uno al lado del otro y a la señora Penistan insistiendo a Margolis para que se terminase el café. La fuerte lluvia había dejado el camino resbaladizo y en el suelo había pétalos mojados por todas partes. Las puertas del

garaje estaban abiertas y por primera vez Burden vio el coche de Margolis, y vio que era verde.

Empezaba a columbrar un plan, una forma en la que pudiera haberse llevado a cabo todo. Ahora creyó que podía entender por qué habían sido utilizados un coche negro y uno verde y dónde había estado el coche blanco de Anita hasta altas horas de la noche. Una excitación nueva le hizo andar con desenvoltura hasta la verja de la casa. La abrió y el espino le salpicó de agua tan eficazmente como si alguien hubiese puesto un cubo ladeado sobre las ramas.

Ser psiquiatra tiene que ser algo parecido a esto, pensó Wexford. Noreen Anstey estaba echada en el sofá de la sala, mirando al techo, y él estaba sentado a sudado, dejándola hablar.

—Siempre llevaba una navaja —dijo—. La vi aquel primer día, la primera vez que subió desde el garaje. Geoff estaba trabajando abajo. Acostumbraba bajarle café y luego empecé a llevárselo también a Ray. Un día, en lugar de eso, subió él.

Por un momento permaneció en silencio, moviendo la cabeza de lado a lado.

—¡Dios mío, qué hermoso era! No guapo, hermoso, perfecto. Como la gente tendría que ser, como yo nunca fui. No era muy alto, de cabello negro, la boca roja como una flor...

No quería interrumpirla, pero tenía que hacerlo. Él no era un psiquiatra de verdad.

—¿Qué edad tiene?

—Es diez años menor que yo —dijo y vio que la hería decirlo—. Aquel día subió. Estábamos solos y él llevaba esa navaja, una navaja pequeña de muelle. Se la sacó del bolsillo y la puso sobre la mesa. Nunca había visto una anteriormente y no sabía lo que era. No hablamos mucho. ¿De qué habiéramos podido hablar? No teníamos nada en común. Se sentó allí sonriendo, haciendo toda clase de hábiles insinuaciones.

Casi se reía, pero fue un resuello lo que Wexford escuchó.

—Estaba loca de deseo. —Volvió la cara hacia la pared y prosiguió—: Hacía pocos meses que tenía el encendedor y recuerdo que le encendí un cigarrillo a Ray. Me dijo: «No, enciéndelo en tu boca». Miró el encendedor y dijo: «¿Te ha dado esto? ¿Te da juguetes porque no te puede dar nada más?». No era cierto, pero debió parecerlo, por mi aspecto. «Yo también tengo un juguete», dijo, y cogió la navaja y la sostuvo contra mi garganta. La hoja salió. Me quedé quieta, o me hubiese cortado. ¡Dios mío!, yo era profesora de francés en una escuela de niñas. Nunca había ido a ningún sitio ni había hecho nada. Cualquiera hubiese pensado que habría gritado. ¿Sabe usted que le habría dejado que me matase en aquel momento? Luego, después de que se hubiese ido, tenía sangre en el cuello de un pequeño rasguño y sabía que lo había estado mirando durante todo el rato que me estuvo haciendo el amor.

—¿Smith se divorció de usted? —preguntó Wexford para llenar aquel gran silencio.

—Se enteró. No era difícil. Nunca he sido muy buena en ocultar mis sentimientos. Geoff me hubiese perdonado y hubiese comenzado de nuevo. No podía creer que yo quisiera casarme con un hombre diez años más joven que yo, un obrero de un garaje... Estaba loca por tenerle. Sabía que era un sádico y un retrasado mental. Me cortaría, me cortó desde entonces.

Ella abrió su vestido. Sobre el pecho izquierdo, en el lugar donde la carne empezaba a abultarse sobre la clavícula, había una pequeña cicatriz blanca. Por primera vez en todos sus años de experiencia, Wexford sintió náuseas, como si le estuviesen metiendo un dedo por la garganta.

—¿Fue infeliz siempre?

—Nunca fui feliz con él. —Lo dijo en un tono casi de reproche—. No creo que hubiese un solo momento en que yo pudiese decir que era feliz. Odiaba a Geoff. ¿Sabe usted lo que hacía? Daba el nombre de Geoff, hacía ver que era Geoff. —Wexford asintió,

adivinando lo que iba a seguir—. Cuando el teléfono sonaba lo cogía y decía de forma como distraída «Geoff Smith al habla». Luego rectificaba y decía que se había equivocado. Una vez que llevó una ropa a la tintorería, monos muy sucios, cuando los fui a recoger no podían encontrar el resguardo. Estaba a nombre de Smith, ¿sabe? Cualquier cosa indecente o escandalosa en la que estuviese metido, siempre daba el nombre de Geoff. Una vez vino una chica, no podía tener más de diecisiete años, y preguntó si era allí donde vivía Geoff Smith. La había dejado y quería que volviera, aunque también utilizaba la navaja con ella. Me enseñó una cicatriz en el cuello. Le dije que un día iría demasiado lejos. Que mataría a una de ellas o que una de ellas iría a la policía.

—Ha ido demasiado lejos —dijo Wexford.

—Tenía que ver la sangre, ¿sabe?

Hablaba con calma, sin horror. No era la primera vez que Wexford meditaba sobre el efecto debilitador de la costumbre, sobre cómo el hábito embotaba la emoción. Toda la compasión ahogada por la costumbre de los actos crueles...

—Pensaba —dijo— que un día habría una chica que no estuviese hipnotizada por él, sino simplemente asustada y que quizás se le volviera con la navaja. No era grande ni fuerte, no era físicamente fuerte. Su poder era de otra clase. Yo siempre le quitaba las navajas, pero conseguía otras. Luego me dejó.

—Eso debió de ser cuando perdió usted su encendedor.

Noreen Anstey se incorporó sobre un codo, luego se dio la vuelta y dejó las piernas colgando sobre el suelo.

—He estado pensando en eso —dijo—. Ray me lo debió de quitar. Nos quitaba cosas a Geoff y a mí cuando aún estábamos casados. No lo pude probar, pero creo que lo hizo. Joyas y cosas así.

Suspiró, se cubrió el rostro y luego volvió a bajar las manos.

—Supongo que Geoff también lo suponía. Había tantas cosas —dijo— que ambos sabíamos y que nunca nos dijimos. ¡Oh, cuánto lo siento! —Gritó, cerrando los puños y apretándolos contra su regazo

—. Siento tanta amargura. ¡Quiero saber dónde está enterrado y echarme sobre su tumba y gritarle a la tierra que me arrepiento!

Había tantas mujeres que se lamentaban, pensó Wexford, Noreen Anstey porque había desechado el amor por su lado tenebroso, Ruby Branch porque había traicionado a un ladrón viejo... ¿Y Anita Margolis? Los muertos no tienen penas. No podía lamentar el haber jugado su peligroso juego una vez más, el haberlo jugado con un hombre y una navaja.

—¿TIENE USTED ALGUNA AMIGA que pueda quedarse con usted? —le preguntó Wexford—. ¿Madre, hermana, una vecina?

Noreen Anstey parecía haberse encogido. Sin su vitalidad, era simplemente una mujer pequeña, marchitándose en su madurez.

—Mi madre está muerta —dijo— y Ray me hizo perder a casi todos los amigos.

—Una mujer policía la acompañará. Intentará encontrar a alguien que pueda hacerle compañía.

—¿Y cuando le encuentre? —preguntó con pensativa amargura.

—Estaremos en contacto con usted, señora Anstey. ¿Por qué supone usted que fue a Kingsmarkham?

Se encogió de hombros, echándose el arrugado impermeable por encima. Ahora cada movimiento era como un estremecimiento, un encoger y doblar el cuerpo en un proceso gradual de contracción.

—Si le digo que me obsesiona —dijo—, creerá usted que estoy loca. Pero sería muy propio de Ray el ir a... a ver a Geoff a decirle que había arruinado dos vidas, pero me dejó y ahora toda la agonía no ha servido para nada. Es un sádico. Luego habría empezado de nuevo con lo de dar el nombre de Geoff y decirle a las chicas que era Geoff y darles su dirección.

—Señora Anstey, ¿pensó usted que éramos amigos de su esposo, verdad? Cuando la fuimos a ver y le preguntamos si era

usted la señora Smith. Usted creyó que Anstey nos había enviado.

Ella asintió desmayadamente.

—Él debía de saber que el señor Smith estaba muerto. ¿Daría su nombre sabiendo que estaba muerto?

—Podría haberlo hecho. No a una chica, no tendría ningún objeto. Pero si iba a hacer algo escandaloso o turbio, podría muy bien hacerlo. Para él sería una broma, deshonar la memoria de Geoff. Y también sería la costumbre.

—Me pregunto por qué se quedó.

—Supongo que le gustaba estar aquí o que encontró un trabajo que le iba. Su idea del cielo sería la de un patrón poco exigente, que le pagase bien y que se hiciera el tonto si Ray se llevaba a sus clientes y les arreglaba los coches en plan barato. Ésa era la forma en que conocía a las chicas.

Wexford no quería hacerle más daño del necesario, pero no creía que ella pudiese aguantar que la hiriesen más con la relación de las ofensas de Anstey.

—Yendo a sus casas cuando los maridos estaban trabajando, supongo —dijo—. Sentándose con ellas en los coches, dándoles el toque personal...

—No le iba muy bien en Sewingbury —dijo ella—. La gente sabía demasiado de él. Algunos de los dueños de los garajes les dan un coche a sus mecánicos, o les dejan uno prestado. El jefe de Ray se puso duro cuando le destrozó un coche de alquiler. No, puede usted estar seguro de que encontró un trabajo, y bueno.

Le dio la espalda y se tapó los ojos.

—Si Geoff estuviese vivo —musitó—. ¡Oh, si al menos hubiese estado vivo! Ray ya no nos hubiera podido hacer daño ni a él ni a mí. Cuando Geoff le hubiese visto, cuando le hubiese visto una sola vez y hubiese escuchado qué me había dejado, hubiese vuelto conmigo. Muchas veces pensaba, se enterará, lo sabrá más pronto o más tarde. Nos podíamos leer los pensamientos. La gente que está casada puede. Él también está solo, pensé. Ha estado solo más tiempo que yo.

Empezó a llorar suavemente, las lágrimas tranquilas y apacibles de un dolor sin consuelo.

—Eso de leer los pensamientos es una falacia. Estaba muerto.

Hablaba sin alterarse, como si únicamente estuviese hablando y no llorando también.

—Y me senté y le esperé, realmente muy feliz y muy tranquila. No estaba anhelante, ni apasionada, ni nada. Estaba en paz y pensaba: un día, esta semana, la próxima, en algún momento...

Bueno, no sucedió ¿no es así? —Se llevó los dedos a las lágrimas—. ¿Me pueden dar mi encendedor? —preguntó.

Le dejó que lo cogiera, pero denegó con la cabeza su solicitud.

—Dentro de poco.

—El texto grabado —dijo— era de un poema de Baudelaire. Geoff sabía que me gustaba aquel verso, «... *et tes seins* —recitó—, *Les grappes de ma vigne*».

El francés de Wexford no estaba a la altura, pero pudo entenderlo. Ella le había enseñado la cicatriz que Anstey, el ladrón y el sádico, le había hecho con la navaja. Miró hacia otra parte.

Parecía que Russell Cawthorne tuviese una chica en el despacho. Estaba de espaldas a la puerta y llevaba un impermeable rojo, el rojo caliente y brillante de un coche de bomberos con la pintura todavía húmeda. Burden fue con el coche bajo la lluvia hasta el anuncio de los cupones. Wexford y él fueron corriendo hasta la oficina. La chica les abrió la puerta y la ilusión se desvaneció, porque fue la cara de la señora Cawthorne la que apareció entre el collar rojo y el ahuecado pelo rubio.

—Será mejor que nos metamos en casa —dijo Cawthorne. Se levantó de un salto gruñendo—: ¡Venga, tropa, corramos!

En el salón, la dama prerrafaelita contemplaba su lirio con desprecio compasivo. Había visto mucho en aquel salón —parecía decir— y casi todo poco edificante. La señora Cawthorne se quitó el impermeable rojo y apareció con un vestido de lana amarillo limón.

Los pendientes de árbol de Navidad le colgaban hasta los hombros. Rojos y brillantes, le recordaban a Wexford las manzanas de caramelo de las ferias.

—Ray Anstey estuvo conmigo seis meses —dijo Cawthorne—. Era un buen chico, conocía su trabajo.

Se sentaron entre las mesas de pasta, las frutas de cera, los candelabros. Dios mío, pensó Wexford, ¿todo esto vuelve a llevarse? ¿Es así como mi Sheila arreglará su casa cuando llegue el momento?

—Cuando llegó dijo que quería algo temporal. Sólo había venido para buscar a un amigo, pero luego dijo que el amigo había muerto y que le gustaría quedarse.

Geoff Smith, pensó Wexford, Smith el ofendido, el cebo, el fascinador perpetuo.

—¿Le gustaban mucho las mujeres? —preguntó.

—Yo no diría eso.

Cawthorne miró de reojo a Burden. Quizás estaba recordando las preguntas sobre su propia inclinación en aquel sentido. Se estremeció y añadió en el tono de un coronel discutiendo con un oficial de rango igual o superior la desobediencia de un subalterno:

—Aunque era un tipo muy apuesto.

La señora Cawthorne se movió y Wexford la miró. Había visto una expresión similar en los ojos de su hija Sheila, de diecisiete años, cuando explicaba con aire triunfante los requerimientos infructuosos de algún muchacho. Ahí había la misma media sonrisa, medio indignación, medio burla. ¿Seguro que no esperaba que él se creyese...? Pues sí, lo esperaba.

—¿Nunca lo dirías? —preguntó socarronamente a su marido—. Entonces todo lo que puedo decir es que no escuchas ni una palabra de lo que te digo. —La feroz mirada que le dirigió Cawthorne hacía que eso pareciese más que probable—. ¿Que por qué?, ¡pues por la forma en que me miraba a veces! —Se volvió a Wexford—. Ya estoy acostumbrada, claro. Podía ver detrás de qué

iba el joven Ray. No es que dijera realmente nada. Era más de lo que valía su trabajo el perseguir a la mujer del jefe.

Su marido levantó los ojos al techo y los fijó en un querubín de yeso.

—¡Dios mío! —dijo quedamente.

—¿Cuándo se marchó? —intervino Wexford rápidamente.

La insinuación de su mujer había desequilibrado a Cawthorne. Fue hasta el aparador y se sirvió un *whisky* antes de responder.

—Veamos —dijo una vez se hubo bebido la mitad del *whisky*—. Sería el sábado de la semana pasada.

El día que reservó la habitación de Ruby, pensó Wexford.

—Recuerdo que pensé que tenía una cara muy dura.

—¿En qué sentido? ¿Porque le dejó?

—No sólo por eso. Fue por la forma en que lo hizo. Tengo la costumbre de dejar que mi personal coja un coche prestado cuando lo necesite, siempre que me avisen. Es duro para un joven, porque quiere salir con su novia. —Sonrió filantrópicamente, el amigo de la juventud, y vació el vaso—. Anstey era uno de los que se aprovechaban. Noche tras noche se llevaba uno de los coches y le daba lo mismo que yo lo supiese o que no. Bueno, pues, aquel sábado por la mañana íbamos un poco mal de personal y me di cuenta de que Anstey no estaba por allí. Acto seguido se presentó en uno de los Minor, todo sonrisas y sin una palabra de excusa. Dijo que había ido a ver a un amigo por negocios.

—¿Un Minor?

—Un Minor mil negro, uno de los tres que tengo para alquilar. Los ha visto usted ahí delante. —Cawthorne enarcó una ceja espesa como una tira de piel de oso polar—. ¿Un trago? —Wexford negó con la cabeza por los dos—. ¿No les importa que beba, verdad? —Una vez lleno de nuevo el vaso, prosiguió—: «¿Negocios?», le dije. «Tus negocios son los míos, muchacho —le dije—, y recuérdalo». Me contestó con muy malos modos: «Me pregunto qué quedaría de su negocio si yo no tuviese escrúpulos».

Eso fue demasiado. Le dije que podía recoger sus papeles y marcharse.

Los pendientes se balancearon mientras la señora Cawthorne soltaba un pequeño suspiro teatral.

—Pobre corderito —dijo. Wexford no supuso ni por un momento que se refería a su marido—. Quisiera haber sido más amable con él.

No había duda de lo que quería decir con eso. Era grotesco. Que Dios le ayude, pensó. ¿Seguro que no iba a tener otra mujer lamentándose en sus manos? ¿En qué aprecio se tenían, todo lamentos, todas queriendo invertir las agujas del reloj?

—Escrúpulos —dijo—. ¿Qué quería decir con eso?

Cawthorne volvió a dedicarle aquel curioso entrecerrar de ojos.

—Le había estado quitando clientes, ¿no? —dijo Burden rápidamente, acordándose de la señora Penistan.

—Era un buen mecánico —dijo Cawthorne—. Demasiado bueno.

Este último comentario pareció recordarle al *whisky*, porque se puso un poco más, llenando el vaso hasta la mitad y luego, con una inclinación excesiva de la botella, lo llenó hasta el borde. Suspiró, quizás de placer, quizás de resignación, por haber sucumbido a otra tentación.

—Lo que quiero decir es que le gustaba demasiado dar el toque personal.

La carcajada de la señora Cawthorne cortó la última palabra con el estridente gemido chirriante de una sierra circular.

—Se congraciaba con las clientes —dijo, ignorándola—. Señora, esto, señora, lo otro y luego les abría la puerta y les hacía cumplidos sobre su forma de conducir. Maldita sea, eso no es necesario para la revisión de los mil kilómetros.

—Inofensivo, diría yo.

—¿Le llama usted inofensivo, cuando un jovenzuelo se le está llevando el negocio? La siguiente cosa que supe, la oí por ahí... —dijo con la cara ceñuda de un general de Inteligencia—, tengo mis espías —dijo ridículamente—. Lo podía ver todo: «Señora, ¿por qué

no me deja que se lo haga particularmente?, sólo le cobraré diez chelines». —Bebió un buen trago—. Y no había nada que yo pudiese hacer, por mis gastos. Pierdo dinero si cargo menos de doce y seis. Así he perdido una buena media docena de clientes, y buenos clientes. Le acusé de eso, pero me juró que se habían ido a Missal. Pero ahí está la señora Curran, para ponerle un ejemplo, y el señor y la señorita Margolis...

—¡Ah! —dijo Wexford en voz baja.

Cawthorne se puso rojo y evitó la mirada de su esposa.

—Podría usted pensar que era caprichosa —dijo—, pero no la conocía. No se gastaba el dinero así como así. Tenía un trato fácil, pero la joven Anita tenía mucho cuidado en cómo se gastaba cada penique. A pesar de que fuimos íntimos amigos durante un año, no se lo pensó dos veces en llevarle los coches a Anstey a escondidas. Pero venía aquí a por gasolina, fíjese. —Eructó y luego se puso a toser—. ¡Como si se pudiese sacar algo de la gasolina!

—¿Se trataban como amigos?

—¿Anita y el joven Ray? Señáleme al hombre de menos de cincuenta años del que Anita no se hiciese amiga. Tendría que ser jorobado o con un labio leporino.

Pero Cawthorne tenía más de cincuenta años, bastantes más, y su edad era su propia deformidad.

—Se marchó el sábado —dijo Burden pausadamente—. ¿Adónde se dirigiría? —Era una pregunta retórica. No esperaba que Cawthorne la respondiera—. ¿Sabe usted dónde vivía?

—Por Kingsmarkham. Alguno de los muchachos lo sabrá.

Su flácida cara se entristeció y dio la impresión de que había olvidado su ataque anterior al carácter de Anita Margolis.

—Ustedes creen que él la mató, ¿verdad?, que fue él quien mató a Anita...

—Busquemos esa dirección, señor Cawthorne.

Los pendientes saltaron.

—¿Se ha escapado? —preguntó excitada la señora Cawthorne, ojos brillantes—. ¡Pobre criatura perseguida!

—¡Cállate! —dijo Cawthorne y se fue bajo la lluvia.

SE QUEDARON EN EL PORTAL mientras Cawthorne preguntaba a los hombres. La lluvia amainaba y las nubes se iban separando. Sobre Kingsmarkham podían ver trozos de cielo entre las grandes masas de cúmulos, un cielo limpio y brillante que era casi verde.

—En el ciento ochenta y seis de la High Street, en Kingsmarkham —dijo Cawthorne, corriendo hacia ellos dando un pequeño salto final para guarecerse—. Ahí está, o estaba, su cuartel general.

—Uno, ocho, seis —dijo Burden rápidamente—. Veamos. Los bloques nuevos van del ciento cincuenta y ocho al ciento setenta y cuatro, luego está la farmacia y la floristería... —Contaba los números con los dedos—. Tiene que ser...

—Es Grover, el de la papelería. —Cawthorne no ponía cara de sorprendido—. Alquilan una de las habitaciones de arriba, ¿saben? Un par de mis muchachos se había alojado allí antes y cuando Anstey perdió su primer alojamiento en esta calle un poco más abajo, alguien sugirió que Grover podía tener lo que necesitaba. Fíjese, sólo estuvo allí un mes.

—¡En nuestra propia puerta! —dijo Wexford con un gruñido de enfado cuando estuvieron en el coche—. Se puede ver la casa desde nuestras ventanas. De poco nos ha servido nuestro observatorio.

—Todo el mundo sabe que admiten huéspedes, señor —dijo Burden como excusándose, pero no sabía por quién estaba pidiendo excusas y añadió en su propia defensa—: Yo diría que todos hemos visto a un joven de cabello oscuro entrando y saliendo. No teníamos ninguna razón para relacionarlo con este caso. ¿Cuántos miles de chicos bajos y morenos hay sólo en Kingsmarkham?

Wexford dijo de mal humor:

—No tuvo que ir muy lejos para ver el anuncio de Ruby, ¿eh? Y también estaba en el lugar adecuado para reponer la navaja. ¿Qué le pasa ahora a su teoría sobre los coches? Anstey ni siquiera tenía uno, sin mencionar lo del cambio de negro a verde.

—Anita recibió quinientas libras el día antes de que fuesen a casa de Ruby. La señora Penistan dice que era generosa. Quizás le compró un coche.

Se detuvieron delante del patio de la comisaría de policía. Burden volvió la cabeza para ver salir a un hombre de la tienda de Grover con un periódico vespertino. Al subir las escaleras bajo la ancha marquesina blanca, les goteaba el agua en los cuellos de sus gabardinas.

—Quizás le comprase un coche —dijo de nuevo Burden—. Podría uno comprar un coche muy decente de segunda mano por quinientas libras.

—Nos han dicho que era generosa —dijo Wexford en las escaleras—. También nos han dicho que era poco sentimental y cuidadosa con el dinero. No era una mujer vieja con un mantenido. Las chicas jóvenes no les compran coches a sus amiguitos.

La oficina de Wexford estaba caliente y silenciosa. Las sillas estaban contra la pared y los papeles sobre la mesa de palo rosa cuidadosamente ordenada. No quedaba nada que mostrase que anteriormente había sido la escena de un drama trágico. Burden se quitó la gabardina y la extendió frente a la rejilla del aire caliente.

—Kirkpatrick la vio a las siete y veinte —dijo—. Estaba en casa de Ruby sobre las ocho. Eso le dio cuarenta minutos para

cambiarse de abrigo, llegarse hasta la tienda de Grover, dejar allí el Alpine para que él lo reparase en otro momento e ir en coche hasta Stowerton. Pudo hacerlo fácilmente.

—Cuando Kirkpatrick la vio llevaba aquella cosa de ocelote. Uno naturalmente esperaría que ella lo cambiase por un impermeable en la casa, pero el ocelote estaba en el asiento de pasajeros de su coche. Es un detalle pequeño, pero puede ser importante. Luego llegamos a esta cuestión del tiempo. Su teoría funciona sólo si Anita y Anstey ya tuviesen un coche verde disponible. Quizás lo tenían. Ya veremos. Pero si, en ese momento de la acción, tuvieron que alquilar un coche, no se pudo hacer.

—Se pudo hacer si utilizaron el coche de Margolis —dijo Burden.

Drayton y Martin, les interrumpieron y se unieron a la charla. Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa mientras Wexford pintaba el cuadro para los recién llegados. Vio que el rostro de Drayton se endurecía y que sus ojos se volvían pétreos cuanto se mencionó la tienda de Grover.

—Bien —dijo mirando su reloj—. Les dejaremos que cierren y luego iremos todos. Grover está más o menos postrado en cama ahora, ¿no? —Le echó a Drayton una mirada penetrante.

—Está levantado de nuevo y ya sale, señor.

—Bien —asintió Wexford—. Y ahora —le dijo a Burden—, ¿qué es todo eso del coche de Margolis? Margolis estaba en Londres.

—Había dejado su coche en la estación de Kingsmarkham y es un coche verde. ¿No sería Anita la clase de chica que andaría unos doscientos metros York Street abajo hasta la entrada de la estación y tomaría prestado el coche de su hermano? Lo podían haber devuelto cuando él lo necesitase.

—No olvide que pensaron que él lo necesitaría a las nueve, no a las once. Nadie sabía que cenaría con ese director de galería.

—¿Y qué? —Burden le quitó importancia—. Si hay un par de despreocupados y tranquilos, éstos son Margolis y su hermana. Si su

coche no estaba allí, probablemente pensaría que no lo había dejado allí o que se lo habían robado. Y nunca haría nada al respecto hasta que la viese a ella. Anstey se desembarazó de su cadáver, devolvió el coche de Margolis al aparcamiento de la estación y cuando todo el mundo estaba en cama durmiendo, llenó el radiador del Alpine cogiendo con él una lata de agua para estar seguro, y lo llevó de nuevo a Quince Cottage.

Esperaba ver en la cara de Wexford una mirada de placer y de aprobación comparable a la que había mostrado la noche anterior en el Olive and Dove. Todo empezaba a encajar maravillosamente y él, Burden, lo había ensamblado. ¿Entonces por qué la boca de Wexford tenía aquel gesto de duda? Esperó un comentario, alguna clase de concesión de que todo eso era al menos posible, pero el inspector jefe dijo suavemente:

—Tengo otras ideas, me temo.

La tienda estaba cerrada. En el callejón había charcos de agua que reflejaban la luz verdosa de la farola. Habían sacado dos cubos frente a las puertas del garaje para la recogida de la basura de por la mañana. Un gato los olió y dejó marcas de sus patas en el periódico que alguien había tirado.

Drayton no había querido ir con ellos. Ahora sabía quién era Ray Anstey, el hombre que había visto besándola desde el puente, el hombre que se hospedaba con ellos y que había pedido prestados los coches de su patrón para salir con ella. Quizás habían utilizado aquel mismo coche en el que Drayton la había llevado a Cheriton Forest. Él la había engañado con Ann Margolis y ella a él con un policía joven. Era un tiovivo, una rueda cambiante que a veces hacía una pausa larga. Sintió que había llegado a una parada y que debían descender juntos los dos, quizás para toda la vida.

Pero él no había querido ir. Cosas que no deseaba le serían reveladas y ella, que sería interrogada, podría hablar de un amor que quería olvidar. Se quedó atrás mientras Burden golpeaba el cristal y mientras esperaba se le ocurrió de repente que no habría importado que Wexford le hubiese llevado o no. ¿A qué otro sitio

tenía que ir por las tardes? Hubiera venido aquí de todos modos, como siempre lo hacía.

Fue el mismo Grover el que les abrió la puerta. Drayton esperaba encontrarlo hostil, pero el hombre se hacía el simpático y lo empalagoso de su acogida era aún más repulsivo que la hostilidad. Su negro cabello estaba aplastado y peinado de forma que tapaba una pequeña calva y olía a aceite de violeta. Una mano le cogió por la espalda, les acompañó hasta la tienda y encendió una luz.

—Ray estuvo aquí un mes —dijo respondiendo a la pregunta de Wexford—. Cawthorne le despidió el sábado y se fue de aquí el martes. O eso me dijeron Linda y mi mujer. Yo no le vi nunca estando como estaba en cama.

—Tengo entendido que tenía una de las habitaciones de arriba.

Grover asintió. No era aún un hombre viejo, pero vestía como tal. Drayton intentó mantener quietos los ojos y el rostro inexpresivo mientras se fijaba en la rebeca sin abrochar, la camisa sin cuello y los pantalones que no habían sido cepillados ni planchados jamás.

—Se ha hecho su habitación —dijo rápidamente—. Lin la limpió. No dejó nada, así que no vale la pena que la vean.

—La miraremos —dijo Burden con agilidad—. Dentro de un momento.

Sus ojos fríos recorrieron las revistas y luego se dirigió hacia el rincón oscuro en el que estaba la biblioteca. Grover le siguió renqueando.

—No tengo nada que decirle, señor Burden —dijo—. No dejó dirección y pagó todo el mes por adelantado. Aún le quedaban tres semanas.

Burden cogió un libro del estante y lo abrió por la mitad, pero su rostro no cambió.

—Hábleme del martes por la noche —le dijo.

—¿Que le diga qué? No hay nada que decir. Lin estuvo entrando y saliendo toda la tarde. Necesitábamos pan y aquí los martes se cierra pronto, nosotros no, nosotros no cerramos. Se acercó a

Stowerton. Mi mujer fue a su partida de whist sobre las siete y media y Linda salió a algún sitio... a la lavandería, eso es.

Hizo una pausa aparentando virtud. Drayton se sentía enfadado y desconcertado. El enfado era debido a la forma en que Grover la utilizaba a ella como una criada para todo. No sabía por qué estaba desconcertado a no ser que fuese porque no podía entender la falta de aprecio de su padre.

—Nunca vi a Ray —dijo Grover—. Estaba en cama, ¿saben? Ustedes pensarían que se pasaría a verme un momento para despedirse y agradecerme todo lo que había hecho por él.

—¿Como qué? —le espetó Burden—. ¿Como suministrarle un arma mortal?, ¿esa clase de cosas?

—Nunca le di aquella navaja. Ya la tenía cuando llegó.

—Siga.

—¿Que siga con qué, señor Burden? —Grover se tocó la espalda, tanteando los músculos con cuidado—. Ya le he dicho que después del lunes no volví a ver a Ray. El doctor llegó antes de que mi mujer se fuera y me dijo que tenía que estarme en cama...

—¿Vino alguien más? Durante la tarde quiero decir.

—Sólo aquella chica —dijo Grover.

Burden sopló el polvo del libro que sostenía y lo colocó de nuevo en el estante. Se acercó más a Grover y le miró.

—¿Qué chica? ¿Qué sucedió?

—Yo estaba en la cama y llamaron a la puerta de la tienda.

Grover lanzó a Wexford una mirada maliciosa, aunque malhumorada.

—Creí que eran ustedes —dijo—. Está muy bien para mí que el doctor me diga que no me levante de la cama, pero ¿qué se supone que uno tiene que hacer cuando alguien golpea la puerta como para romperla? —Hizo una mueca de dolor, quizás recordando un dolor anterior y más agudo—. Era una de las clientas de Ray. La había visto antes. Alta, bien parecida, algo mayor que mi hija. ¿Quieren ustedes saber qué aspecto tenía?

—Por supuesto. No hemos venido aquí para tener una charla social, Grover.

De pie, cerca del mostrador de los libros de bolsillo, Drayton se iba poniendo enfermo. La reprimenda de Burden, en lugar de desconcertar a Grover le había provocado una sonrisa adulatora. Cerró los labios, y los estiró mucho, medio cerrando un ojo. Esta parodia de una sonrisa parecía el fantasma de la de Linda. De hecho, era el que la engendró y Drayton sintió que le ascendían náuseas a la garganta.

—Estaba bastante bien —dijo Grover, repitiendo el guiño—. La piel blanca y el pelo negro con dos ricitos sobre las mejillas. — Pareció reflexionar y se humedeció los labios—. Llevaba pantalones negros y un abrigo de piel moteado—. «¿Qué pretende usted aporreando la puerta de esa manera? —le dije—, ¿no ve que hemos cerrado?». «¿Dónde está Ray?, —me preguntó—. Si está en su habitación subiré y le sacaré». «Usted no lo hará, —le dije—. Y de todas formas, no está aquí». Al decirle eso pareció muy molesta y entonces le pregunté para qué le quería. No sé si le molestó que se lo preguntara o si estaba pensando alguna excusa. «Voy a una fiesta —dijo— y ya llego tarde y ahora el radiador de mi coche pierde». Imagínese, yo no pude ver ningún coche. Subir a su habitación, ¿eso es lo que quieres?, pensé, y él que era novio de mi hija...

A Drayton le dio una tos corta y dolorosa. Sonó como un quejido en el silencio que siguió. Wexford le miró fríamente.

Grover prosiguió después de una pausa:

—«En ese caso será mejor que lo lleve a un garaje», le dije, y luego salí a la acera en batín. Allí estaba aquel deportivo blanco pegado a un lado con un charco de agua debajo. «No me atrevo a cogerlo —dijo—. Tengo miedo de que me explote».

—¿Se marchó? —preguntó Burden, discretamente contento.

—Supongo que sí, pero no me esperé para verlo. Cerré de nuevo y me volví a la cama.

—¿Y no oyó usted nada más?

—Nada hasta que volvió mi mujer. Recuerdo que pensé que esperaba que hubiera sacado de allí aquel coche porque si no Linda no podría meter el mío en el garaje. Pero me quedé dormido y de lo que me enteré a continuación fue de que mi mujer se metía en la cama y me decía que Lin había llegado hacía media hora. ¿Quieren ustedes ver su habitación ahora?

Frunciendo ligeramente el entrecejo, Burden salió de su rincón oscuro y se puso bajo la luz que colgaba por encima del mostrador. Echó un vistazo al pasillo que iba hacia la puerta lateral que daba al callejón. Por un momento Drayton pensó que había visto llegar a alguien, quizás a Linda, y se preparó para enfrentarse al impacto de su entrada, pero Burden se volvió al vendedor y dijo:

—¿Dónde reparaba los coches?

—En el garaje que me sobra —dijo Grover—. Tengo dos, ¿saben? Mi coche está en uno y el otro lo alquilaba, pero perdí al arrendatario y cuando el joven Ray dijo que lo quería se lo dejé.

Asintió con presunción. Quizás éste era el favor, o uno de los favores, por los que había solicitado la gratitud de Anstey.

—Sólo le cobraba cinco chelines extra a la semana. Figúrese, tenía muchos clientes. Estuvo haciendo lo mismo en su antiguo alojamiento, si me lo pregunta.

—Me gustaría ver los dos garajes —dijo Burden—. ¿Las llaves?

—Mi mujer las tiene.

Grover fue hacia el pasillo y cogió un viejo abrigo de una percha.

—O quizás las tenga Lin. No lo sé, no he sacado el coche en quince días. He tenido la espalda tan mal...

Se puso el abrigo con dificultad, haciendo muecas de dolor.

—Las llaves, Drayton —dijo Wexford lacónicamente.

En las escaleras Drayton se encontró a la señora Grover que bajaba. Le miró sin curiosidad y hubiera pasado, pensó él, sin dirigirle la palabra.

—¿Me puede usted dejar las llaves del garaje, señora Grover?
—le preguntó.

Linda debía de haberle dicho quién y qué era.

—En la cocina —dijo—. Lin las dejó sobre la mesa.

Le miró con ojos de miope. Sus ojos eran tan grises como los de su hija, pero fríos, y si alguna vez habían llorado, hacía mucho tiempo que se habían secado.

—Usted debe de ser su chico, ¿no es así? —Le había dicho quién era, pensó Drayton, pero no qué era—. Dijo que usted y ella necesitarían el coche esta noche —dijo encogiéndose de hombros—. Que su padre no se entere, eso es todo.

—Subiré entonces.

La señora Grover asintió con indiferencia. Drayton la miró mientras bajaba las escaleras y salía por la puerta lateral. La puerta de la cocina estaba abierta y entró. Lejos de la presencia de sus padres se le pasó la náusea, pero el corazón le latía violentamente. Las llaves estaban sobre la mesa, una para cada garaje y una llave de contacto, y estaban sujetas a una anilla con una tira de cuero. A su lado había un montón de ropa sin doblar y sin planchar y al verlo sintió que le volvía el malestar que había experimentado en la tienda. Ya tenía las llaves en el bolsillo y había llegado a las escaleras cuando se abrió una puerta frente a él y salió Linda.

Por primera vez le vio el cabello suelto, formando una cortina sobre sus hombros, como un velo pálido y brillante. Le sonrió dulce y tímidamente, pero toda la coquetería había desaparecido.

—Llegas pronto —le dijo, como le había dicho aquel día que había ido a buscarla para llevársela a Wexford—. No estoy lista.

De repente se le ocurrió que ella, como su madre, no tenía ni idea de por qué estaba allí ni de que otros de su profesión estaban abajo en la tienda. Quizás no había necesidad de que ella lo supiera y el conocimiento de lo que probablemente estaba en uno de aquellos garajes se le podría ocultar un poco más.

—Espérame —le dijo ella—. Espérame en la tienda. No tardaré.

—Luego volveré —le dijo él. Pensó que podía volver a donde estaban los demás sin tocarla, pero no podía moverse ni apartar los ojos del hechizo de la vacilante y pequeña sonrisa, ni del dorado manto de cabellos.

—Mark —le dijo, y su voz era jadeante. Fue hacia él, temblando —. Mark, me ayudarás a salir... a salir de todo esto, ¿lo harás?

La ropa sobre la mesa, la tienda, las faenas de la casa. Asintió ¿comprometiéndose a qué?, ¿a una liberación no meditada?, ¿a casarse?

—¿Entonces me quieres?

Por una vez la pregunta no era una señal para la evasión y la despedida final. El que ella le quisiera y quisiera su amor era honrarle y ofrecerle un privilegio. La tomó en sus brazos y se la acercó, tocándole el cabello con los labios.

—Te quiero —le dijo.

Había utilizado el verbo prohibido y la única sensación que le producía era un deseo humilde y desmayado de dar y dar hasta no poder más.

—Haría cualquier cosa por ti —le dijo.

Luego la soltó y bajó corriendo las escaleras.

La pintura verde y descolorida se estaba cayendo de las puertas del garaje. De los canalones del techo salía agua por una tubería de aguas residuales rota y formaba un charco espumoso alrededor de los cubos de basura. Drayton fue al callejón por la puerta lateral. Le temblaban las manos por lo que había pasado arriba y porque aquí, a unos cuantos metros de donde estaban Grover y los policías, la había besado por primera vez. Se puso la capucha para resguardarse de la llovizna y le dio las llaves a Wexford.

—Ha tardado usted mucho.

—Tuvimos, que buscarlas —murmuró Drayton.

Si fue aquel «tuvimos» o la mentira mal dicha lo que provocó aquella fría mirada, Drayton no lo sabía. Se fue hacia los cubos y

empezó a apartarlos dé en medio.

—Antes de que abramos las puertas —dijo Wexford—, me gustaría que aclarásemos un pequeño punto.

Aunque no hacía frío, Grover había empezado a frotarse las manos y a picar de pies. Le dirigió al inspector jefe una mirada malhumorada y agria.

—El inspector Burden estaba a punto de preguntarle a qué hora la señorita Margolis, la chica del coche blanco, pasó por aquí. Iba a preguntárselo, pero pasó algo.

—Permítame que le refresque la memoria —dijo Burden rápidamente—. Entre las siete y media y las ocho serían, ¿verdad? Más bien a las siete y media.

La encorvada y temblorosa figura volvió de pronto a la vida.

—¿A las siete y media? —dijo Grover con incredulidad—. Usted bromea. Le dije que mi mujer y Lin llegaron poco después. ¡A las siete y media! Eran lo menos las diez.

—¡Ella ya estaba muerta a las diez! —dijo Burden con desesperación, y se volvió para apelar a Wexford quien, suave y cortés, permanecía aparentemente perdido en sus pensamientos—. ¡Estaba muerta! Usted se equivoca, usted confunde la hora.

—Abramos las puertas —dijo Wexford.

Drayton abrió el primer garaje con la llave y estaba vacío. Sobre el suelo de cemento había una mancha negra donde había habido aceite anteriormente.

—¿Es éste el que utilizaba Anstey?

Grover asintió, mirando el lugar vacío con recelo.

—En el otro sólo está mi coche.

—De todas formas miraremos.

La puerta estaba enganchada y Drayton tuvo que empujarla con el hombro. Cuando el pestillo cedió, Burden encendió su linterna y el haz de luz dio sobre un Mini verde oliva.

Fue Wexford quien abrió el maletero, que no estaba cerrado con llave, y dentro había dos maletas y una bolsa de herramientas de lona. Murmurando, Grover empujó la bolsa hasta que Burden apartó

la mano violentamente. A través de la ventana trasera se podía ver algo sobre el asiento del acompañante, un bulto rígido, un brazo colgando dentro de la manga de una gabardina, pelo negro del que había desaparecido el brillo.

Wexford hizo pasar su enorme Corpachón por entre el lado del coche y la pared del garaje. Presionó con el pulgar sobre el tirador y abrió la puerta tanto como pudo en aquel espacio limitado. Con la boca cerrada, porque sentía que le venía otra náusea, Drayton le siguió para mirar por encima del hombro del inspector jefe.

En el cuerpo que tenían delante se veía una mancha negruzca de sangre seca a través de la parte delantera de la gabardina, y había sangre en la empuñadura y en la hoja de la navaja que alguien había puesto en su regazo. En otro tiempo ese cuerpo había sido joven y bello, las facciones color cera tenían gracia y simetría, incluso muertas, pero nunca había sido una mujer.

—Anstey —dijo Wexford brevemente.

Un hilo oscuro salía de la comisura de la boca del hombre muerto. Drayton se llevó el pañuelo a la boca y salió dando tumbos del garaje.

Había salido por la puerta lateral y llevaba todavía el cabello suelto, que ahora movía la suave brisa. Sus brazos estaban desnudos y tanto en ellos como en su cara se le había puesto carne de gallina, blanca y áspera, como una enfermedad. Era increíble que aquella boca hubiese sonreído y besado alguna vez.

Cuando la vio, Drayton se detuvo. A través del viento y de la lluvia una cabeza de muerta se encaraba con él, una calavera que le miraba fijamente a través de la piel tirante, y era mucho más horrible que lo que acababa de ver en el coche. Separó los labios que habían sonreído para él, que habían sido su fetiche, y dio un grito de terror.

—¡Me ibas a salvar! Me querías, ibas a hacer cualquier cosa por mí... ¡Me ibas a salvar! —Él alargó los brazos, pero no para rodearla, sino para apartarla de sí—. ¡Fui contigo porque dijiste que me salvarías! —gritó, y arrojándose sobre él intentó arañarle las

mejillas con las uñas mordidas que no podían herir. Algo frío le dio en la barbilla. Era la cadena de plata que Anstey le había robado a su mujer.

Cuando Burden la separó y la aguantó mientras pateaba y sollozaba, Drayton permaneció con los ojos cerrados. No podía entender nada de sus gritos ni del torrente de palabras, sólo que ella no le había querido nunca. Era una revelación mucho más horrible que la otra y le golpeaba en los oídos como un continuo trallazo. Se dio la vuelta para no ver los ojos que le miraban, severos los del hombre, insoportables los de la chica, fue dando traspiés por el callejón hasta el patio trasero y vomitó contra la pared.

ELLA ESPERABA EN EL DESPACHO de Wexford. Dos minutos antes, abajo en el vestíbulo, le habían advertido de su presencia, de manera que pudo reprimir el asombro natural y acercarse con el aplomo de un Stanley.

—La señorita Margolis, supongo.

Debía de haber estado en su casa. Después de llegar de donde hubiese estado, debió pasar por su casa para recoger el abrigo de ocelote. Lo llevaba sobre los hombros sobre un traje pantalón de color castaño rojizo y azul verdoso. Advirtió su bronceado y el brillo rojizo que un sol más caliente que el de Sussex le había dado a su pelo.

—Rupert me dijo que ustedes pensaban que estaba muerta —dijo—, pero como tiene una cierta tendencia a no estar seguro de las cosas, pensé que debía venir para aclararlo.

Ella se sentó en el borde de la mesa, apartando los papeles. Él se sentía como un invitado en su propio despacho y no le hubiese sorprendido que ella le hubiera dicho en ese mismo tono imperiosamente cortés que se sentase.

—Creo que ya lo sé casi todo —dijo con firmeza—. ¿Qué le parece si se lo digo y usted me corrige los errores más garrafales? —Ella le sonrió complacida—. Usted ha estado en España o en Italia. ¿En Ibiza, quizás?

—En Positano. He vuelto en avión esta mañana.

Cruzó las piernas. Los pantalones eran acampanados con rebordes rosa.

—Dickie Fairfax consiguió gastar ciento cincuenta libras de las mías en una semana. A usted podría no parecérselo al verme, pero en el fondo soy muy burguesa. El amor está muy bien, pero es abstracto, si usted me comprende. El dinero es concreto y cuando se ha ido, se ha ido. —Y añadió pensativamente—: Así pues le abandoné y me volví a casa. Me temo que tendrá que ponerse a merced del cónsul.

Las cejas negras se encontraron sobre el puente de su bonita nariz de halcón.

—¿Quizás el nombre de Dickie no le dice nada?

—Pura conjetura —dijo Wexford— me hace suponer que es el joven que fue a la fiesta de Cawthorne y que cuando vio que usted no estaba salió resueltamente en su busca recitando versos de Omar Jayyám.

—¡Muy inteligente!

Si les miraba así, pensó Wexford, y los halagaba de esa manera, no era extraño que fueran hasta ella ronroneando y la dejaran que los devorase.

—¿Sabe? —dijo ella—, tenía toda la intención de ir a la fiesta pero ese condenadamente estúpido coche mío se estropeó. No tenía ni idea de que hubiese algo que no funcionaba hasta después de las nueve y media, cuando salí para ir a la fiesta. Hervía como una olla, calle abajo. Luego pensé en Ray. Sabía que me lo arreglaría... ¡Oh, pero era usted el que iba a hablar!

Wexford le devolvió la sonrisa, pero no con entusiasmo. Se estaba cansando de las mujeres jóvenes, de sus maneras, de sus engaños, de sus diversas características.

—Sólo puedo hacer conjeturas —dijo—. Anstey había salido. Luego creo que intentó usted llegar con el coche hasta la fiesta, pero el coche se paró...

—Se deja usted algo. Primero vi a Ray. Estaba intentando sacar el coche del callejón cuando la hija de Grover llegó en el suyo. Ray iba en el asiento del acompañante, con un aspecto terrible. Ella dijo que estaba borracho, pero cielo santo, ¡parecía que se estuviese muriendo! Ella no me dejó acercarme a él, así que hice marcha atrás para salir y les dejé.

—Se estaba muriendo —dijo Wexford—, o ya estaba muerto.

Ella enarcó mucho las cejas, pero no dijo nada.

—Podía usted haber venido, señorita Margolis. Se supone que tiene usted fama de ser una persona cívica.

—Pero si se lo dije —dijo con suavidad—, o se lo dije a Rupert. Cuando me fui de la tienda de Grover subí la calle unos doscientos metros y el coche se paró. Cogí agua de una casa y llené el radiador. El coche llegó con dificultad hasta la mitad del camino de Stowerton y estaba dentro maldiciendo mi suerte cuando llegó Dickie cantando a todo trapo aquello de alegrarse con el fruto de la viña. Habíamos tenido una especie de asunto hacía unos seis meses y nos sentamos a hablar en el coche. Yo tenía todo aquel dinero en mi bolsillo. ¡Como hablarle de azúcar a un caballo! Siempre está sin blanca y cuando supo que yo tenía dinero me dijo que qué tal me parecía que nos fuésemos los dos a Italia. Y bueno, como aquí hace un clima tan asqueroso...

Wexford suspiró. Era realmente la hermana de su hermano.

—Estaba borracho como una cuba —siguió diciendo con naturalidad. Wexford dio gracias a Dios de que Burden estuviese ocupado en otra parte—. Estuvimos sentados durante horas. Al final cuando se le pasó la borrachera volvió a Cawthorne a buscar su coche y yo llevé el mío a casa. Debía de ser la una. Rupert estaba en la cama y no puede soportar que le molesten, de modo que le escribí una nota diciéndole adonde iba y luego me acordé de Ray. Date una vuelta por la tienda de Grover, le escribí y ve a ver si Ray está bien porque no me gusta...

—¿Dónde la dejó?

—¿El qué?

—La nota.

—¡Ah, la nota! La escribí en una hoja grande de papel de dibujo y lo puse delante de un montón de periódicos en la repisa de la cocina. Supongo que se perdió...

—La tiró —dijo Wexford—. Se fue la luz y la tiró con los periódicos a oscuras. Tenía la idea de que nosotros podíamos enviarle a alguien para que le hiciera la limpieza.-Y añadió con aire pensativo—: Lo consideramos deshonroso. Quizás deberíamos ser más humildes.

—Bueno, podría haber evitado muchos problemas —dijo Anita Margolis. De repente se puso a reír, echándose hacia adelante y hacia atrás de tal forma que la escultura de vidrio se tambaleó peligrosamente—. Eso es tan de Rupert. Cree que el mundo le debe un regimiento de esclavos.

Pareció recordar que la cuestión que se discutía no era de risa y rápidamente se puso seria.

—Me encontré a Dickie en High Street —dijo— y fuimos directos al aeropuerto de Londres.

—¿Por qué se cambió de abrigo?

—¿De abrigo? ¿Me cambié de abrigo?

—El que lleva puesto ahora lo encontramos en el asiento del acompañante de su coche.

—Ahora lo recuerdo. Estaba lloviendo a cántaros y por eso me puse el impermeable que tengo, uno de vinilo rojo. ¿Sabe usted?, es que el coche de Dickie hace tanto ruido que no quería despertar a Rupert y por eso quedamos en que nos encontraríamos en High Street.

Le miró con aire travieso.

—¿Se ha sentado usted alguna vez durante tres horas en un coche llevando un abrigo de pieles completamente empapado?

—No puedo decir que lo haya hecho.

—Como una rata ahogada —dijo.

—Supongo que recogió usted su pasaporte al mismo tiempo.

Ella asintió con la cabeza y él preguntó un tanto exasperado:

—¿No envía usted nunca postales, señorita Margolis?

—Oh, llámeme Ann. Todo el mundo lo hace. En cuanto a las postales, podría haberlo hecho si me hubiese estado divirtiendo, pero con Dickie gastando millones de libras pequeñas y antipáticas no encontré la ocasión. ¡Pobre Rupert! Estoy pensando en llevármelo a Ibiza mañana. Está tan inquieto y de cualquier modo, aquí no me puedo poner toda la preciosa ropa que me he comprado, ¿no es así?

Se deslizó de la mesa y, demasiado tarde para evitarlo, Wexford vio que el borde de su abrigo moteado alcanzaba el frágil cristal. La escultura azul cayó en picado, pareció detenerse en el aire por un instante y fue el intento de Ann para salvarla lo que hizo que fuese a dar contra la pata de la mesa rompiéndose.

—Dios mío, cuánto lo siento —dijo Anita Margolis.

Recogió una docena de los trozos mayores con buena intención, pero con indiferencia.

—¡Qué pena!

—Nunca me gustó —dijo Wexford—. Una cosa antes de que se vaya. ¿Este encendedor ha sido suyo alguna vez?

—¿Qué encendedor?

—Uno de oro para Ann que ilumina la vida de alguno.

Inclinó la cabeza con atención y los grandes rizos acariciaron sus mejillas.

—¿Un encendedor que enseñé una vez a Alan Kirkpatrick? —Wexford asintió—. Nunca fue mío —dijo ella—. Era de Ray.

—¿Reparó el coche y se dejó el encendedor dentro accidentalmente?

—Mmm... Se lo devolví al día siguiente. Admito que más o menos dejé que Alan creyese que era mío.

Agitó los dedos en sus sandalias de tiras doradas apretando los cristales contra la alfombra de Wexford.

—Siempre estaba tan celoso, que era ideal para tomarle el pelo. ¿Ha visto su coche? Quería llevarme en él. ¿Pero qué te crees que

soy?, le dije, ¿una pieza de la exposición del alcalde? Me temo que me gusta tomarle el pelo a la gente.

—Nos ha tomado el pelo a todos —dijo Wexford con severidad.

La carta de dimisión había sido apartada junto con los demás papeles de encima de su mesa. Aún estaba por abrir, un sobre blanco y grueso con el nombre del inspector jefe escrito con una caligrafía clara y recta. Drayton había utilizado papel bueno y tinta, no bolígrafo. Le gustaban, Wexford lo sabía, las cosas buenas de la vida, las mejores y las más bellas. Uno podía aficionarse demasiado a la belleza y ser seducido y embriagado.

Wexford pensó que lo entendía, pero el que lo comprendiese no haría que dejase de aceptar aquella dimisión. Sólo le, daba las gracias a Dios de que hubiese salido todo a la luz a tiempo. Otro día más y le hubiese pedido a Drayton que se uniese al grupo de gente joven que Sheila estaba organizando para ir al teatro a Chichester. Otro día más...

Anita Margolis había dejado su fragancia tras de sí, Chant d'Arômes que la nariz de Wexford detectaba mejor que los exámenes de los analistas. Era un soplo de frivolidad, caro e insensible, como ella. Abrió la ventana para que saliera antes de la siguiente entrevista.

Drayton entró cinco minutos antes de la hora acordada y Wexford estaba recogiendo los cristales rotos del suelo. El joven no le había cogido desprevenido. Wexford, al ponerse a su humilde tarea, consideró que cualquier ocupación era preferible a andar de un lado a otro porque un novato agente de policía se había puesto en ridículo.

—Veo que dimite usted —le dijo—. Creo que hace usted lo más acertado.

El rostro de Drayton casi no había cambiado, quizás estuviese algo más pálido de lo habitual. Tenía cuatro marcas rojas en cada mejilla, pero las uñas de la chica habían sido demasiado cortas para

romper la piel. Su expresión no contenía ni desafío ni humildad. Wexford había esperado que mostrase azoramiento. Un arranque de emoción, largamente contenida, no le hubiera sorprendido. Quizás lo tuviera. Por el momento notó tal dominio de sí mismo que parecía naturalidad.

—Mire, Drayton —dijo despacio—, nadie supone que usted le hiciese realmente ninguna promesa a aquella chica. Le conozco mejor que todo eso. Pero la cosa es que... bueno, huele, y eso es un hecho.

La sonrisa contenida podía haber sido la réplica a una broma cautelosa.

—El hedor de la corrupción —dijo Drayton y su tono era aún más frío que la sonrisa. Entre ellos la persistente fragancia francesa flotaba como el perfume del ramillete de flores de un juez, protegiéndole de toda contaminación.

—Me temo que tenemos que ser intachables. —¿Qué otra cosa quedaba por decir? Wexford pensó en el pomposo sermón que había preparado y le dio asco—. ¡Dios mío, Mark! —explotó dando la vuelta a la mesa para quedarse frente a Drayton, dominándole—. ¿Por qué no cogiste la indirecta y la dejaste cuando te lo dije? La conocías, ella te hablaba. ¿No podías sumar dos y dos? La coartada que le dio a Kirkpatrick y que creímos que él se la había insinuado... ¡se estaba haciendo una coartada para ella! Eran las ocho cuando ella le vio, no las nueve y media.

Drayton asintió lentamente, con los labios apretados.

Trozos de cristal crujían bajo los zapatos de Wexford.

—Iba a casa de Ruby cuando le vio y Anstey estaba con ella, sólo que Kirkpatrick no se dio cuenta. Grover nos dijo que salió el martes por la tarde, para ir de compras, dijo. Fue entonces cuando llevó la ropa a lavar, por la tarde, no por la noche.

—Empecé a sospecharlo —murmuró Drayton.

—¿Y no dijo usted nada?

—Era solo una sensación de incomodidad, de que algo no marchaba bien.

Wexford apretó los dientes. Casi respiraba con dificultad por la irritación. Algo de eso se debía a su propia locura al haber entrado en una cierta complacencia romántica y conspiradora en el asunto amoroso de Drayton, al tiempo que lo desaprobaba.

—Estaba usted dando vueltas por esa casa Dios sabe durante cuanto tiempo y mientras el cuerpo de ese tipo en el garaje. Usted la conocía, la conocía condenadamente bien... —Levantó la voz y se dio cuenta de que estaba intentando provocar en Drayton una respuesta apasionada—. La natural curiosidad ¿no le hizo querer saber quién era su antiguo novio? Habían tenido un huésped durante cuatro semanas, un huésped bajo y moreno que desapareció la noche del asesinato. ¿No nos lo podía haber dicho?

—No lo sabía —dijo Drayton—. No quería saberlo.

—Tiene usted que querer saberlo, Mark —dijo Wexford cansadamente—. Es la primera regla del juego.

Había olvidado lo que era estar enamorado, pero recordó una ventana encendida, una chica asomándose y un hombre debajo, en la oscuridad. Le apenaba saber que la pasión podía existir, y el dolor con ella, que podían retorcer los huesos de un hombre y no mostrarlo su cara. No tenía ningún hijo, pero de cuando en cuando, un hombre puede ser el padre de otro.

—Yo me iría de aquí —le dijo—, en seguida. No es necesario que aparezca por el juicio. Lo olvidará todo, ya lo verá. Créame, lo olvidará.

—¿Qué hizo? —preguntó Drayton con calma.

—Anstey le puso la navaja en el cuello. Confiaba en el miedo de una chica y en su propio atractivo para que consintiera. Ella no consintió. Se la quitó y le apuñaló en un pulmón.

—¿Estaba muerto cuando llegaron a casa?

—No lo sé. Ni creo que ella tampoco lo sepa. Quizás no lo sepamos nunca. Le dejó y subió corriendo con su padre, pero al día siguiente no pudo volver. Lo puedo entender. Llegaría el día en que su padre necesitase el coche y encontrarían a Anstey. Antes de que eso sucediera ella esperaba un milagro. Creo que usted iba a ser

ese milagro. Usted iba a ayudarla a sacarlo de allí, pero llegamos antes.

—Tenía las llaves del coche a punto para mí —dijo bajando la mirada y con una voz que parecía casi un susurro.

—Llegamos con media hora de adelanto, Drayton.

Levantó la cabeza de una sacudida.

—No lo hubiese hecho nunca.

—No al llegar el momento decisivo, ¿eh? No, usted no lo hubiera hecho nunca. —Wexford se aclaró la garganta—. ¿Qué hará usted ahora?

—Me las arreglaré —dijo Drayton. Fue hasta la puerta y un pedacito de cristal se rompió bajo sus pies—. Se le ha roto el adorno —dijo educadamente—. Lo siento.

En el vestíbulo se puso su abrigo tres cuartos y la capucha. Vestido así, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente, parecía un escudero medieval que hubiese perdido a su caballero y abandonase la cruzada. Cuando hubo dicho adiós al sargento Camb, quien solo sabía que el joven Drayton se las había cargado de alguna forma, salió a la calle húmeda y barrida por el viento y empezó a caminar hacia su alojamiento. Con un pequeño rodeo hubiese evitado el pasar delante de la tienda de Grover, pero no lo dio. El lugar estaba en completa oscuridad como si se hubiesen mudado todos, y en el callejón el empedrado parecía piedras mojadas del suelo de una cueva.

Dos meses, tres, quizás un año, y lo peor habría pasado. Los hombres se mueren de cuando en cuando y los gusanos se los comen, pero no de amor... El mundo estaba lleno de empleos y de chicas. Encontraría uno y una y se lo pasaría bien. Los narcisos del escaparate de la floristería tenían una frescura exquisita e intacta. Siempre pensaría en ella cuando viese algo hermoso en un lugar feo.

Pero uno siempre lo supera todo. Sólo deseaba no sentirse tan angustiado y al mismo tiempo tan joven. La última vez que se había

sentido así hacía catorce años cuando murió su madre y aquella fue también la última vez que lloró.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff

18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse

- 48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi
- 49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
- 50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



RUTH RENDELL (Londres, Gran Bretaña, 17 de febrero de 1930) publicó su primera novela en 1964, y pronto se consagró dentro del género policíaco británico. Sus tramas ingeniosas y meticulosas, y las sutiles y agudas descripciones de sus personajes le han valido los más importantes premios: el Edgar, la Daga de oro y la Daga de plata, en varias ocasiones, y el Arts Council National Book Award.

Ha publicado también dos novelas, «El largo verano» e «Inocencia singular», con el seudónimo de Barbara Vine, con las que ha obtenido un enorme éxito en Gran Bretaña.